

Gabriel Cebrián

Taraxacum  
erythrospermum



STALKER

© Stalker, 2003  
[info@editorialstalker.com.ar](mailto:info@editorialstalker.com.ar)

Ilustración de tapa: Gabriel Cebrián.

[www.editorialstalker.com.ar](http://www.editorialstalker.com.ar)

**Gabriel Cebrián**

***Taraxacum  
erythrospermum***

***(La tornadura de Cratilo)***





## **Prefacio**

Tres años atrás, y en observancia de la única metodología que me resulta aplicable en estos menesteres de contar historias (que consiste en iniciarlas sin la menor noción previa y “ver qué sale”), se me ocurrió la idea de abordar azarosamente diversos tópicos a partir de los cuales elaborar cuestiones de índole filosófica sin más sistematicidad que la dinámica aleatoria tal vez propia de nuestra condición existencial, al menos de la de los que no alcanzamos a sintetizar esquemas totalizadores acerca del funcionamiento cósmico capaces finalmente de comprender providencias lógicas de amplio espectro. Allí, me propuse esparcir conceptos al modo que lo hace el vilano de diente de león con sus volátiles semillas. Fue entonces que conocí a Cratilo. De todos los personajes con los que he tenido el honor de tratar, fue él quien apareció más vigorosamente a tomar el comando de la historia, con su personalidad urbana, un tanto marginal; con su pertenencia a mundos que la mayoría supone inconciliables pero que con legítimo derecho reclamaba para sí; con el desenfado y la capacidad moral que le permitían siempre conservar el costado optimista y jocundo aún en la debacle; con esa virtud de sanidad irreductible aún en las más desesperantes condiciones de alienación sociocultural, y que finalmente lo llevó al sur, persiguiendo un albur tan tiránico como indefinido. Por todo ello fue

que decidí gratificarlo, y probablemente ésta, mi única intervención volitiva en aquella historia, haya constituido su segmento menos feliz en términos estructurales. Así lo sentí al momento de formularlo, pero resigné gustoso tales pruritos estéticos en orden a la gratitud que me generaron las álgidas lecciones de vida que de su mano había aprendido.

Tres años y cuatro proyectos después, me hallé por primera vez desconcertado ante la escasa afluencia de esas corrientes insustanciales que configuran la única sustancia grata a los soñadores. Los dedos se movían, las frases se hilaban, pero el espíritu discurría ajeno, por otros canales. “Llegó el momento” me dije “en el que la veta se ha agotado”. Ya cavilaba en la oportunidad de conseguir un logoterapeuta que consiguiera dar un sentido a mis descarriados ímpetus cuando advertí que allí estaba él, de regreso, justo cuando más lo necesitaba y más lejos estaba de haberme dado cuenta de ello. A pesar de ser conciente de la dificultad que tal aseveración comporta en aras a una mínima credibilidad, juro que así fue. Se hizo cargo directa y personalmente del orate a quien tan trabajosa como estérilmente estaba yo intentando delinear.

Inicié entonces, sumamente complacido, la excluyente tarea de canalizar sus peripecias intro y extramentales, aprovechando la nueva oportunidad que este búmerang fulgurante me ofrecía, con una expectativa tal que se me antoja analogable a la que sentía cuando niño, en ocasión de conseguir una nueva novela de Salgari. Creo que durante unos ins-

tantes asumió que yo interpretaba su regreso como una devolución de atenciones:

-No necesitás gratificarme esta vez –me dijo, cuando hubo pasado mi estupor ante el reencuentro. –Ya ves que todo es demasiado efímero. Muchas veces los presentes mejor intencionados devienen griegos.

Pero seguro que no obstante, intentaré hacerlo. Me sentiría demasiado inseguro por una parte, y frustrado en mis potenciales recreaciones futuras por la otra, si por un momento sospechase que luego de este episodio se le ocurre partir para siempre.



*“Pero nunca, el yo indudablemente, en ningún momento existió. No tú, no todos estos reyes; nunca tampoco, indudablemente, existiremos todos nosotros en el futuro.”*

**Bhagavad Gita, Cap. II, ap. 12**



## Uno

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece escalones en un pasillo angosto y oscuro. Trece escalones, ¿es que acaso no podrían haber sido doce, o catorce? De ninguna manera voy a dejar que tal circunstancia acicatee mi ánimo tan susceptible a supersticiones, porque de todos modos, mi mala estrella no empieza aquí. A lo sumo se tratará tal vez de una corroboración, o de una anticipación simbólica que a modo de presagio viene a decirme que las cosas seguirán mal; y ello desde una perspectiva optimista, ya que su contracara pesimista me sugiere con la inmediatez morbosa tan propia de mi temple depresivo, que las cosas podrían seguir de mal, en peor.

Afuera hay sol, sin embargo aquí arriba de los trece escalones, en el único descanso de la escalera del edificio de dos plantas (que ahora que lo pienso no sería técnicamente un descanso, ya que aquí acaba toda ascensión posible, ¿no?), hay el mínimo resplandor que proviene del pequeño y sucio tragaluz allá arriba, cerca del cielorraso muy alto propio de estas viviendas antiguas. Tomo entonces la llave que me fue entregada un par de días antes y vuelvo a fastidiarme, ahora por el hecho que los goznes de la cerradura están flojos, debido seguramente al prolongado uso y al nulo mantenimiento. Debo ensayar una serie de juegos con la llave trabex hasta hallar el punto en el que el cerrojo se descorre y me permite ingresar, perdiendo en esa maniobra unos cuantos

segundos que de todos modos no me generan un mayor gravamen, ni operativo ni psicológico, y sé que a poco ganaré la destreza necesaria para ejecutarla casi sin pérdida de tiempo, a no ser que el deterioro se agudice de modo tal que deba requerir al dueño del apartamento que se haga cargo de la reparación, con la molestia consecuente de tener que volver a tratar un asunto, aunque nimio, con él. Estas pequeñas vicisitudes, tan prosaicas, me exasperan de un modo totalmente desproporcionado. Ello al punto de hacerme considerar la posibilidad de oblar personalmente la reparación, cosa que finalmente haré, según parece después de todo este análisis y a una edad en la que mis mecanismos internos ya no me desconciertan como antes y puedo preverlos con mayor precisión.

Entro finalmente. El interior no es menos deprimente, una cocina comedor muy amplia con una ventana en el extremo, que permite luz solamente en el área de procesamiento de alimentos, y en la otra hay que encender la lámpara de techo aún en los días más claros. O sea, exactamente al revés de mis necesidades. Un baño húmedo, sin bañera y con las paredes pintadas originalmente de celeste pero ahora cubiertas en la mayor parte de su superficie por hongos negros. Un lavadero rasposo en el que se encuentra un termotanque pequeño, vetusto y oxidado que obliga a ducharme en diez minutos como máximo. Hacia el otro lado dos habitaciones en fila, la primera igualmente oscura y la segunda con una puerta doble hacia un balcón amplio; lejos, lo mejor de la casa.

Miro los canastos de la mudanza y estas vicisitudes no tan pequeñas pero igualmente prosaicas que me exasperan de un modo totalmente desproporcionado vuelven a infligir su insidioso azote de chicotes melancólicos... aunque poniendo manos a la obra quizá consiga distraerme de los tragos de hiel que afluyen a mi boca cada vez que pienso en ella... no, nada de eso va a suceder. Una cosa es que la mujer de uno lo abandone por otro, o que deje de amarlo, o que sencillamente agarre y se muera. Pero otra muy distinta es que se convierta en un signo correspondiente a una notación musical extradimensional y se vaya a vivir una existencia mucho más armónica en otro plano. Una foto en la pared la muestra cuando era carne y alma hipostasiada cuyo brazo me ceñía y al volver a mirarla me digo que la evolución acaba de dejarme sin hueso que roer. “Te amo”, reza el marco de goma eva con letras de pésima factura pegadas sobre él. Mucho amor, pero yo quedé relamiéndome las heridas entre las nieves del sur y ella que se fue a resonar sus exquisitas tonalidades quién sabe adónde. Harto de la cabaña, del frío, de los horizontes azules, de la soledad, de la filosofía, de la literatura, del celibato, del abandono, de la escasa variedad de bebidas espirituosas, de las místicas fonontológicas, de mí mismo y de la imposibilidad de hartarme con las cosas que me hartaba antes, contraté una mudadora y volví a la ciudad que con tan placentero ímpetu abandoné hace tres años, buscando algo que no sabía qué era pero eso no importaba porque lo que no sabía qué era estaba buscándome a mí. Tres años ini-

ciáticos para darme cuenta, o mejor dicho para que mis mentores se dieran cuenta que mi hándicap espiritual estaba muy lejos de ser el suficiente para seguirlos en su periplo trascendental. “Así son las cosas”, me dijeron, palmeándome la espalda y con un gesto de conmiseración de esos que tan mal sientan al mísero cuando vienen del lado del próspero, cuando uno puede sentir que la esperpéntica crisálida que el otro está a punto de abandonar aún es brevemente capaz de sentir empatía por la infecunda costra que uno deberá seguir cargando a ultranza. Así son las cosas, sí, ya lo creo. Y ciertamente, tal vez si no tuviera yo tanta nostalgia por las palpitantes anatomías de Ivana, podría estar allí alcanzando éxtasis ignotos a partir de trémolos en eróticos crescendos, hasta alcanzar orgásmicas resoluciones armónicas y así eyacular miríadas de semifusas en scats escabrosos aún para el mismísimo Orfeo... pero no, precisamente por eso es que solamente puedo hoy ocuparme de la propia batuta, la que únicamente gozará del compás más elemental y primario, más apto para metrónomo que para cualquier otra función; y también, dicho sea de paso, incapaz de mantener otro pulso que el dictado por el instinto que procura sus pinches éxtasis amanuenses del deseo. Sí, así son las cosas.

Acomodo primero los libros, esos que dificulto alguna vez vuelva a leer. Ahí afuera está mi ciudad, y probablemente sea la misma que era cuando me fui. Pasa que al haber cambiado tanto yo, la relación sujeto-objeto debe haber variado entonces en incontables matices que exacerban mi agorafobia sobrevi-

niente a tales consideraciones. Mientras estuve con Ivana, Ángelo Bonomi, y los demás integrantes del circo sonoro-esotérico autodenominado “Centro de Investigaciones en Fonontología”, me había sentido seguro, acolchonada mi psique por una banda de locos entre los cuales había conseguido establecer barreras infranqueables con lo que consideraba y aún considero “distorsionadas condiciones neuroambientales”. Pero infectado ya de toda contaminación posible, excretado del cenáculo impoluto de los trascendentales tímpanos, incapaz de soslayar dignamente las tentaciones del demonio retiniano, aquí estoy de vuelta, y apechugaré todo lo que haya para otear de puro resentido, nomás.

Suena el teléfono (¿ya?) y una voz femenina me pregunta si está hablando con la agencia de automóviles Randazzi. Respondo que no, a lo que ella vuelve a la carga:

-¿Es el 454-16...?

-Sí, pero no es la agencia que usted dice.

-Qué raro, porque figura en guía con ese número.

-Oh.

-Bueno, gracias.

Ni bien corto la comunicación, verifico en las páginas amarillas que lo dicho por la mujer es positivamente cierto. Llamo a otro de los números del tal Randazzi y le pido que me explique cómo es que mi número figura en guía como de su empresa, y un tipo con aire fastidioso me explica que acá, en esta casa, vivía hasta hace un mes uno de los dueños.

-¿Y cómo puedo arreglar entonces tal cuestión?

-No me imagino cómo. Supongo que deberá esperar hasta la próxima edición de la guía. O pida el cambio de número, qué sé yo.

*Don't let it bring you down*, como decía el viejo Neil. Vuelve a sonar el teléfono.

-Hola, ¿hablo con Randazzi?

-¡NO! ¡NO ES MÁS ESE NÚMERO! ¡HAGA EL FAVOR DE NO LLAMAR MÁS!

-Eh, viejo, qué carácter...

Y así dos veces más, en veinte minutos. La Plata City iba a poner a prueba todos mis márgenes de tolerancia, de entrada nomás.

Decido entonces invertir el sentido comunicacional y disco el número de mi viejo amigo Pepe, a quien debo mi casi inexistente renombre como autor de glosas patafísico-filosóficas a través de su publicación en la red. *El número discado no corresponde a un abonado en servicio*, dice una voz pregrabada en mi auricular. Pruebo con la casa de Abdul, mi otro amigo entrañable, futbolero y barrabrava de Gimnasia y Esgrima. Me atiende su madre.

-Hola.

-Hola, Doña Teresa, ¿cómo está, tanto tiempo?

-¿Cratilo?

-Sí, Cratilo, volví a la ciudad.

-¿Cómo estás, hijo?

-Bien, acá andamos. ¿Ustedes?

-Y, tratando de sobrellevarla.

-Sí, las cosas están difíciles, en este país. Dígame, ¿Abdul anda por ahí?

-Pero cómo... ¿no te enteraste? (Danger)

-¿De qué? –pregunto, esperando no oír lo que las escasas cinco palabras de la frase anterior trasuntaban inequívocamente, en esa suerte de preámbulo macabro que el mensajero de la muerte parece regocijarse en reiterar, en boca de quienes se toman su tiempo para decir aquello a lo que les cuesta horrores dar voz.

-Lo mataron, a mi hijito querido. Lo mataron, Cratilo, hace dos años.

-¿Quién lo mató?

-La policía, lo mató. Dicen que fue un enfrentamiento, dicen que estaba armado. Pero mi hijito querido era incapaz de una cosa así, ¿no'cierto, hijo?

-¡Por supuesto! –Dije con fingida convicción, aún conmovido por la noticia pero conciente de mis deberes para con la sensibilidad de una sufriente madre (hablando de madre, advierto que aún no he llamado a la mía propia). Oigo de armas plantadas, de mala praxis jurídica (en otros términos, claro), de injusticia, de dolor, y no sé muy bien qué decir, mas que “claro... claro... sí, tal cual”, y expresiones por el estilo, mientras intento elaborar un colofón que elida las vacuidades formales propias de tales entuertos. Consigo finalmente articular algunos sucedáneos de clásicos pésames, los que por fortuna no son tenidos en cuenta, ni prácticamente escuchados, en la vorágine de desgarramientos que hallan significados dra-

máticos aún en su limitada capacidad de formulación; el sentimiento en llamas siempre halla el modo de expresarse, y tal vez no sean propiamente las palabras las que comportan el significado real y profundo, en estos casos. Corto la comunicación y descubro que necesito beber un trago.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece escalones.

## **Dos**

He tardado aproximadamente tres horas en elaborar el duelo por el buen Abdul. Me llevó una sopa instantánea de espárragos, dos botellas de Heineken y mi actualización, noticiero de cable mediante, de los sucesivos desbarajustes que azotaron a nuestra sufrida y contumaz sociedad. Tres años con anteojerías en una cabaña rodeada de bosques nevados me apartaron completamente de estas vicisitudes que ahora con relativo asombro hecho al coleto, como la caída de De La Rúa entre represiones en algunos casos homicidas, récord de cambios de Primer Mandatario, choreo liso y llano de los ahorros de la gente, los secuestros erigiéndose en la única empresa en alza, etc. etc.. Dan ganas de volver a la cabaña, miren. La selva de cemento está a pleno. La agorafobia crece en mi interior como una hiedra malsana abonada por una calle que ya me ha tratado violentamente y a la

que no quiero brindar nuevas oportunidades. Aparte ya no está Abdul para defenderme, andará desplumando serafines a mamporros o revoleando diablos de la cola, pavada de alma que fueron a reclamar...

Me canso de la TV, así que la apago. Se termina la cerveza, todo lo bueno termina, pienso en tanto vuelvo a mirar la foto en la que Ivana está abrazándome, sobre las toscas letras de goma eva que en mis dolientes sentimientos alcanzan la significación de un memento mori de la pasión, esa que primariamente me fue dado interpretar, y colijo que sería buena idea quitar esa foto de allí y guardarla, sino incinerarla.

Decido abandonar mi pusilanimidad y, antes que seguir atendiendo llamadas telefónicas dirigidas al tal Randazzi y la puta que lo parió, ir al Bar de Pedro. Quizás allí encuentre a Pepe, o en su defecto alguien que pueda decirme adónde hallarlo. Bajo uno a uno los trece escalones, mas asegurándome comenzar con el pie derecho, por lo que advierto que nomás un breve lapso en la ciudad ya me provoca actitudes mentales obsesivas en cuya incipiente necesito operar, dado que estas cuestiones suelen crecer rápidamente y tornarse a poco casi imposibles de suprimir luego. Camino un par de cuadras, el barrio es tranquilo, casi no se ve gente en la calle, y llego a Parque Alberdi. Lo atravieso por su centro, siguiendo el trazado de Diag. 73, y tres o cuatro cuadras más arriba al bar. Genero una suerte de pequeño mitin, y me son invitados unos cuantos tragos. *Cratilo is back*. Solo que lleva en su mochila las heridas que decía el

pobrecito Miguel Hernández, “la del amor, la de la muerte, la de la vida”, y eso se advierte al punto que más de uno dice notar un ostensible cambio en mi mirada y en mi tono. Sale el tema de Abdul, y a instancias del tordo tomo razón que fue abatido en Villa Montoro, armado y con dos kilos de merca encima.

-Fue tan boludo que prefirió la bolsa a la vida –acotó, sin abandonar por ello en la actitud el debido respeto a los muertos, y más cuando se trata de un hombre de códigos como lo fue él (me refiero a Abdul y a sus códigos éticos de barrio, y no a los códigos civiles y penales que fatiga el tordo). Apuro entonces el trago de Campari, para ahogar la angustia que por unos instantes anuda mi garganta. El tordo advierte la maniobra y me palmea el hombro.

-Che, qué cambiado que estás... –observa al cabo de unos instantes.

-¿Te parece?

-A estas alturas ya nos hubieras incendiado la azotea con la Escuela de Chartres, Ockham y qué sé yo cuántos.

-No, ya no. He olvidado todo eso, por completo, y sobre todo, porque he perdido el interés. Antes creía que tal vez podría alcanzarse alguna certeza a través de las líneas de pensamiento de ese tipo, hoy sé que no es así.

-Ah, ¿sí? ¿Sabés positivamente que no es así?

-Bueno, eso creo.

-Me gustaba oírte delirar en esa vena. Yo no sé mucho, pero tampoco soy un negado, viste.

-Ya lo sé, tordo, ya lo sé.

- Decime, entonces, por qué estás tan seguro.
- No estoy seguro de nada.
- Te pido que me lo digas porque acabo de comprar-me *Ser y tiempo* y no tengo ganas de emprender semejante lectura con la espada de Damocles de tu aseveración sobre mis endeble entendederas.
- Mirá que sos pelotudo, me estás jodiendo... –ambos reímos, y a continuación le propongo un brindis haciendo votos para que el nazi de Heidegger pudra su dasein en el infierno.
- Eeeeeehhhh –exclama, pretendiendo agraviarse.
- Ahí fue Abdul, a cagarlo bien a palos –agrego. No puedo imaginar a Abdul sin estar aporreando a alguien. Y bueno, era su métier.
- No te habrán lavado el bocho, a vos, ¿no?
- ¿A qué te referís?
- A algo que me contó Pepe, que te habías ido con una secta, o algo así..
- Más bien, “o algo así”. Che, hablando de Pepe, ¿no viene más por acá?
- No, poco y nada. A veces, cuando puede dejar el boliche.
- ¿El boliche?
- Sí, puso un cyberbar, ¿no sabías?
- No. ¿Adónde, che?

Ingreso al antro de Pepe, oscuro y sugestivo, iluminado por unas pocas lámparas y, sobre todo, por la luz de los monitores de las PC. Allá está él, no ha cambiado tanto en apariencia como en patrimonio, por lo visto. Aprovecho que está muy concentrado

hablando con un fulano, creo que se trata de negocios, por la actitud; así que me siento en un taburete de la barra dándole la espalda. A poco oigo que, desde atrás, me pregunta:

-¿Vas a tomar algo?

Me doy vuelta y le respondo:

-¿Quién le ha dado permiso para tutearme?

-¿Cratilo? ¡GRANDÍSIMO HIJO DE PUTA Y LA REPUTÍSIMA MADRE QUE TE PARIÓ! –Da la vuelta al mostrador para abrazarme, y mirarme como quien no puede creer lo que está viendo. Las siete u ocho personas que se hallaban conectadas y bebiendo cafés o tragos se vuelven para ver cuál es la causa del estentóreo exabrupto.

-No quiero decirte cómo tenés que llevar tu negocio, pero creo que deberías guardar un poco de compostura –observo, medio en broma medio en serio.

-Apareciste, hijo de puta –los epítetos, ahora dichos en volumen normal, cumplen idéntica función, no obstante. ¿Será mi relación con los fonontólogos lo que me lleva a poner atención en detalles como éste?

-*Ió soy el Aparecido, pué.*

-Dos años sin saber nada de vos, turro de mierda.

-Si me seguís puteando van a pasar por lo menos dos más, amigo.

-Bueno, qué querés. El primer año por lo menos me escribiste, no entendía un pomo pero igual, por lo menos... después...

-Pasa que el primer año vivimos cerca de un pueblo que tenía máquinas de éstas. Después nos fuimos al medio de un bosque.

-Esperá que doy la vuelta y te sirvo algo. Cratilo y la puta que te parióoooooooo –va diciendo mientras deja batiendo una puerta vaivén y reaparece del otro lado de la barra. Una piba morocha con corte de pelo onda Principe Valiente y faldas cortas muy bien justificadas fisiognómica y anatómicamente, vuelve en ese momento de atender una mesa, deja la bandeja sobre el mostrador y me mira con curiosidad, supongo que debido a los destemplados aunque cariñosos recordatorios de la liviandad sexual de mi progenitora que me fueran cursados instantes antes por Pepe. Éste hace las presentaciones escuetamente, simplemente diciendo los nombres de cada uno:

-Julieta, Cratilo...

-Hola –me dice y me da un beso.

-Hola, ¿qué tal? –le respondo.

-Ojo con éste que es peligroso –advierte Pepe, y me guiña un ojo. Ella sonríe, y pasa adentro a preparar algún pedido, seguramente. -¿Qué tomás?

-¿Tenés Campari?

-¡Claro!

-Tírame uno, por favor. Con hielo y soda.

-Ya sé, boludo.

-Bueno, puedo haber cambiado, ¿no?

-Ya lo creo que has cambiado. Se te nota en la cara.

-...

-¿No me vas a contar nada?

-Contame vos, por ejemplo... ¿cómo pegaste este negocio?

-Supiste lo de Abdul, ¿no?

-Callate que no sabía nada y llamé a la casa y me atendió la madre. No entendí nada. Me quedé de una pieza. Después me dijo el tordo que cuando lo bajaron tenía dos kilos de merca arriba...

-Sí, tal cual. Se zarpó mal, yo le decía, y le decía... vos te acordás, Cratilo, en la que nos metió una vez.

-Cómo olvidarlo...

-Bueno, el loco siguió, cada vez más cebado...

-Ya está, ya fue. Hablemos de otra cosa. No me contestaste cómo pegaste este boliche.

-Es que tiene que ver una cosa con la otra.

(Empiezo a atar algún cabo y las suposiciones que tallan en mi análisis no me gustan mucho que digamos.)

-Explicame –le solicito, con concentrada parquedad, mientras advierto que súbitamente adopto un aire como de tahúr, y no es que me lo proponga.

-Mirá, el loco estaba perseguido, viste, con la milonga ésa que hay ahora con los barrabravas, las cámaras en los estadios, y todo eso, viste, había quedado muy expuesto. No se quedaba quieto nunca, siempre en alguna movida, sea de ésta, sea de la otra. Así que el último año, me iba dando la guita para que se la tenga, porque tenía miedo que cualquier día le reventaran la casa.

-Entiendo, o sea que ésto es producto del lavado de narcodólares.

-Hablá despacio, jetón. No, no es así, boludo. Un día abro el diario y me entero que lo hicieron. Y yo con toda la guita de él en casa. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que vaya y le diga a la yuta “perdón, oficial, me

parece que este dinero corresponde al occiso”? ¿Sos idiota, vos?

-No sé, qué sé yo, yo se lo hubiera dado a la madre.

-Claro, boludo, eso es lo primero que te da por pensar. Pero la madre estaba hecha pedazos, decía que era imposible, creía ciegamente que le habían plantado todo, el arma, la frula... la ilusión de ella es que su hijo a lo sumo repartía un par de boyos por ahí, vos querés que vaya y le diga “tome, doña, estos miles de dólares me los dejó Abdul”, y vea cómo se le rompe el corazón ante mis propios ojos...

-Puede ser, tenés razón.

-Para tranquilizar mi conciencia, viste cómo le puse al bar...

-No. No me fijé.

-*Abdul.com.*

-No fue muy imaginativo.

-Ya sé, pero nobleza obliga. Aparte, me fijo que no le falte nada a la vieja. Como cosa mía, claro.

-Lo menos que podés hacer. Decime, ¿no te querés hacer cargo de la mía?

-Dejame cien lucas y hablamos.

-Estás más hijo de puta que antes.

-No, vos estás más santurrón, que no es lo mismo. Y sabés una cosa, sos un boludo. Estoy seguro que si hubieras andado por acá, la guita te la hubiera dejado a vos.

-Es probable, sí. Aunque si seguía como venía capaz que quedaba yo también en la línea de fuego, nunca se sabe.

-No, Cratilito, después del cagazo de aquella primera vez, no te prendías en otra movida de ésas ni en pedo.

-Puede ser, sí. Pero sabes qué, me parece que es esta droga la que me desequilibra –digo, mirando fijamente el hipnótico rojo del Campari. –Allá en el sur, lo único que tomaba, y cuando conseguía, era licor de rosa mosqueta. Ahora vuelvo, empiezo a darle a la variedad y siento cómo nuevamente las paralelas comienzan a juntarse. Es terrible, la ciudad.

-¿Por qué volviste, entonces?

-Pasaron tres años y todavía no averigüé por qué me fui. Quieres que ahora te diga por qué he vuelto. Qué sé yo, por qué volví.

-Te fuiste a buscar a la mina ésa, a la tal Ivana.

-La encontré de pedo, allá. No me fui por ella.

-¿La encontraste de pedo?

-Bueno, ella me encontró a mí, en realidad.

-Lo que demuestra que no fue casual, que fuiste manipulado.

-Puede ser, pero de lo que estoy seguro es que no era gente malintencionada. Aparte de la manipulación ya sabes lo que pienso, ¿no? Digo, si leíste lo que levantaste en internet...

-Contame qué pasó. Te colgó, la mina, ¿no?

-No, o más o menos.

-¿Sí o no?

-No sé

-Explicate.

-Un buen día se fueron todos. Dijeron que iban a trascender a otra esfera de conciencia, en la que se-

rían algo así como cifras en una notación musical correspondiente a otro cosmos.

-¡Qué delirio!

-No sé, tratándose de ellos.

-No pensarás que... ¿acaso los viste desaparecer, o algo?

-No. Se fueron a hacer la transferencia a otro lado, no sin antes aclararme que no era de la partida debido al escaso potencial armónico que había desarrollado, por debajo del mínimo necesario para mantener la conciencia plena en tal universo alternativo. Dijeron que seguramente me expandiría en ondas sonoras cada vez más difusas hasta licuarme por completo en el supremo concierto esférico.

Pepe se ha quedado boquiabierto, mirándome. Advierte que he concluido mi breve y para él descabellado reporte, sacude levemente la cabeza y me inquiere:

-Vos no pretenderás que te crea semejante disparate, ¿verdad?

-Yo no pretendo nada más que otro Campari, por ahora. Creo que la sucesión de Abdul, nunca referida oficialmente pero igualmente válida para nuestros endeblees códigos morales lo amerita, ¿no es así, socio?

-Unos cuantos Camparis, puede ser. Pero conste que van de la mano de mi buena fe, y no de los argumentos extorsivos de un ciudadano de mínima fe pública, motivada ella por su tendencia irresistible a elaborar disloques y, lo peor, ofender la inteligencia ajena pretendiendo que sean creídos.

-Creés que estoy loco, ¿no es cierto?

-Sí, pero no te hagás problema. Ya lo creía de mucho antes. Decime una cosa, Cratilo... yo, por supuesto que no creo para nada toda esa patraña que me acabás de contar. Lo que me preocupa es... ¿vos lo creés?

-Mirá, siempre me pasaron cosas raras, y no podría dar fe de muchas porque venían en etapas de gaste, de alcohol, de golpes en la cabeza. Pero allá he atestiguado cosas tal vez más prodigiosas, aún, y ya te dije, sin contextos obsesionantes ni agresivos en términos físicos o mentales, y solamente ingiriendo leves y esporádicas dosis de licor de rosa mosqueta. Lo que sí, esos eventos nunca los puse en crisis, al menos desde una perspectiva intelectual, así que no sé si serán ciertos o no en un sentido convencional, pero eso para mí hoy día es lo menos importante.

-Bueno, no quiero seguir fustigando temas que parecen deprimirte, así que hablemos de otra cosa.

-Me estás tratando como a un enajenado y no me agrada, máxime teniendo en cuenta que si hay un enajenado aquí, seguro que no soy yo.

-Está bien, como quieras. No voy a competir en eso. Decime, ¿adónde estás parando?

-Me alquilé un departamento con dos dormitorios en la Loma.

-¿Alquilaste un departamento? ¿Con dos dormitorios? Viniste con guita, entonces.

-Vendí la cabaña, en la que había quedado solo. Sin papeles, sin nada, a unos fulanos de otra tribu cercana que vivían de la caza, la pesca y la recolección. O

sea, por unos cuantos pesos, lo suficiente como para traerme algunas cosas y para dos o tres meses de renta. Agarré lo primero que encontré, viste cómo soy yo, donde me ponen me quedo. Después, a la buena de dios, o de la Octava Primigenia, en la nomenclatura de Bonomi. A no ser que algún buen amigo se apiade y me dé laburo. Por ejemplo, atender un cyber.

Pepe sonríe y no dice nada. Las cervezas y el Campari comienzan a hacer efecto en mí, y de pronto es como que me dan ganas de salir a la calle y ver qué ocurre ahí afuera. ¡Resulta tan evidente la relación causal entre el alcohol y los avatares descontrolados de mi vida, ahora, luego del hiato de pureza acústica que acaba de culminar! ¿Vendrán otra vez los golpes en la cabeza y los sucesos extravagantes de la mano del consumo masivo de los néctares espirituosos? ¿Cuántos y cuán contundentes golpes seré aún capaz de resistir? De todos modos, no parece un mal plan para un descorazonado mortal expulsado de las meras puertas del cielo, debido a esta misma condición poluta en la cual encontrará, sin duda, un tirrioso regocijo.

-Hey, ¿me oís?

-¿Me hablaste?

-Uh, cómo estamos... te decía que la tengo a Julieta durmiendo acá, en un camastro de mierda, y que por ahí, entre los dos, se las pueden arreglar mejor para pagar el alquiler.

-¿Me la estás entregando?

-Es mi sobrina, pelotudo. No te hagás el vivo.

-¿Entonces por qué no la llevás a tu casa?

-Porque me casé, y mi mujer tiene esa idea que la pareja tiene que estar sola, al menos los primeros años.

-¿Te casaste? Ah, pero está visto que no los puedo dejar solos, uno muerto, y el otro, peor...

-Dale, hacete el boludo, vos, que si la Ivana ésa no te hubiera colgado el morral, aún estarías olfateándole la entrepierna.

### **Tres**

Dos Camparis después, con el boliche bastante lleno y por ende Pepe más ocupado, las circunstancias se hacen más propicias para ejercer mi antigua predilección, que no es otra que embriagarme mientras cavilo, e intentar así esculpir formas gaseosas efímeras a partir de la entropía de mi lucidez, que escasa de por sí, va aún degradándose detrás de los crecientes velos con los que el alcohol opaca la conciencia. Ya estoy pronto a ese estado en el que la mayor absurdidad adquiere los ribetes de un apodíctico ideal, capaz de enarbolarse en mítico estandarte. Tal parece que estos artificiales son los únicos paraísos asequibles para mí, voto al albatros de Baudelaire, Santo Patrono de los visionarios encurdelados. ¿Ven lo que les digo?

-Cratilo, Cratilo Cratilo Cratilo –dice un tipo de pelo largo, lacio y negro, al tiempo que se apoltrona sobre

la barra a mi izquierda. Lo miro durante unos breves instantes, y luego lo reconozco.

-Luichi, chaval, ¿qué andás haciendo por acá? –El Luichi es un antiguo camarada de los claustros filosóficos oficiales, y ebrio de lesa sobriedad.

-Cratilo, Cratilo Cratilo Cratilo –repite, y agrega una serie de je je je je jés, casi mascullados, medio nasales, según una particularidad estilística que yo ya había olvidado, y que contiene algo así como una sorna implícita de quien sabe y expresa estar tratando con alguien tan degradado moralmente como él mismo. Parece rebuscado, pero es así, nomás. Me da alegría verlo. Es un raro espécimen en la fauna habitual de esta zona, y tengo vacantes de amigos que cubrir, hoy por hoy.

-¿Qué andás haciendo por acá?

--Nada, pasaba y te vi, por eso entré. Me dije “ahí está el buen samaritano que va a pagarme una cerveza”.

-Veo que no perdiste las mañas, en todos estos años.

-Eh, qué estás insinuando...

-Pepe, servile una cerveza al Luichi, por favor.

-Son tres pesos -me dice, mientras deja el chopp y la botella de Quilmes de litro frente al Luichi.

-¿Me la vas a cobrar? –Pregunto, sorprendido.

-Claro. Vos estás invitado. Tus invitados, no.

-Sos capaz de cobrarme, turro.

-Claro, y porque te conozco. Hoy uno, mañana cinco. Vas a venir con todo tu séquito y me voy a fundir, así que quiero dejar bien sentado este precedente.

-¿De qué séquito estás hablando?

-Oigan –interviene el Luichi,- no quiero sembrar discordia entre amigos.

-Éste no es mi amigo –le aclaro, mientras tiro cinco pesos sobre el mostrador, con el mayor desprecio que soy capaz de trasuntar. –Contame qué ha sido de tu vida, en estos años.

-Y, Cratilo, mirá –dice, mientras inclina el chopp para servirse sin espuma,- en esta ciudad de mierda no me ha quedado sapo sin tragar, viste.

-Viste –repito, acordando una alta cantidad de significantes con esa forma verbal, solamente.

-Pero he viajado bastante, también, y éstos son los únicos momentos en los que he sentido que esta vida de mierda merece ser vivida.

-Ah, ¿sí? Contame.

-Y, anduve por toda latinoamérica. Pero eso sí, sin una moneda. Trenes de carga, aventones, manga, y esa historia, viste. Sobreviví a fiebres tropicales, golpizas, intoxicaciones, borracheras feroces...

-Bueno, tuviste más suerte que yo. A mí me pasó casi todo eso en cien kilómetros a la redonda. Decime, ¿y los muchachos?

-¿Qué muchachos?

-Marcelo, Raúl, los pibes de la facultad...

-Ah. Mejor que ni te cuente. De Marcelo, tuve noticias hace poco, y de la manera más azarosa. Me invitaron a la presentación de un libro que publicó la editora municipal, que estaba armado con escritos de internos de loqueros, ¿y adiviná quién estaba?

-Marcelo, ya lo dijiste.

-Sí, Marcelo, escribiendo desde su pabellón del Hospital de Romero. No estaba mal, era una especie de testimonio de su vida como burócrata, algo así como un Kafka compactado y concentrado en una narración breve.

-Siempre fue un tipo talentoso. ¿Te acordás cuando le vomitaste la alfombra del living?

-Huy, sí. Pero él tuvo la culpa. Se sentó al piano y se puso a tocar a Mussorgski, los paseos de “Cuadros en una exposición”, y me dio vértigo, qué querés que le haga.

-No te justifiques, fue muy gracioso verle la cara de desesperación cuando vio el bolo tinto embadurnándole la alfombra gris perla.

-Y bueno. Si era tan sensible, debería haber sido capaz de conceder a la mácula el valor estético que debía tener, ¿no es cierto?

-Tal vez. Yo te hubiera cagado a trompadas, igual, pero claro, yo no tengo sensibilidad para el impresionismo regurgitado ése que vos decís. ¿Y Raúl?

-Anda por la calle, diciendo incoherencias. Dice que es el “lacayo de Dios”, y no sé cuántos delirios a partir de ése.

-Si me preguntan a mí –dice Pepe, con evidente ánimo de no quedar excluido del diálogo,- esa Facultad habría que cerrarla, por lo visto.

-Pero sabés qué –le respondo de mal modo, -nadie te preguntó nada. Atendé tu trabajo, por favor, y no molestes a los clientes.

-¿Y vos? –Me pregunta el Luichi.- ¿Qué fue de tu vida?

-Yo huí para el sur. Estuve tres años por allá. Y ahora volví. Hace un par de días, nomás –informo, sin ánimo de efectuar mayores precisiones, y arrojando una mirada hostil a Pepe para que ni se le ocurra abrir la boca al respecto.

-¿Seguís leyendo filosofía?

-No, ya no. ¿Vos?

-Lo necesario para dar clase.

-¿Te recibiste?

-Y, sí, después de tantos años, qué querés.

-¡Qué grande, el profesor!

-No sé si grande, lo que sí es insignificante, es el salario.

-Sí, eso sí.

Nos quedamos cada cual mirando su vaso. Algo trágico ha ocurrido en los últimos tiempos. En otro momento hubiéramos estado riendo, festejando ocurrencias, generando proyectos literarios o filosóficos, corriendo mujeres. Ahora estábamos cada cual mirando su vaso, tal vez un poco abatidos, melancólicos; y no era que ese algo trágico nos hubiese ocurrido a nosotros, específicamente, sino a todos, era algo en el aire, estoy tentado a decir que en el espíritu. El deterioro social producto de la corrupción, guerras internas y externas, pobres muchachos jóvenes deglutiendo hiel a través de su nudo corredizo de corbata en bancos y oficinas, obreros explotados, jóvenes sin posibilidades de trabajo empujados al resentimiento y a la delincuencia, o a ambas cosas -con el correlato de ferocidad resultante de tal conjunción-, religiones tan obsoletas y esclerosadas como los pro-

prios pontífices, políticos profesionales estableciendo el laberinto de Creta presidencialista, policías y magistrados de gatillo y martillo fácil, respectivamente, un sálvese quien pueda enajenado y sin un parámetro moral que sirva al menos para tentar un mínimo e inocuo oprobio a tanta canallesca desfachatez...

-Salgo a la calle –digo, sin levantar la vista de mi vaso de Campari & soda-, veo la cara de la gente y no puedo sino recordar la escena esa en ralentí de la película de Bergman, “El huevo de la serpiente”, cuando mostraban un filme dentro del filme en sí, en el que trasuntaba en cada cara de los transeúntes una suerte de quiebre espiritual.

-Sí, espero que no sea premonitorio, eso que decís. Según me acuerdo, en el contexto de la película era el argumento de un nazi.

-Sí, algo así.

-Bueno, muchachos, que no decaiga. Brindemos por el reencuentro –nos dice Pepe, descorcha un Chandon y pone tres copas. Por un momento vuelve a gozar de mi simpatía.

#### **Cuatro**

Dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce y trece. Subiendo de a dos los escalones son seis pasos largos y uno corto (si sigo así voy a terminar jugando black jack con la escalera). Y hablando de juegos, otra vez el jueguito de la llave, veamos ... sí, ya está. Enciendo

la luz y ME CAGO EN LOS CALZONES. Hay un tipo que al parecer estaba sentado a oscuras a mi mesa de estilo campo patinada en tonos verdinegros. Un cuarentón de pelos largos y descuidados, morochito, ligeramente sonriente, haciendo sonar los cubos de hielo en un vaso con whisky, lo sé porque al lado tiene una botella de Grant's por la mitad. Nomás he vuelto a embriagarme cuando vuelven a sucederme estas cosas. No parece agresivo, sino que parece, y valga la redundancia, un aparecido. Pasado el shock adrenalínico, y luego de quedarnos viendo unos cuantos segundos, tenso e inquisitivo yo, relajado y divertido él, le pregunto:

-Vos no serás Randazzi, ¿no?

A lo que él suelta una ruidosa serie de carcajadas. Al cabo me responde:

-No, no soy Randazzi. Si te sirve mínimamente de consuelo, yo también pasé por eso.

-¿A qué te referís? ¿A que te invadan la casa?

-No. A que llamen todo el día preguntando por la agencia de autos de Randazzi.

-Claro, vos viviste acá. Se nota que guardaste una llave. Debí hacer cambiar la cerradura.

-No guardé ninguna llave.

-Entonces, ¿cómo hiciste para entrar?

-No es muy fácil de explicar, eso. ¿Querés un whisky?

-Dale –le digo mientras me siento. Veo que no he perdido mucho la cintura en esto de asimilar eventos extraordinarios con desconcertante naturalidad. El fulano tira tres cubitos en uno de los dos vasos de

trago largo con el logo de Ponche Caballero que tengo, ya que él mismo está usando el otro, y agrega una buena dosis. —¿Quién sos, vos? —Pregunto en el entretanto, en forma tan directa como esquivas parecen ser sus respuestas:

-Eso es más difícil de explicar que cómo hice para entrar, créeme.

-No me gustan los enigmas.

-Ya lo sé.

-Te manda Bonomi, ¿no es cierto?

-No, no me manda Bonomi.

-Pero por lo visto, lo conocés...

-Sí, claro que lo conozco. Fue mi profesor de física en tercer año de la secundaria.

-Debo estar loco. Vos no existís, tanto alcohol de golpe me debe estar provocando alucinaciones.

-Por favor, Cratilo, no caigas en esos lugares comunes. Hacerlo por mí, ¿querés?

-Bonomi fue MI profesor de física de tercer año de la secundaria.

-No vamos a discutir eso, seguramente el pobre hombre ha tenido cientos de alumnos de física en tercer año de la secundaria. No hallo nada extraordinario en ello.

-Eso es cierto.

-¡Pues claro! ¿O qué creías? ¿Qué me estaba apoderando de tus recuerdos?

-Ya te apoderaste de mi casa, según parece.

-¡Tu casa! No es tu casa. Es la casa del gringo que vive aquí en planta baja, y que se pelea todo el día con su anciana madre italiana. Si Randazzi te rompe

las pelotas, esperará a ver el griterío bilingüe que te espera. Y eso sin contar que hacia las ocho de la mañana comienza el agudo y escatológico glissando de la sierra sinfín del carnicero, justo debajo de tu balcón.

-¡No me digas!

-Sí te digo. Trescientos cuarenta mangos... parece mucho. Encima a poco se van a aflojar las lajas de la habitación del medio, y comenzarán a fluir géisers de polvo de cemento a cada pisada, ese polvillo tan difícil de limpiar; y lo más triste del caso que preferirás desparramarlo por toda la casa antes que llamar al gringo para que lo arregle, ¿me equivoco?

-Pues no –concedo, mientras cavilo que tal vez esté bien que conozca detalles de la vivienda, pero lo que no está tan bien es que conozca detalles de mi personalidad. Me mira fijamente, se nota que goza con el desconcierto que la situación me provoca. En otra época hubiera sido objeto de mis destemplanzas, las que probablemente hubieran incluido su expulsión violenta. Pero ahora no, supongo que tanto el entrenamiento fonomístico como la decepción romántica que he atravesado han dado un nuevo molde a mi emocionalidad. Solo siento una ingente curiosidad respecto de los motivos que tiene el fulano éste para aparecerse así, tan ufano, tan seguro de sí mismo, tan conocedor de todos los vericuetos tanto internos como circunstanciales de mi experiencia. De pronto se me ocurrió que podía tratarse de Dickinson, un psiquiatra con el que trabé relación epistolar tiempo atrás, y al que nunca conocí personalmente.

- Usted es Dickinson –le digo resueltamente.
- No, no soy Dickinson. Aunque debo decirte que por ahí hay gente que lo cree. Dickinson es un buen amigo mío, me encantaría traerlo, sabés, pero resulta que está muy ocupado trabajando en una importante tesis relativa a su especialidad. No sería bueno, práctico ni constructivo distraerlo de tal magnánima labor para inmiscuirlo en una historia que aún no ha hallado su norte.
- ¿Historia? ¿De qué historia estás hablando? ¿Qué te hace pensar que estoy yo, dispuesto a inmiscuirme en historia alguna?
- ¿No te has dado cuenta que ya lo estás?
- No, no me doy cuenta, y sabés qué, más vale que dejes ese tono enigmático y empieces a hablar clara y distintamente en orden a explicar qué es lo que estás haciendo acá, en mi casa.
- ¿Caso contrario?
- Caso contrario, puede que me violente.
- Bueno, estoy asistiendo al retorno de una faceta de la vieja personalidad de Cratilo. Tal vez sea eso lo que me proponía. Realmente, encontraba al nuevo Cratilo muy apocado, y muy resignado. Así está mejor.
- Parece que me conocés muy bien, y es muy raro, porque yo no recuerdo haberte conocido.
- Claro que te conozco, y ante esa especie de exabrupto mediante el cual intentás compulsarme a ser claro, el que dicho sea de paso no reviste mayor importancia que la ignición de las antiguas fraguas a las que acabo de referirme, dejame decirte que si no

hubieras aprendido a escuchar de la mano del buen hombre Bonomi, no tendría oportunidad de hacerte comprender lo que aún a mí me resulta incomprensible. Es decir, tengo que apelar a tu capacidad audio-comprensiva para que nos aclares este entuerto a los dos.

-Dame más whisky.

-Yo también lo necesito.

Mientras el fulano procede a servir, de pronto se hace una pequeña luz en mi cerebro (¿o debería decir un pequeño sonido?):

-Ya sé por qué sabés tanto de mí. Leíste mis escritos, los que publicó Pepe en la red.

-No te rompas el coco tratando de buscar explicaciones tan lineales; claro que leí tus escritos, incluso antes que se publicaran.

Decido abandonar definitivamente este juego. Parece que el fulano tiene mucho que decir, y quizá va a hacerlo más tempranamente cuanto menos yo lo insisto. No obstante hallo un bache fundamental en el diálogo precedente, así que voy por su obturación:

-Me dijiste quiénes no sos, pero no me dijiste quién sos.

-¿Te referís a mi nombre? No te diría nada. Igual voy a decírtelo, me llamo Gabriel Cebrián —se presenta, y tal cual lo anunciado, no me dice nada. Me tiende la mano con los dedos hacia arriba, y nos las estrechamos a la usanza moderna. Quiero soltar el apretón, pero él lo mantiene, al tiempo que dice: -Tal vez este contacto físico te diga mucho más que la

mera referencia del nombre –mientras clava en los míos sus ojos oscuros.

### Cinco

-Me esfuerzo por entenderte, pero no me facilitás mucho que digamos, las cosas.

-Ahora es cuando apelaré a las capacidades de percepción armónica que fueron acrecentadas por Bonomi en tu persona. Yo leí tus lucubraciones antes que fueran publicadas en la red, porque las escribimos juntos.

-¿Sos una especie de musa? Yo me las hacía más femeninas, más onda vestal, qué sé yo.

-No, pelotudo –me dice entre risas. -Lo que estoy intentando que entiendas es que vos sos mi personaje. Sos el protagonista de un librejo escrito por ambos hace tres años, intitulado *Diente de león*.

-Loco, largá el Grant's que te está cayendo para la mierda.

-Si decís eso es porque, ciertamente, no sabés con quién estás hablando.

-¡Oh, pero perdón, Gran Demiurgo y Altísimo Bebedor! ¡No vaya a ofender a su sacrosanta cultura alcohólica la incoherente blasfemia de este humilde avatar de su báquica imagería!

-Ves, esa clase de glosa ya la empleé como cinco veces. Entre los dos quizá podamos darle alguna brillantez a esta absurdidad que vuelve a juntarnos.

- Estás loco, tío, pero qué va'cer.
- Es probable; pensé, sí, en ver a un terapeuta cuando apareciste de nuevo.
- ¿Qué yo aparecí?
- Eso dije. Despabilate. Tengo un prestigio que cuidar. Por suerte no es mucho, pero es.
- Está bien, está bien, soy dado a las fantasías, como observó Pepe hace un rato. Ponele que sea cierto eso que decís...
- No me gusta esa especie de risita interna que estás reprimiendo –me objeta, y eso provoca que me ría ya expresa y estentóreamente. Al cabo, retomo:
- Ponele que sea cierto eso que decís... ¿no te parece poco original? Por no decir nada, pero es que no quiero ser descortés con mi “creador”.
- No dije que fuera tu “creador”.
- Acabás de decirlo.
- En todo caso, acabás de interpretarlo. Yo no lo dije. Dije que eras mi personaje.
- A ver, explicame, entonces.
- No, explicame primero vos acerca de lo que te parece falta de originalidad.
- Me refiero a la interacción del autor con los personajes. Ya en Pirandello resultaba cuestionable, en esos términos.
- Pirandello lo hizo en un contexto teatral.
- Sí, ¿y?
- Que no es lo mismo. Para eso, fijate que Woody Allen escribió un cuento en el que un tipo entraba en un armario, o algo así, y aparecía en Madame Bovary, por ejemplo.

-Por ejemplo. A eso me refiero, y si te ponés a buscar... pero no puedo estar discutiendo ésto. Es muy fuerte. Tengo una experiencia, recuerdos, presente, futuro, una boca que alimentar, un alquiler que pagar...

-Sí, de trescientos cuarenta pesos. Y una escalera con trece escalones, y las heridas del amor, de la vida, de la muerte. No me lo vas a decir a mí.

-Pruebas de mi existencia objetiva tengo de sobra.

-Ah, ¿sí? ¿Querés que te recuerde innumerables pasajes de *Diente de león* en los que tal criterio de realidad no solamente está puesto en tela de juicio, sino que está negado de plano? -Buen remache. Parece dispuesto a continuar fundamentando su extrañísima aseveración, así que continúa, con un convencimiento que me estremece en lo más profundo de mi supuesta encarnadura: -No sé si es original, capaz que los autores esos que decís, estaban convencidos de su existencia concreta, y como contraparte necesaria, de la irrealidad de los personajes que presuntamente crearon; cosa que no es mi caso, imbuído como estoy de orientalismos radicales. Estoy invirtiendo la carga de la prueba. En cierta forma vengo aquí a reclamar mi porción de realidad, Cratilo. Hamlet, el Rey Lear, Romeo y Julieta, existen. Shakespeare ya no, y se duda incluso que alguna vez lo haya hecho.

No sé qué decir. Parece que él sí.

-Pertenece a mundos paralelos. Creo que el suyo comporta un nivel existencial superior al nuestro

tanto en términos ontológicos como en axiológicos y estéticos. Pero disculpá, sé que te has vuelto fóbico a la terminología filosófica. Lo que quería decirte es que, dada tu insistencia a graficar las situaciones aparentemente anómalas con esa expresión de *paralelas que se cruzan*, pues bien, no hice otra cosa que producir este cruce que hoy nos ha juntado acá, en el departamento de La Loma en el que inicié esos buceos narrativos que en un principio pretendían acotarse al fenómeno literario y a poco devinieron en ésto que aún no me atrevería a definir, y dudo que alguna vez pueda hacerlo. Y más aún lo dudo teniendo en cuenta la casi nula predisposición cooperativa de mis personajes, por lo que se puede apreciar.

-Cratilo Bermúdez, Documento Nacional de Identidad número veintidós millones...

-¿Bermúdez? ¿Cratilo Bermúdez? ¿No tenías otro apellido para ponerte? Bueno, nada nuevo. Vos mismo elegiste tu nombre en su oportunidad, a mí me pareció medio farolero, pero fue tu voluntad; y encima lo hiciste en un contexto en el que relativizabas toda veracidad respecto de que fuera el real, dejando en claro que se trataba de uno escogido, más que al azar, a cuento precisamente de la incapacidad del lenguaje para designar objetos reales, cuestionando junto con el sofista su flagrante impotencia esencial. Cratilo Bermúdez, eso sí que suena para el orto. Qué diría Bonomi, si te oyera.

Bueno, parece que llegó, por fin. La locura está aquí. Soy pasible finalmente del anatema con que el blan-

dengue de Rubén Darío pretendió descalificar a tipos como Lautréamont. He flirteado demasiadas veces con la demencia, de modo que finalmente la chaveta saltó y héme aquí prestando oídos a un fulano que dice que soy una especie de entidad difusa, habitante de un plano en el que se nutren los fabuladores escribientes; y me reclama la clave de acceso a esa suerte de parnaso en el que, según creo, debería estar departiendo con el señor K, con Dorian Gray, con Narciso o Goldmundo (según la impronta), y otros por el estilo. Claro que el fulano éste no parece ser Kafka, ni Wilde, ni Hesse, ni nada por el estilo, si de estilo se trata. Debería, digo, estar hablando aunque sea con la más humilde apoyatura ficticia del más mediocre autor rioplatense, y no con la oprobiosa estofa que suelo hacerlo, y eso sin contar las extravagancias propias de los integrantes del circo sonoro-esotérico autodenominado “Centro de Investigaciones en Fonontología”. Aunque ahora que lo estoy pensando... bueno, demasiado alcohol de pronto, demasiada presión psicológica en pésimas condiciones de inteligibilidad, no es el momento más propicio para sacar conclusiones. Beberé hasta caer, me regodearé en los sufrimientos orgánicos que tal exceso seguramente provocará, y hallaré en el dolor la clave de mi existencia, difusa a ultranzas védicas, como bien surgió este fantoche bebedor de Grant’s que de buenas a primeras se aparece en mi nueva casa reclamando participar en mi novelesco mundo, cualquiera que fuese su cota de realismo.

## Seis

-Gabriel, dijiste que te llamabas.

-Ahá.

-Y sos escritor, decís.

-Ahá. Y te aclaro que si seguimos así estoy a punto de repetir exactamente un diálogo de otra novela, diciendo ahás hasta hacer estallar anímicamente al ocasional interlocutor.

-¿No tenés un dossier de locuciones y secuencias dialogísticas a evitar? Digo, para facilitar un poco las cosas.

-No es mala idea, pero mi temperamento escasamente dotado para toda empresa metodológica hará de tal proyecto solo otra buena intención jamás llevada al acto.

-Somos parecidos, en eso.

-Ya lo sé.

-Haceme un favor, fingí aunque sea un atisbo de sorpresa alguna vez, me revienta ser tan previsible. Y aparte, conspira contra los pruritos formales que acabás de instarme a respetar.

-¡Ésa es la actitud! —Celebra, mientras levanta el vaso de trago largo con el logo de Ponche Caballero y propone un brindis. El choque y el sonido del fino vidrio azuzan mi noción de que la insoportable levedad de mi ser no lo es tanto. Cargo bien mi vaso y me arrojo sobre el colchón enrollado y atado que hace las veces de *puff*. Allí podré dormirme, confiando que al cabo de unas cuantas horas despertaré con

brutal resaca y que el fulano Gabriel ya no esté por aquí.

-Te traje un regalo –me dice. –¿Puedo encender el equipo de música? Ya sé, a bajo volumen, no querés alterar el ánimo de los gringos tus locadores.

-Está bien, maneja, ya que vas a andar enrostrándome permanentemente tus aires de demiurgo. Aunque ya no oigo mucha música que digamos. Ni conecté el equipo.

-Tuviste un trauma acústico. Lamento que las cosas no hayan funcionado –se excusa, y me suena insostenible y pedante. Mientras hace las conexiones, sigue diciendo:

-Annie Lennox nos gusta mucho, ¿verdad? Sacó otro disco, *Bare*.

-Ah, ¿sí? No lo sabía, aunque apuesto que sabías que no lo sabía.

-Oí este tema. Se llama *A thousand beautiful things*.

-Es maravilloso. Se me rompe el corazón, por fantasmático que sea. Aconsejé a los lectores que oigan este disco durante la lectura de lo que sea que estás planeando.

-Ya lo estás haciendo vos. Mantengamos cuentas separadas, ¿okey? No quiero tener problemas más tarde, cuando haya que repartir los créditos. Pero me gusta la idea. Una película reposa fundamentalmente, como acordaría en un todo Bonomi, en su banda de sonido. ¿Por qué no condicionar el clima de una narración con determinada música?

-*Amigo lector, si desea efectuar una interpretación cromática y acabada de los delirios del fulano Ga-*

*briel, será conditio sine qua non la sincrónica audición del disco Bare, de Annie Lennox. Después no diga que no fue avisado.*

-Me encantó. A mí no se me hubiera ocurrido, decirlo en esos términos.

-Decime, vos venís acá porque no tenés amigos, ¿no?

-¿Por qué decís eso?

-Deberías saberlo.

-Que debería saber esto y aquéllo ya me lo han dicho varios personajes, pero a vos no te puedo mentir. Como bien dicen, al país donde fueres, haz lo que vieres, y me atengo a las reglas en cada caso. A la manera de los astrólogos, puedo conocer ciertas características de tu personalidad, ciertas inclinaciones básicas, y por supuesto, todo lo que ya pasó y quedó documentado antes. Y si alguna vez acierto a adivinar algunas de tus reacciones anímicas, es solamente gracias a ello. Así que, por el contrario, si lo que estás pensando responde a ocultas elucubraciones, no estoy en condiciones de saber de qué se trata. O sea, creo que podría manipularte, si quisiera, pero la manipulación es una bajeza humana que nos molesta particularmente a ambos, ¿no es así?

-Acordamos, entonces, algo así como paritarias autor-personaje.

-Tal cual.

-Una buena manera de aprovecharte de mi estado de embriaguez, ésa de cambiar el ángulo del diálogo y no responder a lo que te pregunté.

-¿Si tengo amigos? Sí que los tengo. Ahí te lo mandé al Luichi, para ver si con su azarosa capacidad de involucrarse en situaciones desopilantes te daba una mano. Pero resulta que en lugar de generar alguna historieta interesante se pusieron a alcoholizarse melancólicamente como dos gerontes desahuciados, y después vos te viniste para acá.

-El Luichi es amigo mío, no tuyo.

-Ésa sí te la creo. El Luichi es capaz de ser amigo de una zarigüeya voladora de las Pléyades. Lo que no quita que también sea amigo mío, como de algún modo Bonomi fue profesor de física de ambos en tercer año de la secundaria –dice, y se ríe, y yo no le encuentro la gracia. -Tengo otros amigos -añade,- pero matarían mi base de operaciones planetaria si los llego a meter en esto.

-Creo que te comprendo, lo que no quiere decir que crea algo de lo que decís. Imaginate que un día aparezca un tipo en tu casa y te diga que no existís más que en su imaginación.

-Yo no dije eso, pero el concepto me resulta interesante. Abordémoslo.

-Lo único que pienso abordar son los brazos de Morfeus, hijo de Somnus.

-Buena disquisición. Y apropiada para el caso. Morfeo es el dios de los sueños, de las ensoñaciones, en cambio su padre lo es del sueño en sí. Casi están graficadas las tres instancias de existencia que acabás de sugerir agregando otro narrador suprasensible a mi respecto. Y conste que la pirámide jerárquica

relativa a este fenómeno me resulta tan ambivalente como la propia estrella de David.

-Con el sueño y la curda que tengo vos pretendés que intreprete semejantes desquicios...

-¡Es que para eso estamos!

-Hablá por vos, fulano fool.

-Bueno, entonces te contesto, si un buen día se aparece un fulano en mi casa y me dice que soy un producto de su imaginación, podría asumir, de acuerdo a las circunstancias internas y externas que incidan en ese incierto “aquí y ahora”, las actitudes que paso a enumerar:

- I. Lo miro como a un chorlito mientras abro la boca y pienso rápidamente en cómo descartarlo sin afectar su evidentemente frágil estado psicológico
- II. En caso de parecer amenazador, observo cuidadosamente tratando de discernir cuál parte de su anatomía luce más apropiada para asesarle un golpe definitorio de la situación, en términos pugilísticos.
- III. Le digo: “vení, pasá, explicame eso mientras nos tomamos unas cervezas”, con la secreta intención de sonsacarle materia prima para un cuento, aprovechándome de la endeblez mental ya barruntada en el punto I.
- IV. La situación me enajena y, presa del furor, lo tomo por el cuello mientras lo recrimino por todos los eventos desagradables que acuden a mi memoria en nefando tropel.

- V. Por el contrario, adopto la muy cristiana actitud de agradecer por cada momento de felicidad e implorar por nuevas e inmerecidas gracias, en un arrebató tan tiralevitas como innoble.
- VI. Intento secuestrarlo y obligarlo a escribir toda clase de compensatorias deleitaciones, bajo amenaza de tormento si las cosas no marchan como deben; y luego procuro negociar ante la riposta en el sentido que para evitar tal supuesto le bastaría con sacarme del medio de un plumazo.
- VII. Le pregunto si es Dios, y en caso de respuesta negativa, le exijo que me lo muestre (a Dios, digo, no vayas a pensar mal). En caso de respuesta afirmativa, le formulo todo el alud de cuestiones irresueltas para la condición humana y sus eventuales subproductos literaturizados, y ahí vamos a ver...
- VIII. Le comento azorado: “pero usted sabe, justamente yo tengo ahora a un mequetrefe en idéntica situación a la que usted quiere arrojarme”.
- IX. Le pregunto con real interés profesional cómo es que es capaz de configurar un mundo tan exasperantemente acabado en sus posibilidades de experimentación sensorial (aunque sospecho que eso se debe a que somos pura existencia mental, y que por ello un eventual y secuenciado incremento de niveles abstractivos no tendría por qué resultarme tan sor-

prendente en términos de pulcritudes perceptuales).

- X. Me exprimo los sesos intentando dilucidar en qué forma tan escabrosa puede el lenguaje primero oral y más luego escrito constituirse en una suerte de aglutinador de sucesivas e inclusivas estructuras cósmicas; para luego emplear una vez más, a modo de panacea, el conocimiento más objetivo que me ha sido dado tentar intelectualmente, y que no es otro que el argumento brahmánico de lo mutable como mera apariencia, heredado por los eleatas y de ellos, a su vez, por toda la tradición ulterior, fundamento primario de esta empresa tendiente a interactuar en los vivenciales cruzamientos que se producen por entre las epicicloides capas de nuestra ilusoria cebolla.

### Siete

Formidable dolor de cabeza me despierta. Parece que me he quedado dormido sobre el colchón enrollado y atado que hace las veces de *puff*. Al lado, a mi derecha descansando en el suelo, uno de los dos vasos de trago largo con el logo de Ponche Caballero con un fondo acuoso de cubos de hielo licuecidos en el mínimo resto de whisky. La botella de Grant's vacía sugiere que alguien estuvo, efectivamente, aquí, anoche. Me incorporo y compruebo que en el otro de

los dos vasos de trago largo con el logo de Ponche Caballero que tengo, mi autoconvocada visita no ha dejado siquiera detritus análogo al del que me correspondió. Lo que sí ha dejado es una nota, escrita con birome roja sobre una hoja arrancada de un cuaderno anillado:

*Cratilo:*

*Espero que no hayas tomado a mal esta intrusión, que entiendo puede llegar a poner en crisis toda tu “noción de existencia”, si es que has tenido al menos uno de ambos términos del sintagma entrecomillado, o la conjunción de ambos en reversible orden, alguna vez. En esta suerte de juicio perdido -y dicho esto ateniéndome adrede a la cabal anfibología jurídico-patológica que puede inferirse directamente-, ambos somos juez y parte. Pertenecemos al abigarrado conjunto de pretensiosos garruladores que podría especificarse como el de Homo Litteratus, mal que pueda pesarnos. Estoy viendo tus visajes de airado desacuerdo con lo que acabás de leer, por lo que me permito esta disgresión en tiempo real para aclararte que lo sos, de un lado y del otro del mostrador. Es decir, o sos -como en realidad y a toda ultranza lo sos-, un personaje insoslayable en este facere narrativu, aún renegando de la esencial predisposición de tu verboso temple, o elegís, como la inmensa mayoría de tus congéneres o de los míos propios, apegarte a tu creencia en la rígida materialidad de tu enclave y hacer caso omiso de toda la*

*producción mágica de la que sos capaz, rebuscando resultados contantes y sonantes en detrimento de las verdaderas riquezas a las cuales toda personalidad aquilatada, cualquiera que sea su estrato ontológico, tiende, por el peso específico de su magnanimidad.*

*Ya observo que todo lo antedicho te suena a moralina de baja estofa, y es normal que así sea dadas tus características mentales y anímicas. Mas todo esto no es más que una especie de acápite propedéutico para lo que en realidad quiero decirte, o mejor dicho, para lo que en realidad tenés que saber a través de mí, en vistas a la empresa que nos reúne. Esto se trata de literatura. Lisa, llana y exclusivamente. Sos el primer personaje al que puedo decirselo sin que piense que estoy loco (ojo, te estoy viendo) y sin que convierta todo lo que sigue en una atroz y patética sanata de complejo de desontologización. Entonces, como de eso se trata, convendrás conmigo que no sería conducente en términos vivenciales ni apropiado en términos estéticos pasarnos el resto de este cruce de paralelas discutiendo acerca de los modos de existencia de cada uno, sobre todo cuando ya apelé a un argumento que no dará sosiego a tus terquedades, como es el del velo de Maya. O lo describiremos juntos, o quedamos confinados, vos en unas cuantas hojas cosidas o pegadas o en algún difuso soporte cibernético virtual, y yo en un ataúd barato de madera. Como verás, y ya te lo dije anoche, llevo la peor parte. Es claro que nuestros respectivos recipientes no conculcarán tan ne-*

*fastos destinos, de un modo u otro. El tema es la perspectiva desde la cual eventualmente podemos observarlos una vez desprendidos de ellos.*

*Otra cosa. Podés creer que estoy loco, Cratilo. No es que te esté autorizando a hacerlo, sino que en alguna medida yo también he comenzado a pensarlo. No me perturba la idea, he pasado la vida fingiendo cordura, y confío en que podré seguir haciéndolo. De todos modos prefiero eso a estar tan majara que ni siquiera fuese capaz de advertirlo. Estuve a punto de llegar a ese estado, cuando en el pasado fui culpable de escribir historias pensando en su eventual suceso y las fatuas recompensas que traería consigo. He prostituido las mejores cualidades que me han sido dadas, que no son tantas pero son las mejores, y si tuviera parámetros morales tal vez me abochornaría con toda razón; aparte que conspira contra ello mi tendencia autocomplaciente. Demasiado malévolo es el mundo al que he sido arrojado como para no permitirme ser benevolente conmigo mismo y con mis debilidades. Y antes que argumentes algo, aún desde el escepticismo, te aclaro que yo no te arrojé a ningún lado, vos ya estabas. Yo solamente te conecté. En todo caso, busquemos juntos al responsable, en leal movimiento de pinzas paralelas que giran sobre un pivot transgresor y solidario.*

*P.S.: Te dejé otra botella de Grant's en el aparadorcito verde. Espero que valores generosamente este guiño de producción, que más allá de incitación a*

*conductas viciosas conlleva sanadoras intenciones, toda vez que como todo el mundo sabe, para la resaca lo mejor es beber un trago. Salud, entonces, y a ver qué tenés para sacar a relucir en pos de nuestra causa.*

Ahá. No reconozco mi letra, ni recuerdo haber comprado dos botellas de Grant's. Aunque el comportamiento de un esquizofrénico, según tengo entendido, es capaz de realizar prodigios tales y aún mayores. Hay algo que es cierto, no obstante, y no sé si será debido al azar, a empatía, o a qué cuernos, pero casi nunca he dejado de relacionarme con sujetos extravagantes. Y otra cosa que es cierta es que me han pasado todo tipo de cosas que la gente en general no cree, ahí está Pepe diciéndome que soy un fantasioso. Y como él tantos más. Si yo, aún a pesar de esta clara percepción de mi corporalidad y del entorno, fuera como sugiere el fulano Gabriel un personaje de ficción, ¿por qué los demás no creen lo que les cuento? O mejor aún, ¿por qué a los demás no les pasan cosas similares? Me sirvo el whisky indicado para la resaca y considero que, en honor a la épica mínimamente necesaria aún en todo caso, no es adecuado permanecer sumido en consideraciones de orden existencial, como bien sugiere la nota a la que acabo de dar lectura.

Abro la persiana y la ventana de la cocina, es un hermoso día de primavera. Mientras me preparo un café para acompañar el escocés, de repente oigo al tipo

de abajo que me alquiló esta pocilga que le grita algo a su madre, desde el fondo en el que alcanzo a ver una quintita y unas plantas de nísperos. La madre le contesta en italiano algo que no alcanzo a entender, pero el tono denota fastidio.

-¡Eh! ¡Te estoy pidiendo un favor, nada más! ¡¿Ves que sos vos la que empezás?! –Responde él.

-¡Ma sí, favore, favore! ¡Ma perché no ti la'rreglano solo, fanullone di merda! ¡Tutto il giorno *vecchia, l'un, vecchia, l'altro!* ¡Madonna Santa!

Y así siguen, hasta que cierro la ventana y pongo el disco nuevo de Annie Lennox. Tenía razón el fulano Gabriel, nomás. *In questa abitazione siamo tutti nerviosi*. Mientras bebo el café y el whisky busco en la guía el teléfono del Luichi, mejor dicho, el de su hermana y mecenas. Me atiende ella y me dice que está durmiendo. Le pido que lo despierte. Al cabo me atiende, con voz de fisura:

-Hola.

-Hola, Luichi, buen día.

-Para vos, será buen día. A mí se me parte la cabeza. Pensar que estaba durmiendo lo más piola...

-Disculpá, pero tengo un buen remedio para la resaca. Un amigo tuyo me dejó de regalo una botella de Grant's –le digo, sabiendo la cantidad de mensajes colaterales que harán impacto directo en su viciosa psique.

-Ah, ¿sí?

-Digo, y como ayer me dijiste que éramos medio vecinos...

-Son como diez cuadras, man.

- Bueno, disculpame, entonces.
- En un rato estoy por ahí. ¿Adónde me dijiste que era?
- En 35 n° 1... , arriba de la carnicería.
- ¿Arriba de la carnicería del gordo Ángel?
- Mirá, gordo és, lo que no sé es si es un ángel.
- ¿Justo arriba de la carnicería? ¿En el Departamento que tiene un balcón?
- Eso es.
- Qué casualidad. Vos sabés que yo tengo un amigo que vivía ahí...
- Sí, un fulano Gabriel, ¿no? El que te decía que me regaló el escabio.
- Sí, ¿lo conocés, entonces?
- Lo conocí anoche, de eso justamente te quería hablar.
- Ok. Ahora voy.

## Ocho

-Cratilo, Cratilo Cratilo, je je je je jé –Dice, ni bien le abro la puerta. ¿Recuerdan lo que les decía acerca de los je je je je jés medio nasales, que obedecen a una particularidad estilística que yo ya había olvidado, y que contiene algo así como una sorna implícita de quien sabe y expresa estar tratando con alguien tan degradado moralmente como él mismo? (No más tomo conciencia del verbo con el que inicié la pregunta precedente y advierto que inconcientemente a-

sumo el rol literario que parece haberseme impuesto otra vez, voto a Gutemberg y a Microsoft.)

-¿Cómo andás, Luichi?

-Mirá vos, la casa de Gabriel... che, pero oíme una cosa –añade, como sorprendido. -¿Aparte del whisky, ¿te dejó los muebles, también?

-No, éstos me los traje del sur.

-¡Qué loco! Los de él no solo eran iguales, con esa asquerosa pátina verde-gangrena, sino que estaban ubicados en el mismo lugar. ¿En serio que no son los mismos? Vos me estás jodiendo....

-Mirá, no sé, pero me parece que alguien nos está jodiendo a los dos.

-¿Qué querés decir, con eso? Dale, servime un trago y me lo explicás.

-Tu amigo Gabriel, está loco, ¿no?

-Mirá, nunca me puse a analizarlo puntualmente, pero qué sé yo. Loco, lo que se dice loco... no cualquiera, ¿entendés, Cratilito?

-Sí, entiendo, entiendo –concedo, mientras le alcanzo mi segundo vaso de trago largo con el logo de Ponche Caballero, con una buena medida de Grant's y tres cubitos de hielo.

-Pero bueno, la verdad es que sí, está loco –termina por decir, y suelta una ruidosa serie de carcajadas.

-Imaginate que llego anoche, después que charlamos en el cyber de Pepe, enciendo la luz y me lo encuentro sentado acá, a oscuras, en esta silla, tomando whisky.

-Se habrá quedado con una llave. Qué raro, no es de hacer esas cosas.

-Sabía cómo me llamaba, sabía varias cosas de mí, además.

-Qué cosa más rara.

-¿Es escritor?

-Escritor, lo que se dice escritor... no cualquiera, ¿entendés, Cratilito? Je je je je jé.

-Pero escribe.

-Sí, escribe. Sin parar. Como un loco. El invierno éste que pasó terminó una novela en treinta y cuatro días. Y lo más extraño es que no está tan mal, eh. Vos sabés, yo soy de paladar negro, para estas cosas, y sin embargo tengo que decirte que me gustó.

-Mirá vos...

-Te noto preocupado, y por lo visto tiene que ver con ese tío.

-Mirá -le digo no muy convencido, en realidad, -estoy más preocupado por él que por mí.

-¿Por qué decís eso?

-Porque creo que está loco. Vino y me dijo que yo en realidad no era una persona más de este mundo, sino que era un personaje de una novela suya.

-Ah, ¿sí? Jajajajajajajajajá. ¿Éso, te dijo? ¡Este Cebrián! Se habrá pasado de ácido, qué querés que te diga.

-En realidad, no dijo que era mi creador, sino que yo pertenecía a otro... digamos... modo del ser, una especie de realidad paralela de características ficto-literarias, o algo así, y que él simplemente me había conectado para desarrollar entre ambos una novela titulada "Diente de león".

-Ah, sí, la oí nombrar, pero no la leí.

-Bueno, parece que ahora, y según dice, ¿no?, se ha decidido a romper la separación autor-personaje y quiere que trabajemos juntos, nuevamente, en otro proyecto.

-Tomá. Y dale, qué sé yo. Prendete. El chabón no come vidrio, viste. No te digo que tiene una carrera brillante, pero tiene varios logros que no cualquiera. Por ejemplo, la primer novela que escribió la leyó un pabellón entero de la cárcel de Olmos. Se la llevaron a un recluso, la leyó y le gustó, así que la fue pasando y todos, quienes más quienes menos, se entusiasmaron con la lectura. Esto lo sé porque el preso que la recibió primero es amigo mío. ¡Si eso no es tener llegada con el pueblo!

-Mirá vos.

-Unos pibes de mi barrio me dijeron una vez que conocían a dos o tres personajes de esa novela. Fui y le dije "Gaby, unos pibes de mi barrio dicen que conocen a dos o tres personajes de tu novela." "Deciles que están locos", me respondió, "yo a esos personajes los inventé". "Bueno, la cosa es que me pidieron que te pregunte si podían venir a conversar con vos." "¿Son pacíficos?", me preguntó. "Más o menos", le respondí, y agregué: "por las dudas, no les digas que los personajes son inventados." "Entonces, no los traigas", me dijo, y ahí quedó.

-Está pasando algo muy raro. Vos decís que los muebles éstos eran de él...

-Dije que son iguales a los de él, y la verdad, ese patinado de mal gusto no debe ser muy común que digamos.

-Insisto en que es muy raro. Fijate que sabía que habíamos estado tomando unas copas, anoche.

-Nos habrá visto. Si lo que se proponía era delirarte...

-*Ahí te lo mandé al Luichi*, me dijo, *para ver si con su azarosa capacidad de involucrarse en situaciones desopilantes te daba una mano*. Y luego nos acusó de melancólicos y prosaicos, y aseguró que debido a ello se había visto obligado a cruzar las paralelas y hacerse cargo personalmente de este asunto, que según él, es materia literaria y no otra cosa. Mirá la nota que me dejó.

El Luichi procede a la lectura, a veces sonriente, a veces riendo directamente, entre exclamaciones del estilo de *¡qué hijo de puta!*, o *¡éste chabón está reloco!* Cuando termina, y mientras se enjuga incipientes lágrimas de risa, le pregunto:

-¿Y? ¿Qué te parece?

-Ya te dije, está loco. Y parece que se la agarró con vos, que te quiere usar de conejillo de indias. Yo que vos contraataco.

-No es mala idea. ¿Sabés cómo ubicarlo?

-Eso ya es más difícil, ¿ves? En los últimos seis años cambió de domicilio como siete veces, que yo sepa. El de ahora, no lo tengo.

-¿Está huyendo de algo?

-No sé. De sí mismo, probablemente.

-Debe ser así, nomás. Está huyendo de la realidad, por eso inventa cosas raras. La macana es que involucra a los demás. Te juro que por un momento...

-¡No podés! –Me interrumpe, y ríe a mandíbula batiendo (qué expresión tan anacrónica y remanida, se me ocurre pensar en esta suerte de crítica instantánea que imbuje desde anoche tanto mi oratoria como mi pensamiento).

-Bueno –retomo el hilo de la conversación, -la cosa es cómo ubicarlo, y tomarlo por sorpresa, entonces. ¿Tiene teléfono?

-Debe tener, pero lo que es seguro es que no está a nombre de él. Ahora, ¿sabés qué? Lo que me llama la atención son los muebles, che. ¿Puedo ver el resto de la casa?

-Adelante, hacé de cuenta que estás en tu casa, o en la de Gabriel, qué sé yo.

-Ves, lo que te digo –dice ni bien entra en la habitación más hacia la calle, -esta cama de caña es exactamente igual a la de él.

-Viste, son muchas casualidades. Da que pensar, ¿no?

-Sí, da que pensar que me están jodiendo entre los dos.

-Bueno, pero en ese caso yo podría pensar lo mismo de ustedes.

-Vos me llamaste a mí, yo no te llamé a vos.

-Quizá eso signifique algo, quizá ustedes supusieron con buen tino que yo iba a llamarte, después del trauma de anoche.

-Bueno, la cosa es que no es así. Esto es tan nuevo y sorprendente para mí como para vos... acá hay, según me parece, dos posibilidades: o se está haciendo el vivo y está intentando involucrarnos en una ma-

niobra tan obvia y burda como algunas de sus historias, o realmente está mal del coco. En cualquiera de ambos supuestos, deberíamos encontrarlo. Para cargarlo a trompadas o para ayudarlo, según el caso.

-Sí, creo que es lo que hay que hacer. Pero hay cosas que son muy difíciles de explicar, como por ejemplo el asunto éste de los muebles, o de que haya conocido tantas cosas de mí... no es que dé crédito al delirio de base, pero me gustaría poder explicar algunas cosas.

-A mí también me gustaría. ¿Puedo usar el teléfono?

-Dale.

-Hola... ¿Mariano? ¡Cómo andás, loco, tanto tiempo! Bien, yo bien, bah, como siempre... sí... jájájájájá... sí... bueno, sí... un día de éstos paso... sí... decime una cosa, ¿sabés adónde lo puedo encontrar a Gabriel? Ahá... sí... dale, no seas bolú... daaaale, loco, es una emergencia. Bueno, está bien. Ya me vas a pedir algo... sí... bueno, ok., está bien, no te hagás problema. Sí, sí. Te mando un abrazo. Chau –y cortó.

-No sirvió de mucho, la llamada, ¿no? –Le pregunto, a tenor del diálogo del cual fui testigo auditivo en parte.

-De nada, diría yo. Hasta hace un tiempo atrás compartía la casa con este pibe. Dice que ahora vive en Berisso, no sabe la dirección. Lo que sí sabe es el teléfono, pero dice que lo amenazó de muerte si se lo llegaba a dar a alguien.

-En algo debe andar, entonces. ¿Ves? Esto no me huele nada bien. Parece más un integrante de una célula terrorista que un escritor, según yo lo veo. Ahora decime, si vivió acá... ¿el gringo de acá abajo no sabrá cómo encontrarlo?

-Ni lo sueñes. Se fue sin pagar el último mes, ni los servicios, y encima le dejó la casa a la miseria. Si hay alguien que no lo va a encontrar, seguro que es él.

En eso golpean a la puerta. Abro y ahí está.

-¿Buscaban a alguien?

## Nueve

-¿Qué, te hacés el Dick Tracy, pelotudo? -Le dice el Luichi, y agrega sus clásicos Je je je je jés.

-Espero que no se hayan tomado todo el whisky -dice, mientras entra como Pancho por su casa y toma asiento. -No, veo que aún no. Dame un vaso, Cratillo, por favor.

-Uno no le pide las cosas "por favor" a sus personajes -observa con sorna el Luichi, dispuesto a ir al grano. El fulano Gabriel se sonríe, mientras mira atentamente el chorrillo dorado cayendo en un vaso común de cocina, toda vez que los dos vasos de trago largo con el logo de Ponche Caballero están ya en uso. Agrego dos cubitos, y él, acompañando la frase con un guiño, me pide uno más. Y luego aclara, dirigiéndose al Luichi:

-Puede ser que los demás autores no lo hagan , pero yo no soy como los demás.

-Ya lo creo -le responde, con irónica sonrisa, la cara mirando hacia abajo y soslayándolo con los ojos apuntando hacia arriba.

-Bueno, en todo caso, bienvenido a nuestro espacio mental -le dice, elevando su copa en un brindis.

-Si van a convidar Grant's, pues cuenten conmigo para el espacio que sea.

-Eso ya lo sabemos, ¿no es cierto, Cratilo? -Y volviéndose al Luichi, añadió: -Si esa fue la argucia que utilizó hace un rato, nomás, para hacerte venir.

-¿No pensaste en hacer terapia?

-¡Claro que sí! Infinidad de veces, pero no me decidí. Tengo una curiosidad bárbara con ese tema, y más de una vez, sobre todo últimamente, pensé que tal vez lo necesite, como le comentaba a Cratilo anoche. Pero ahora los tengo a ustedes, y seguramente eso me permitirá bucear en mi interior con mucha mayor profundidad de la que lo haría con un profesional de dudosa capacidad e indudable expensividad.

-Bueno -atino a observar, -anoche me manifestaste, tanto oralmente como por escrito, otro tipo de intencionalidad respecto de esta reunión. Dijiste que tus propósitos eran meramente estético-literarios, y no esta suerte de autoanálisis asistido.

-Cratilo, me permito recordarte a cuento de eso algo que sabés muy bien, y es que no hay mejor manera de estar al tanto de lo que pasa en la azotea que el hecho de escribir cualquier cuasificción, por desfasa-

da que parezca de esa ínsula de mezquindades -tan densa e insustancial como el propio yo- que suele ser llamada “realidad”, con la potencia semántica que tal concepto comporta en nuestro pensamiento tan asimilado a binarios moldes.

-Sí, Cebrián, está bien, pero sabés qué, me parece que tendrías que cambiar un poco el rollo –acota el Luichi, a quien la sorna parece habersele vuelto consustancial. –Siempre terminás hablando de lo mismo, y escribiendo sobre lo mismo, por ende.

-Con vos–le responde - en ese sentido, está todo mal. Si se trata de autores reconocidos (como Kafka, por ejemplo), te resulta increíblemente meritorio el pivot que los lleva a desarrollar una obra inmensa sobre una única idea fuerza. Si soy yo, me fustigás...

-Eh, loco, encima de enajenado, megalómano. ¿Me parece a mí, o estás comparándote con Kafka?

-Es una forma de graficar, pelotudo, no me estoy comparando con nadie, y menos con Kafka, por el que siento más piedad que admiración, dicho sea de paso. Y sí, tenés razón, siempre termino hablando de lo mismo, pero eso es porque siento que ésa precisamente es la lucha que hay que dar hoy día, en este estado de cosas. Ahora quiero presentar la batalla más feroz que pueda en este sentido, por eso he buscado a los mejores aliados que tengo a mano, que son ustedes dos.

-Yo tengo mi guerra, Gabriel –dice con tono cansado esta vez, como para mostrar variantes de repertorio anímico, el Luichi. –No es por despreciar, pero paso, gracias.

-No es posible pasar en este plano al que he traído buena parte de tu astral, querido amigo. Ya lo leerás en tu posición habitual y cómoda y me agradecerás por haberte participado de esta misión. Probablemente lo tomes a broma en esa oportunidad, pero cuento con que algo dentro tuyo se reconocerá y quedará agradecido por la integración a esta especie de “Armada Brancaloneone” rioplatense.

-Vos seguí trayendo escabio y nosotros te seguimos la corriente, ¿no, Cratilo?

-La verdad, no tengo nada que hacer, o mejor dicho, se supone que tendría que buscar un medio de vida, pero si me atengo a lo que dice este fulano Gabriel, no debería preocuparme por ello, ¿esto es así?

-Sí, así es –me responde, y por primera vez siento que no es mala idea constituirme en una especie de carácter en una novela tan parecida a la vida misma, al menos a la mía.

-Es muy prometedor, sobre todo cuando no sabía muy bien qué hacer con mi vida. Lo único, que me gustaría formalizar mi rol en tu empresa firmando un contrato.

-¿Qué cosa? Eso es lo más sorprendente que he oído de vos, y no es poco decir... ¿contrato? ¿Cratilo, reclamando la espuria y formal seguridad de un contrato? ¿Ante qué justicia pensás que podrás manifestarte damnificado, en todo caso?

-Según vos, podría llevar mi caso incluso al tribunal sumarísimo de Pancho Villa. Si esto es ficción, todo es posible.

-Ah, pero no es así, esta clase de ficción es tributaria de las pautas que tan bien definió Bretón en su oportunidad, cuando dijo algo así como que los fantasmas debían entrar por la puerta.

-Saben qué, lo único que encuentro atractivo aquí es el viejo y querido escocés, pero aún no he ingerido lo suficiente como para unirlos en semejante nivel de disparate –dice el Luichi, mientras se sirve otro tanto.

-Mucho boludeo, sí. Todos estos prolegómenos de entrecasa, tendientes nada más que a ubicar en tiempo y forma (no substancia) a los participantes activos del pergeño en ciernes, no solo exasperarán el ánimo del más paciente lector sino que se agotarán en magras ocurrencias como la última de Cratilo, referida a su ponenda contractual. Yo diría que pongamos las manos en la masa, en esa masa crítica que luego será objeto de juzgamientos propios y ajenos. No digo manos a la obra, sino manos en la masa, porque lo que debemos es perpetrar un crimen contra el statu quo, debemos ser atrapados en su comisión, juzgados y condenados, para erigirnos en mártires y así fortalecer y cristalizar los resultados óptimos y pertinentes.

-Agregá mesianismo –me dice el Luichi, aparentemente abocado a elaborar un listado de disturbios mentales del mentor. –Pretende inmolarnos en aras de andá a saber qué clase de superchería de baja catadura.

-Estoy hablando en términos literarios, pendejo, nadie va a ser inmolado en sentido estricto, estrecho,

palmario, patente, objetivo, perspicuo, concreto, pleno, literal, unívoco, primario, lineal, acabado, propio, excluyente, llano, evidente o cualquier otro calificativo que pueda aplicarse siquiera tangencialmente al más inocente *vocabulu*.

-O sea –observa el Luichi, -la brutal transgresión y el consiguiente y zarpadísimo mandoble a las estructuras lingüístico-estéticas que nos hará pasibles del anatema cultural, vendrá de la mano de tus baratos latinajos...

-Y de tu ironía llevada al punto expresivo de caramelo. Y de la facilidad natural que ha demostrado Cratilo para oscilar sin titubeos ni pruritos entre lo pantomimo y lo sublime, entre el rol de fante lumpen baladrón alcohólico bocafloja diletante y el pensador afiatado en sus vastos acervos filosóficos.

-En lo que hace a mis sentimientos, serían mejor calificados como “acerbos” filosóficos. Y hablando de eso, si lo que pretendés es literaturizar, aflojale a los adjetivos. No sé, digo, me parece. De todos modos, es tu historia.

-Se trata de buceos por el arrecife de la hiperbolización, mío amigo hipercrítico hiperbóreo, y disculpá la hipérbaton.

-Así no te va a leer ni tu vieja.

-Mi vieja hace igual que yo, pone cara de que entiende y arriba con los faroles. La mayoría de los intelectuales hacemos eso. Tenemos pánico de que cualquiera se dé cuenta que no entendemos algo, o que no conocemos una palabra.

-¿Te asumís como intelectual? –Le pregunta sorprendido el Luichi.

-Bueno -le responde sin inmutarse, -eso es algo como preguntarle a un estibador si se dedica a hacer gimnasia. Llevo la cultura como una carga, no como un trofeo, en todo caso.

-Está bien, pero un estibador lo hace para morfar, no le queda otra.

-¿Y a nosotros? ¿Nos queda otra? Por ahí no tiene que ver con morfar, y si lo mirás bien, lo de él tiene un sentido concreto, lo nuestro es solamente mugre mental que vamos juntando y que después, quién sabe debido a qué oscuras pulsiones, luchamos toda la vida por sublimar. Y no me hagas poner melancólico –dice, no alcanzo a discernir si en broma o no, mientras se sirve de la ya macilenta botella.

## Diez

-Bueno, todavía no nos dijiste qué carajos querés, además de nuestros talentos, para desarrollar esta supuesta épica, la que sin embargo se parece más a una mera retórica infundada y petulante, o sea, tu estilo – dice el Luichi, a quien la maniobra que lo hace verse involucrado en tan arrevesada consigna parece fastidiarlo.

-Lo he dicho unas cuantas veces, pero parece que no hay oídos suficientes. Debí enviarlo un tiempo con Bonomi a él también, ¿no es cierto, Cratilo?

-No sé, no es por nada, pero yo tampoco tengo muy claro el plan. Hay algo así como una propuesta general, basada en supuestas transgresiones relacionales entre los términos del proceso narrativo, slogans casi panfletarios respecto de rebeliones olímpicas, parnasianas quizá, pero en concreto, nada.

-Justo vos, pidiendo concreción... aunque se dice que uno añora lo que no tiene...

-Aún en mi entidad fantasmática y difusa, ¿podría golpearte?

-Por cierto. Pero te tendrías que bancar el vuelto. No es mala moción, que yo recuerde no habría muchos antecedentes de personajes que se aporrean con su autor.

-Está bien, yo hago de referí –se ofrece el Luichi, y tras cartón grita –¡Break! ¡Paso atrás sin pegar!

-Dejémonos de joder, ésto se está cayendo –dice el fulano Gabriel, tal vez mi amenaza de golpe fantasma lo haya amedrentado, o tal vez sea que de ese modo quedaría patéticamente demostrada la contundente empirie de mi soma a partir de la producción de las no menos verificables tumefacciones en su rostro. –Vamos a tener que psicologizar, y conste que no estamos haciendo una proyección estocástica de la línea argumental sino que estamos tomando por las únicas líneas que consigo abrir, y ello a modo de machetazos al monte. Permítanme hacer gala de mis dotes de mesmerizador y dejarlos suspendidos por un momento en su marea psíquica. Y atenti, que es una especie de test, una evaluación previa para determinar si vale la pena seguir adelante con ésto o

caso contrario dedicarme a tentar la saga de algún otro personaje que se haya visto menos atemperado por las circunstancias.

Yo

*Héme aquí, atizando los rescoldos de una vieja aunque efímera pasión entretejida con elementos sintácticos, semánticos y por qué no gramáticos, desbastando el tronco lingüístico para intentar orfebrerías grafónicas que restallen en eventuales tejidos nerviosos con su carga de ambiguas interpretaciones, laxas a todo evento debido a la precariedad de la conjunción emisor-receptor, llevada a difuminarse más aún en la presente componenda en la que vengo a jugar el rol de convidado de piedra, especie de ente rarificadamente funcional y colocado a modo de botón zumbador entre las terminales habituales de la relación narrativa. A la sazón perro de circo ejecutando las piruetas inocuas de las significaciones trascendentales que pretende propiciar este fantoche que bebe a mi siniestra, al parecer escaneando estas unidades de sentimiento traducidas tan afanosa como penosamente al lenguaje, motorizada tal decodificación quizá en tropismos vocacionales que se asimilan al ridículo comando que pretende imponerme. Mercenario de causas ajenas, es la condición que creo haber desarrollado a mi pesar desde que tengo uso de razón, aún dislocado en esquizoides fragmentos, añicos que el Amor pareció cierta vez unificar en esa aglutinación voluptuosa e idealizada,*

*rebotante de humores anímicos y glandulares. Este felón pretende letras impías, guarras y estupefacientes, a sabiendas de lo bilioso de mis fermentos verbales, hieles de karma social filtrados por un caleidoscópico y bisoño análisis fileteado de pátnas inconsecuentes birladas a sistemas filosóficos de primera, segunda, tercera, cuarta, quinta (y ordinales subsiguientes) formulación, con el consiguiente número de interpretaciones superfetadas. Hosco de ideologías, insatisfecho de quimeras, alelado de fabulaciones gandulescas, ensoberbecido de epopeyas de cabotaje barrial, zaherido orgánicamente de zarpas voluptuosas, henchido de ideales de suyo descartables, acromegálico de estéticas osamentas coercidas por improbas limitaciones valvulares, criptico de incapacidades ajenas, flatulento de voces inexpeditas, cochambroso de detritus sociales, alicaído de dedálicos prototipos, ufano de las inconsistencias propias de un superyó cultivado como bonsai, en fin, filloymarechalizado de influencias enojosamente plasmadas en calificativas enumeraciones como la presente, en fin...*

*“La conciencia es la navaja de Ockham cercenando la antena instalada en el junco de Pascal.” Un juicio semejante, ¿debe interpretarse humorísticamente, metafóricamente, gnoseológicamente? Analizar las eventuales posibilidades de proyección epistemológica contenidas en ella, ¿sería una flagrante pelotudez, o por el contrario, un ejercicio filosófico más en el frondoso bosque presuntamente metódico aunque carente de cualidades sustanciales por el*

*propio carácter autorreferencial de su herramienta? Parafraseando a Francis Vincent Zappa, “¿Does the humor belong in philosophy?” ¿O sería más legítimo invertir los términos, en un giro propio de jocundidad Nitszcheana? Trazar caricaturas escudadas y de vergonzante bagaje académico es lo que parece requerírseme, y como la intuición es difícilmente mensurable, coloco apero y recado sobre su indómito lomo. Fusta de alcoholes, horizontes longitudinales. Ascesis suspensa en c2 h5 oh y virulentamente dispersa en huracán semiótico degradado de iniquidades sobrevinientes, melifluo de impostadas complacencias, enjalbegado de plásticas abluciones, ensoberbecido de cromáticas lexicales, pringoso de cerúmenes atiborrados por residuales vibraciones conceptualizadas propias y ajenas, laberíntico de circuitos boca-oreja intrínsecos o heterointrospectivos, bagual de desvencijadas maromas socioculturales, farolero de abyectas lumbreras, las que resultarán, finalmente, paja para hogueras de interdictos formalistas.*

#### *El Luichi*

*Al principio, cuando finalmente logré convencer al boludo éste de Gabriel que se dejara de joder con sus buceos poéticos pretensiosos e insustanciales y se pusiera a escribir prosa, pensé que tenía chance de construir algo piola, pero resulta que llevó las mismas taras de presunción e idéntica inconsistencia, primero a los cuentos y más luego a las novelas.*

*Ahora, se ve que a falta de “inspiración” que volcar en tales fatigadas lides, se ha propuesto hacerle el coco a este pendejo para enjaretarlo en un brete que al parecer es incapaz de resolver solo. Y encima viene con la chicana ésta de utilizar el whisky como anzuelo... el whisky está bueno, y conste que no me dejo sobornar, sino que estoy utilizando la felonía en mi provecho, y en cierto modo me lo debe, porque ya me he visto en alguno de sus opúsculos haciendo el ridículo, más allá de supuestas adulaciones que si han sido consignadas, ello fue al solo efecto de minimizar la afrenta.*

*Él es así, no es malo, pero pretende generosidades donde hay solo intereses subrepticios. Su afán por demostrar lo pierde, y sería capaz de suicidarse si alguna vez se da de cara contra la incontrastable mediocridad de su supuesta obra. Por eso, el impulso, por eso la falta de resuello. No quiere darse tiempo para evaluar lo que ya ha escrito; es seguro que si le pregunto un detalle acerca de la novela que acaba de terminar, no sería capaz de recordarlo siquiera. Como se dice comunmente, escapa hacia delante. Y como ya dije, probablemente de sí mismo, o de lo que ha dejado ver en sus escritos. ¡Esa puta manía de contar! ¡No pueden dejar de asumir estereotipos de paranoias, después! A mí dejame con mi celebridad social. El Luichi, sinónimo de simpática grandilocuencia, el plasmador de chispas dialogísticas tan prístinas en su gracejo que comportan la síntesis universal del instante, impoluta de otro componente frutivo que la celebración festiva in situ. El*

*bienvenido en toda fiesta, con vítores incluidos. En cambio a él, una de dos: unos lo saludan y le dan la mano pensando “El tipo escribe”, otros se mofan palmariamente de alguno de sus títulos, y después le piden disculpas de modo fingido y remedando gestos de admiración. Entonces el tipo se mufa y se dan situaciones como las de la otra noche, en el cumpleaños de Mariano, cuando una de las chicas de la Facu que llevé a la fiesta le dijo “el Luichi es un genio”; así nomás, se la batió. Y parece que le cayó mal, no sé, porque el loco va y le contesta destempladamente: “Sí, la vende bien el hijo de puta éste.” La piba medio se enojó, supongo que no por mí sino por la actitud, y le objetó el epíteto, a lo que él le respondió en igual tono que la vez anterior: “Nena, vos no habías nacido todavía cuando lo conocí al hijo de puta éste. No me vas a decir a mí quién es.” ¿A vos te parece? Se podría haber rescatado un poco, al fin y al cabo era una historia mía.*

*Me acuerdo cuando todavía no le habían dado esas veleidades de artista que han echado a perder tanto sus módicas virtudes, que las tenía. Bah, pensándolo bien siempre fue veleidoso, pasa que antes no tenía ese pequeño séquito de aduladores que le ha hecho creer no sé qué cosa en referencia a sus estereotipadas relaciones. Yo mismo, al principio, lo alenté en base a valoraciones algo forzadas en sentido positivo, mas lo hice más que nada porque lo vi tan entusiasmado con sus pinches logros, tan exaltado con lo que parecía el augurio de la tan perseguida celebrity, que fue, más que nada, una piadosa onda e-*

*nergética que pensé que sumaría en esos extraños vectores que muchas veces llevan a la cima a los engendros más infundados, pero bueno, lo que parecía un maremoto se convirtió en algo parecido a las olitas putrefactas del Canal de YPF. Y él, obligado por las circunstancias y con cintura comparable a la de Sugar Ray Leonard, adoptó rápidamente la arquetípica postura del out of class, del tipo que es demasiado bueno para ser reconocido tempranamente, y toda esa perorata de resentimientos mal disimulados. Empezó a hablar giladas, diciendo que lo mejor era estar en el techo del under que en el basamento piramidal del stablishment, y fatuidades por el estilo, argumento quizá deglutible para quienes no lo conozcan bien, en todo caso, y no para los que lo vimos agitarse y volverse loco de ilusión cuando el editor de Anagrama, un tal Herralde, creo, le mandó su tarjeta personal diciéndole que iba a leer con interés sus “artefactos”. Pero bueno, si él eligió exponerse, que no se queje después de los recortes tomográficos que uno pueda hacer, tanto de su actividad presunta y presuntuosamente literaria como de los mecanismos psicológicos en los que su afán de reconocimiento y su pretensa intangibilidad órfica colisionan, generándole así un conflicto tal que debe valerse de nosotros para bucear resoluciones tanto en un sentido anímico como en uno profesional, si es que así puede decirse en su caso. Pobre Gabriel, voy a hacer una excepción y voy a intentar prodigarme, aún a pesar del prosaico ambiente que ha generado, en las celebérrimas ocurrencias que me han erigido*

*a mí, sí, a mí, en el gurú del under platense, y convidarle las migajas de mi talento que él se esforzará luego por enhebrar en un collar de perlas, las que seguramente vayan a verse deslucidas por su manufactura, pero qué va 'cer.*

*Gabriel*

*He visto a mi fantasma resurgir de las cenizas del ego con solo husmear aires ditirámicos. He visto afinarse a mi glosa en estrategias propias de juegos de mesa orientales. He visto la reiteración sintáctica como una despreciable argucia poético-formal hipostasiada. He visto el lampazo antiséptico ejercer cobardes autocensuras. He visto afanarse en pos de raquítricos brotes a los esclavos de la gleba del lenguaje. He visto la onda expansiva de mi verba rebotar y volver para dejarme embadurnado de oprobioso excremento digerido en freudianas acideces. He visto criptogramas cuneiformes puestos al servicio de ilusiones de quincuagésimo orden. He visto cercenarse mil lenguas al lamer la filosa arista de los ultraísmos. He visto la hirsuta raíz gramática multiplicarse geométricamente en desinencias. He visto chorrear de sentidos absurdos e inconvenientes poemas víctimas de traducción, la excelsa tan mala como la peor, y ambas apenas menos equívocas que el penoso y tentativo original. He visto el snobista flirteo del poeta burgués con la demencia, y yo mismo casi he sucumbido ante tan espuria falacia. He visto*

*a los escritores actuar, a los actores pintar, a los pintores componer, a los músicos escribir, y así, maldito sea el antón pirulero que no impone prendas que escarmienten de una vez a todos los panar-tistas buenos para nada. He visto a mis carceleros con el jarro oxidado y el mendrugo, ellos me han mostrado el aún para un jovenzuelo recóndito rostro de la muerte. He visto cómo habla la boca de los fu-siles, he visto su lengua de fuego más corrosiva que la de todos los poetas negros juntos, he sostenido en mis manos la pluma con que la muerte suscribe sus detonantes decesos, la tremebunda directriz letal de balas trazantes en la noche.*

*He visto la siempre penosa concatenación de los a-fectos, esas guirnaldas de trozos de cadáveres asi-dos entre sí en estéticas como las que tanto agrada-ban a los guerreros de la antigua Persia. He visto a-cotarse mis instintos en aras del mantenimiento de perspectivas claras, de las ínfimas objetividades que la pasión se lleva consigo y las disuelve. He visto surgir mi ascesis del vicio y absorber la virtud del pecado, la sabiduría de la ignorancia, la templanza del desánimo, las agallas del corazón del miedo, la grandeza de la más abyecta miseria, la festividad del duelo, el amor del más odioso encono, la opulen-cia de exacerbadas hambrunas físicas y espirituales, la excelsitud de las vetas más ordinarias de lo hu-mano. Podría seguir presumiendo de las paradójica-mente horrorosas y sublimes dotes con las que la ex-periencia me ha provisto, pero qué va... abro mi a-banico de taras y lo muestro así, con la crudeza y el*

*desparpajo que me permiten relativizar las responsabilidades enrostrables en un verso que una vez escribí, y que reza, a modo de endecha declinativa de neurosis hermenéuticas: “La locura existe y está en los ojos del otro.” Ojos vacíos, como los del maniquí<sup>1</sup>, como de los maniqués parlantes acá a mi frente, como yo mismo, devenido en algo similar, juramentándome respeto formal e intelectual para los tres, en esta suerte de sacrilega transposición del misterio del uno y trino, jilguero metafísico munido de tres flautas y gorjeando sus divergentes partituras en trivial e ingenua cosmogénesis grafonética.*

### Once

El Grant’s se va acabando, hemos permanecido introversos, sumidos en nuestros pensamientos mas no “mesmerizados”, como insinuó el fulano Gabriel que iba a colocarnos. Bebimos en silencio, abismados en nuestras reflexiones, como si fuésemos un grupo de meditación pero alcoholizado. Y no como si fuésemos, diría mejor, porque éso es lo que somos, al parecer. Observé, no obstante el referido ensimismamiento (que para el caso, por haber dicho “abisma-

---

<sup>1</sup> Me rompí el coco para buscar otra figura retórica análoga que me permitiese evitar la paráfrasis de Joaquín Sabina, pero me resultó imposible alcanzar la mínima cota de aproximación a ella, en términos de efectividad metafórica, así que... (N. del ?)

dos” antes, vendría más de sima que sí mismo, o sea que sería ensimamiento), noté que se arrojaban en ambos miradas cargadas de cierta resentida suspicacia, como una especie de recelo fundado en vaya a saber qué viejos resquemores. Supongo que de ser así, ya vendrán a arrojarse sobre el tapete las barajas de la discordia.

-Bueno, mefistofélicas lumbreras –dice de pronto Gabriel, con un desagradable histrionismo tan falto de naturalidad que creo que se siente apenado por ello, -no les voy a decir que me parece descollante lo suyo, pero zafa.

-Sí, sí, sí, Cebrián –concede el Luichi, vuelto de pronto a su dejo sardónico. –Seguí ilusionado en creer que sos capaz de justipreciar mis mientes. Exorbitan toda mensura, y ello considerando el término como acción y efecto de mensurar o como característica del menso que pretende ejecutarla.

-Esto se está poniendo bueno. Lástima el combustible. La aguja está llegando a *empty* –remarco, mirando fijamente al fulano que la va de demiurgo para que se haga cargo del reaprovisionamiento.

-Andá a fijarte en la heladera, gil –me dice, y no me gusta ni medio el remate de la frase, mas espero a ver si vale la pena dejarlo pasar por alto. Hago lo que me indica y encuentro que está repleta de packs de latas de Heineken y cuatro botellas de champagne Federico de Alvear dulce. Está bien, no diré nada. Ni siquiera le preguntaré cuándo fue que las puso allí, dado que de todos modos puedo intuir la respuesta. Los fantasmas entran por la puerta que da a la calle y

las botellas por la puerta de la heladera. Tomo un pack de latas y lo dejo sobre la mesa.

-¿Vamos a mezclar? –Pregunta el Luichi.

-Boludo –le responde, -el whisky y la cerveza no se mezclan, van siempre de la mano. Me extraña de vos... che, esto está muy quieto. ¿Vamos a viajar?

-¿Adónde? –Pregunta el Luichi. Yo, por mi parte, acuerdo inmediatamente, sin mayores precisiones, ya que soy muy dado a mover y no tengo nada que hacer, por el momento.

-No sé, al lugar que nos marque el destino –dice Gabriel, mientras tira de la argolla de su lata de Heineken produciendo el sonido de escape de gases de fermentación que tan musicalmente suenan al oído del que padece sempiterna sed, y se dirige hasta el teléfono, que está colocado sobre la heladera.

-¿Hola? Sí, Piero, suerte que te encuentro, porque de lo contrario no sabría cómo rellenar este capítulo. No, nada, no me des bola. ¿En qué andás? Ahá... sí... oíme, estoy acá en la casa de 35... no, no volví, después te explico. ¿Podés darte una vuelta y charlamos? Sí, hay cerveza, pelotudo, dale. Bueno, te espero.

-¿Piero? –Le pregunto. -¿Quién es Piero?

-Es un amigo –me responde escuetamente.

-Es un amigo tuyo, y te recuerdo que mientras pague, esta casa es mía.

-Sí, ¿y?

-Nada, que en todo caso me reservo el derecho de admisión.

-Vos querés viajar, ¿no? Bueno, entonces, chito la boca. Y vos, Luichi, ¿querés viajar?

-No sé, sí, como querer, quiero, pero... ¿cuándo volveríamos? No puedo faltar al la Facu, vos sabés, me tienen apuntado.

-¡Y lo bien que hacen! –Exclama Gabriel, y se ríe. Luego prosigue: -Decime, ¿vos sos boludo? ¿Cuántas veces querés que te lo diga? ¿Vamos a estar todo el rato intentando delinear las coordenadas espacio-temporales arrojadas arbitrariamente sobre topografías exotéricas?

-¡Pufffff!

-La Facultad va a estar ahí cuando regresemos, y será a la hora indicada. Tanto será así que no tendrás oportunidad de hacer tu clásico gambito, que consiste en arrojar las responsabilidades de tus falencias en alguien más.

En eso golpean a la puerta, me levanto a abrir y me enfrento a un pecho masculino de proporciones. Levanto la mirada y me encuentro con un tipo de cerca de dos metros, pelos largos y bastante canos, barba candado y expresión seria remarcada por una mirada cuyas dificultades para el enfoque trasuntan miopía. Está vestido con un overol manchado de grasa y ojotas. Colijo que se trata del tal Piero.

-Hola, ¿vos quién sos? –Me pregunta, peraltada su personalidad en base a la fornida amplitud de sus hombros.

-Pasá, Pierín –indica a mis espaldas el fulano Gabriel. Me corro un paso y él ingresa su rabelesiana

humanidad, toma una lata de cerveza, la abre y le dice con tono poco amigable:

-Qué hacés, Cebrián. No vas a llamar nunca, la reputísima madre que te parió.

-No, pelotudo, quién te llamó recién.

-Así da gusto, ver como se tratan los amigos –observo.

-Él es Cratilo. Al Luichi ya lo conocés.

-Hola, sí, lo conozco.

-Sí, ya nos encontramos, alguna vez en esta casa, y también en otro cuento –concede el Luichi, inmiscuyendo nuevamente su sorna en la dualidad existencial que sin embargo Gabriel se esfuerza por dejar atrás, supongo que por pruritos estilísticos, aunque sospecho que además hay otras razones no explicitadas.

-Pierín es camionero –me informa Gabriel.

-Transportista, si te queda cómodo –se apresura a aclarar éste.

-Piero, estamos en pleno proceso creativo, así que te ruego que no sueltes siempre las mismas muletillas. Esa aclaración ya fue consignada cada vez que apareciste.

-¿Cómo andás de hígado?

-¿Yo? Bien, ¿por?

-Entonces chupame un huevo.

El Luichi y yo reímos sostenidamente, mientras Gabriel se esfuerza por tomar la palabra, cosa que no consigue hasta el remanso de la jocundidad, que ensoberbece al grandote a ojos vista.

-Ves, después me andás reclamando salir en mis obras.

-¿Yo?

-Sí, vos, hacete el boludo. Cada vez que te digo que estoy escribiendo algo, lo primero que me preguntas es ¿aparezco yo? Y bien que en rueda de camioneros te andás jactando que aparecés en libros, y les mostrás las secuencias y todo.

-Sí, eso es cierto.

-Está bien, pero a los monos ésos les mostrás cualquier cosa que esté en un libro y se asombran —observa el Luichi, que no sé si por el whisky o de boción nomás, no tiene en cuenta el endoso indirecto que recae en la cuenta del grandote, provocando su inmediata reacción airada:

-Decime —le dice a Gabriel, —¿el mosquito éste está asegurado? —Y ahora el que se ríe es él, mientras El Luichi pone cara de circunstancia y yo me alarmo por lo que podría pasarle al diminuto profesor de filosofía si a la gigantesca masa humana enfundada en engrasado overol se le ocurre tomar represalias. Luego cambia de tema abruptamente, por suerte:

-Termino de arreglar la volcadora y salgo para Bahía Blanca.

-¡Bahía Blanca! —Exclamo.

-Sí, eso dije, ¿por qué? ¿Qué pasa con Bahía Blanca?

-Nada —interviene Gabriel, que al parecer va a explicarse por mí, —que la última vez que estuvo éste en Bahía Blanca lo asaltaron y encima lo llevaron preso por borracho.

-Amigo tuyo tenía que ser.

-Sí, algo así.

-Bueno, qué, ¿venís?

-Vamos. Vamos los tres, ¿hay problema?

-Y, qué sé yo. Tráiganse bolsas de dormir, y alguna carpa. No se van a pensar que vamos a dormir cuatro en la cabina, ¿no? A no ser que quieran pagarse un hotel. Porque me quedo un par de días, viste. Bueno, me voy a terminar el arreglo. Cuando termine, los llamo. ¿Me puedo llevar otra lata? Ah, y traéte el disco de Zappa que tiene el tema ése que dice *Por qué me arde tanto cuando meo?*

## Doce

Luego que el Luichi fue hasta la casa, armó su mochila y cargó una carpa iglú para dos personas –todo ello en unos cuantos minutos, dispuesto como estaba a no dejarnos mucha ventaja con las cervezas-, yo cargué la mía propia, casi recién descargada, y Gabriel permaneció bebiendo, pensativo y con un cierto aire de expectativa, sin preocuparse en lo más mínimo por las mudas de ropa que seguramente necesitaría –y ello tal vez a cuento de su supuesta pertenencia al mundo de los arquitectos celestes que configuran éste que s.s.s. no tiene más remedio que habitar, sea cual fuere-, sonó la campana de largada en el teléfono, que esta vez era Piero y no Randazzi. Salimos, entonces, cargados y felices como niños de ex-

cursión. El Luichi canturreaba un viejo tema de Los Guarros: *Oooohhh vamos a la ruta!* Gabriel sostenía que tal vez el giro hacia la *road fiction* agregaría componentes beatniks y ofrecería mejores horizontes a la historia que el living de la casa en la cual, según decía, todo ésto había comenzado hace tres o cuatro años. En eso, calle arriba por la 35, antes de llegar a la rambla transversal de la 25, el conductor de un Chevrolet Corsa blanco tocó varios bocinazos y se detuvo. Se apeó un joven alto, bien fornido (parece ser que el fulano Gabriel más que amigos tiene guardaespaldas), con el pelo casi cortado al ras.

-¡Qué hacés, Cebrián!

-Hola, Fer, cómo va.

Hechas las presentaciones del caso, el tal Fennano pregunta:

-¿Se van de viaje?

-Sí, nos vamos con Pierín, a Bahía Blanca.

-¿Puedo ir?

-No, ya somos muchos. Aparte, en el verano estabas hinchando las pelotas “vamo’a Brasil, vamo’a Brasil”, armaste todo y después me dejaste solo con Pirulo.

-Eh, hasta cuándo vas a seguir con eso...

-y además esto es distinto. Es un viaje ficto, en realidad.

-¿Ves lo que te digo? –Me dice Luichi. –Primero te rompe las pelotas con eso de que no entrés en tema y después él solito va y se lanza.

-No, pelotudo –le responde, aunque no se haya dirigido a él. –Si éste está acá, ¿sabés por qué es? Por-

que me lo acaba de pedir expresamente en el otro ámbito. ¿Vos viste el kilaje que acusa? ¿Pensás que me atrevería a invitarlo si no fuera su opción? Pero igual no sé, hay que preguntarle a Piero.

-Yo soy amigo de Piero.

-Ya lo sé. Cuando los presenté casi se pusieron de novios. Hablá con él, entonces.

*Gabriel*

*(Breve enumeración considerativa acerca de la configuración estructural y formal de la presente crónica de sucesos:*

- I. *¿Resulta de estricta necesidad toda esta profusión sintagmática de circunstancias conectivas tan vulgares y prosaicas, en orden a basamentar las secuencias en las cuales la magnificencia y profundidad del pensamiento, adunado a la precisión y donaire de su expresión lingüística, den el verdadero calete al conjunto?*
- II. *La recurrente disquisición acerca de los dos niveles existenciales operantes, ¿resulta injustificada, teniendo en cuenta que en la generalidad de los casos la cosa funciona de ese modo, en mayor o menor medida? O por el contrario, ¿será menester delinear a futuro circunstancias o procesos activos que justifiquen más acabadamente tan manido recurso?*

- III. *Admitir sin cortapisa a cualquier amigote que pretenda ingresar al proyecto, como si en lugar de una gesta heroica, una cruzada estética pretensamente trascendente, se tratase de un día de campo, ¿demuestra palmariamente la irresponsable inmadurez extemporánea y oligo, y asimismo y al propio tiempo, la escasa seriedad del presunto autor?*
- IV. *Numerar ordinalmente los capítulos del modo que se viene haciendo, tan clásico y vulgar, ¿no conspira contra la tácita intención de generar vanguardias estilísticas?*
- V. *El prefacio, escrito antes de que el capítulo uno fuera concluido a resultas de la genuina emoción provocada por la sorpresiva aparición del antiguo aliado en estas lides, quizá colisione –si no lo ha hecho ya- con situaciones o acontecimientos sobrevinientes a él. Tal circunstancia, ¿perpetraría contradicciones reprochables sobre una textura ya de por sí endeble, o por el contrario, expresaría el aleatorio desparpajo contextual propio de la intencionalidad de nouvelle vague referida en el ítem anterior?*
- VI. *Seguir puntualizando en estos apartados por el quizá judeocristiano atavismo de decalogizar, o por inconcientes coerciones de los ya cristalizados imperativos de sistemas decimales, aún ante la evidencia del declinante peso específico de su contenido, ¿favorecerá*

- a la entropía de calibre que parece acechar a cada paso de esta empresa?*
- VII. *El hecho que exprese tanto la falta de rumbo como la fortuita degeneración de los acontecimientos, ¿justifica, vindica, disimula, palia, excusa, cohonesta, tan patética imprevisión?*
- VIII. *¿Han sido tomados los mínimos recaudos tendientes a hacer del presente reporte una unidad independiente de su anterior avatar, el ut supra referido “Diente de león”, de modo que el eventual lector y más eventual aún, lector interesado, no tenga que intentar la consecución de un volumen hoy día más inhallable que cuando salió su limitadísima edición?*
- IX. *El carácter de cuestionario abierto que ha adoptado la presente puntualización, ¿colisiona con la definición del objetivo que se consigna antes de la misma? Caso afirmativo, el hecho de no poder uno ajustarse a la menor consigna, ¿merece ser considerado según los sesgos analíticos insinuados en los puntos IV y VI?*
- X. *¿Es éste el libro que me gustaría leer? ¿Es la autocomplacencia razonable, lícita, adecuada, conducente? ¿Es que prestando oídos solo a mis predilecciones pretendo soslayar el pecado original del escritor? ¿Estoy agregando cuestiones disímiles en este punto con el único propósito de ajustarme a los pará-*

*metros decimales ya observados en el punto VI?*

Yo

*Otra vez sobre la ruta 3, sentado en el camastro detrás de los asientos de un Fiat Iveco con toda suerte de dibujos aerografiados en su cabina, rodeado por una extraña caterva cuyo componente nuclear parece ser un fulano que dice haberme conectado por un cruce de instancias experienciales, propias de roles literarios, y que pretende inmiscuirme nuevamente en una empresa al parecer incardinada en tales quehaceres. Ambiente distendido, campechano, impropio para lucubraciones de índole poética o filosófica, erróneo derrotero teniendo en cuenta las ínfulas que en principio parecían motivar la caravana. El tal Fennano, el más joven de todos, no para de hablar con Piero; del Estadio Único, la pertinencia o no de su construcción, la corruptela aparentemente enquistada en el proyecto desde su mero comienzo, de ahí a la política, nada especialmente potable para mí, más que la observación liminar que me hace percibir una corriente afectiva y una identificación importantes, cosa ya sugerida por Gabriel rato antes. Tal vez el kilaje tenga bastante que ver, quién sabe, porque entre los dos superan ampliamente los dos quintales métricos. Aunque razonamientos como éste han dado lugar a teorías tan arrevesadas como la de Cesare Lombroso.*

*De una gran heladera de telgopor salen latas de Heineken casi sin solución de continuidad. Lo que me gusta de esta gente es que dejan librado casi todo al azar, menos el escabio.*

*Gabriel va sentado en el asiento del acompañante, con un calentador a garrafa entre sus piernas y un gran mate que es cebado hasta la mitad de agua para que no se vuelque con los movimientos de la carrocería, y del que solamente toma Piero, cuya ingesta alcohólica se ve limitada en virtud de su condición de auriga. Atrás vamos los tres restantes, y lamentablemente, el tal Fennano se sentó en el medio e, inclinado hacia delante, habla a los gritos con su contrapesístico camarada, impidiendo que inicie algún diálogo sustancioso con el Luichi, el que al parecer y por miradas entrecruzadas, experimenta análoga frustración.*

### **Trece**

-¿Y vos, Cebrián? ¿Qué onda? –Pregunta Piero de pronto, en un bache de su tedioso diálogo con el tal Fennano.

-¿Qué onda con qué?

-Con la chica esa nueva que te secuestró.

-No pienso hablar de eso en público. Para eso estás vos, ése es tu rol.

-¿Cómo?

-Si una vez me ofreciste contarme todas tus historias románticas para que las escriba. Más que ofrecérmelas, me pedías insistentemente que lo hiciera...

-Bueno, eso era antes.

-Si se van a poner freudianos, les recuerdo que en este vehículo somos todos machos –observó el Lui-chi, y se apresuró a relativizar la aseveración: -Bueno, eso creo... no vamos a hablar de mujeres, ¿o sí?

-Mujeres... –digo, con tono pensativo.

-¿A ver? –Me pregunta Gabriel, y añade: -Dale, pibe, ponete las pilas que el rol protagónico acá es tuyo, y tené cuidado que la guerra de los egos con estos dos grandotes y el chiquito puede ser sangrienta.

-¡Mirá quien habla! –Exclama Fennano, y mis oídos entrenados en fonontología ya me advierten que su modo de expresión oral comporta indefectiblemente un número exagerado de decibelios. No solo eso, sino que esta vez acompaña su vocinglera efusión con un formidable puñetazo en el hombro, generando el vuelco de la infusión criolla, el tambaleo de la garrafa y llamado al orden del conductor.

-Pará, pelotudo, que te bajo los dientes –dice el damnificado, fregándose para quitarse el agua caliente y los restos de yerba de su jean, en una bravata que se nota que ni él mismo se cree. –Oigamos qué tiene Cratilo para decir de las mujeres.

-Remítite a Schopenhauer –le respondo, apático.

-No, pero la cosa no es así.

-Qué, ¿me vas a echar en cara algo?

-*Cratilo, hijito, no te enojés* –me dice, fingiendo exactamente la voz de mi madre, causándome sorpre-

sa e inquietud a un tiempo. No quiero ahondar en las implicancias que tal truco puede contener, así que me apresuro a responder a la consigna, no sin antes tomar nota mental de las argucias tan extrañas como efectivas que emplea este fulano para con mi inestable condición de identidad operada a partir de su irrupción.

-Qué tengo para decir de las mujeres... en principio, me gustaría utilizar el modo de razonamiento que utilizó Theilard de Chardin, cuando afirmó que el salto evolutivo entre la animalidad anterior y el fenómeno humano, era, a contrario de los anteriores, cualitativo y no cuantitativo, atribuyendo tal ampuloso hiato en los cánones normales de desarrollo biológico a una intervención divina.

-Cebrián, ¿me traducís, por favor? ¿En qué habla, el pibe éste?

-Callate y escuchá. Lo que importa es lo que queda.

-Lo que me queda es un pedo de la san puta, hostias.

-Bueno, dejá que siga exponiendo, a ver...

-Decía que yendo más allá en ese razonamiento y, desde luego, despejando el factor supranatural a su inalienable condición de equis, de incógnita insuperable en toda ecuación, podría inferirse sin ser demasiado temerario, que esa perespiritualización, inexplicable en términos evolutivos naturales, operó en la humanidad de modo que, en lugar de generar macho y hembra del mismo género y especie, los separó en un nivel mayor aún, al punto de constituirse en dos especies diferentes.

-¿Es una broma de tinte misógino? –Me pregunta Gabriel.

-No. Es una presunción más que fundamentada en análisis macrohistóricos y vivencias personales. Vos fijate que la sexualidad natural, por ejemplo, es a veces tan mecánica como el proceso de polinización; luego se complejiza y llega a desarrollarse según tropismos instintivos, hormonales, o sea, de algún modo también mecánicos, pero de acuerdo y en referencia a una complejidad cibernética mayor, y de acuerdo a ciclos de celo, quedan establecidas regularmente las temporadas de reproducción. El ser humano, primer animal binario en este sentido que apuntaba antes, vive la sexualidad de acuerdo al morbo mental de cada uno, o sea, generalmente a lo bestia, lo que no significa satisfactoriamente, sino más bien todo lo contrario.

-A mí me gusta, coger a lo bestia –asegura Pierín, que no pierde la oportunidad de dejar claro que por una vez entiende lo que hablo.

-¡Qué aclaración más ociosa! –Señala Gabriel, y a continuación pide que respeten al expositor.

-Es clásica la interpretación infantil de la visión de una pareja de adultos fornicando, que a todas luces aparece como una confrontación física de combate, y ello así porque efectivamente eso, es lo que es. No se trata en este caso de instinto aplicado a la conservación de la especie, no es esa satisfacción de premuras orgánicas en ebullición inconciente, sino que es pura confrontación a veces atlética, a veces psicológica, a veces egolátrica, a veces jerárquica, a veces

interesada económica o emocionalmente, en fin, la mayoría de las veces una mezcla de todas las variantes referidas en distintas graduaciones. Y ello es expresión de un antiguo conflicto, que se inicia ni bien el pensamiento abstracto dio pie a establecer diferencias esenciales, las cuales, al no haber sido llevado a un plano crítico de conciencia, no se habían advertido hasta ese momento.

-Pero al final a vos, ¿te gustan las minas, o no? –Me pregunta Pierín, desubicado pero con lomo para bancarlo.

-Precisamente, ése es el punto al que iba. Este tipo de relación que se produce a partir de la intervención del pensamiento sobre el instinto, cataliza el conflicto antedicho. Ambas partes son necesarias para la otra, pero están incapacitadas para relacionarse sin generar estas confrontaciones, las que pueden hallar expresión en cualquiera de los planos interactivos ya señalados, o en cualquier otro que pudiera ocurrírseles. O sea, estimado Pierín y amigo de mi mentor, mecenas y también quizá mesías, resumiéndolo en una figura popular dotada de la llaneza puramente significativa y paradójicamente farfullada hasta el cansancio por miles de metodologías inspiradas en economías de hipótesis, para mí, la mujer es un mal necesario.

-¿Tanto lío para decir eso? –me increpa Piero, meneando la cabeza con aires de desconcierto, y agrega: -Eso lo sabe todo el mundo.

-Sí, -interviene Gabriel. -Eso lo sabe todo el mundo pero no todo el mundo lo dice como Cratilo, con fundamento, además.

-Sí, cierto que eso es lo que hacen los escritores, agarrar cualquier pajaría y complicarla para que los demás no entiendan un carajo y puedan hacerles creer que son unos genios. En cierta forma, es lo que hacen los políticos, ahora que lo pienso.

-Bueno, tus palabras no son tan cuidadas como las de Cratilo, pero sin embargo dejan atisbar un cierto rasgo de lucidez, igual.

-Al final era misógino, nomás -observa el Luichi, que se ha quedado colgado de mi alegato y bebe a cortos y seguidos sorbos su lata de Heineken.

-No, para nada -rechazo lo que parece casi una imputación. -Me olvidé de dejar expresada la viceversa, tal vez por considerarla implícita. Los hombres, para las mujeres, somos igualmente desagradable imprescindible.

-No sé si será un mal, pero lo que sé es que son lo más lindo que hay -dice el tal Fennano, con su vozerón ligeramente aplacado en sedosidades románticas.

-Linda también puede resultarte una cobra real -digo, sin más ánimo que el de alertar acerca de la peligrosidad que comporta el involucrarse con mujeres, y sobre todo, si son hermosas.

-Sí, era misoginia, nomás.

-No, Luichi. Tengo el mayor de los respetos por el enemigo. Códigos, son códigos.

-Estamos llegando a San Miguel del Monte.

- ¿Vamos a fumar una chala a la laguna? –Propone el Luichi.  
-No me empecés a meter esas sustancias en la historia –objeta Gabriel.  
-Ah, mirá vos. Si sabía no venía, entonces.  
-Vos quedate piola, mosquito, vos venís conmigo – lo avala Piero. –Si éste la quiere caretear que se busque otros actores.

### Catorce

- Piero aparcó el camión en un montecito cerca de la laguna, y emprendimos la marcha a pie, todos en silencio menos Fennano, que se manifiesta airado con Bilardo por haber abandonado otra vez la conducción técnica de Estudiantes. Creo que a nadie le importa un bledo, mas a él parece importarle por todos. Observo a Gabriel que camina pensativo, quizás turbado, así que me acerco a él y le pregunto qué le ocurre.  
-Nada –me responde, -que este Luichi no puede estar sin darle al faso.  
-¿Y qué problema te hacés? Dejalo, es su historia.  
-En eso te equivocás. Esta es mi historia.  
-Bueno, no nos enredemos en eso, quiero decir que ésa es la de él.  
-Y Piero que cualquier bondi lo deja bien.  
-Y bueno, dejálos.  
-Claro, qué otra cosa...

-Y decime, ¿por qué te jode, si puedo saber?

-Porque las cuestiones éstas después las lee mucha gente, viste.

-¡No me digas que escribís pensando en lo que van a juzgar los lectores! Si estás tan preocupado por tu imagen pública, dedícate a otra cosa. No podés...

-Estoy podrido de que vengan personas que quiero y me pregunten, con tono de preocupación, si estoy bebiendo mucho, si me drogo, que me cuide y esas cosas. Aparte, tengo una vida, yo, tengo familia, tengo expectativas de ocupar cargos públicos...

-¡Oh, Dios! –Exclamo, cayendo en la cuenta que el fulano Gabriel puede llegar a tener algún talento para hilvanar palabras y frases, pero también que nunca llegará a desarrollarlo, debido al alud de taras sociales que acaba de reconocer. Bien había puesto el acento Piero cuando dijo que la “careteaba”.

-¿Qué pasa?

-Nada, olvidate. No te voy a psicoanalizar, yo. Lo que sí, te digo, si vas a escribir, escribí sin mirar para el costado. De lo contrario te ponés más en evidencia y queda peor. Fijate que estás reconociendo que, aparte de vicioso, sos ilegítimo. Igual, todo el mundo está avisado, ya. Eso de decir “yo no me hago cargo de lo que dicen mis personajes”, a estas alturas del debate, no te lo va a creer nadie. La corporación de los escritores ha vivido parapetándose detrás de fantasmagóricas personalidades producto de sus mentes, mejor o peor logradas; esa especie de *crash test dummies* mentales a cuya condición existencial querés asimilarme. O sea, madurá, viejo, o

sos escritor o sos burócrata y padre de familia. Y si querés ser las dos cosas, asumí las responsabilidades inherentes a ambas. Serás despreciado por una y otra tribuna, indistintamente, las causales de diatriba por parte de éstos serán objeto de ditirambos de parte de aquellos, y viceversa. Cual árbitro del clásico del domingo, cual sudamericano en Europa, no tendrás aliado alguno, serás objeto de escarnios, injurias, baldones, agravios y dicterios. La consagración no admite pusilánimes. Y conste que estoy hablando en un sentido absolutamente devocional, cuando digo consagración, y no en términos de repercusión social, supuestos que no solo suelen ser contradictorios sino lisa y llanamente contrarios.

-No te traje para esto.

-¿Te referís al viaje?

-Me refiero a todo.

-Primero, si no entendí mal, no me trajiste, sino que aparecí solo. Eso, según tu disparatada lógica, a la que me atenderé al único efecto de no generar más neurosis, y ello porque mi maltratada ecuanimidad me da todavía cierto superhábit como para ser magnánimo. Segundo, no me trajiste a mí para esto, no lo trajiste al Luichi para que fume porro, no lo trajiste al tal Fennano para que hable de Bilardo, no lo trajiste a Pierín para que maneje el mionca... pero cometiste un error.

-Ah, ¿sí?

-Uno garrafal. Al principio intentaste grandiosidades, siempre de la mano de su gemela, la grandilocuencia. Pretendiste respetarnos en nuestras interio-

ridades individuales, y en eso parecés haber sido honesto. Pero lo peor fue que no tomaste en cuenta que en estas tramoyas que te autoimponés no te podés controlar ni a vos mismo. Encima te metiste con pesos pesados, así que la única que te queda es engordar y hacer músculo.

Tal vez haya sido un poco duro con este personaje que comienza a caerme simpático, tal vez haya sido porque ha exhibido sin tapujos sus debilidades, actitud ésta que quizá constituya, conciente o inconcientemente, la mejor avenida hacia la empatía ajena. Llegando a orillas de la laguna, veo al Luichi cortar a diente las puntas de papel de un cigarrillo liado a mano y pedir fuego. Parece que arranca la fumata. Yo sigo bebiendo de la lata de cerveza que traje para la ocasión.

El grupo se detiene y toma asiento en el pasto, al parecer dispuesto a seguir los antiguos y tácitos cánones de la verde liturgia. Gabriel sigue caminando, así que lo sigo. Como buen borrachín, no me vuelvo loco por el porro.

-Oíme, Gabriel, ésto es una cuestión cultural, viste.

-Ya lo sé.

-No, te digo porque mirá, tipos como por ejemplo Escohotado, en España, o Terence McKenna, en Estados Unidos, son considerados intelectuales de fuste y hasta filósofos, a pesar de haber hecho público su consumo de estupefacientes. Y ello aún sin haber incardinado tales actividades en contextos ficticios.

-Digamos que pertenecen a una elite que les da cierta intocabilidad. No es lo mismo Escohotado que un africano fumando hash en las calles madrileñas, o un negro dándole al crack en 5<sup>th</sup>. Avenue que McKenna, en todo caso. Y eso allá; acá mirá, ni al Diego lo respetan.

-Fijate que hasta en las películas más livianas de los yankees, como por ejemplo “*There’s something about Mary*”, los personajes, pulcros, sanos, asépticos, profesionales exitosos, reconocidos socialmente y de conducta ejemplar, se fuman un porro como algo perfectamente inocuo desde cualquier punto de vista.

-Lo mismo. Vos lo dijiste. Son *class up*.

-¿Entonces qué queda para el populacho como nosotros? ¿Aceptar este estado de cosas, o rebelarnos? Porque tampoco es lícito en términos de ética intelectual acotar este fenómeno a los simples divertimentos a los que conlleva la inspiración de combustiones vegetales levemente visionarias y absolutamente inocuas, sino que el cuadro social de exclusión y castigo alcanza a sustancias por cierto mucho menos diletantes y mucho más relativas a necesidades básicas.

-Claro que sí.

-¿Entonces? ¿Querés que te recuerde la recomendación de Artaud atinente a la función del escritor?

-¿A ver?

-Artaud decía, más o menos y según recuerdo, que la función del escritor no era ir a encerrarse cobardemente en un texto del que ya nunca saldrá, sino salir

para atacar, para sacudir a la opinión pública. Y lo remató diciendo *¿si no, para qué sirve, y para qué nació?*

-Me convenciste. Vamos a ver si quedó algo.

Cae el sol. La banda ríe de cualquier estupidez, y eso es producto del *THC*. Siempre me pasa. Cuando la gente fuma, no encuentro gracia en los dichos y situaciones que a ellos hace desternillar de risa. De alguna manera la algarabía creciente en la luz menguante resulta contagiosa, y río con ellos, las carcajadas surgen como una jangada de sentimientos personales que se encauzan río abajo en la corriente de sensibilidad exacerbada en humorísticas interpretaciones. Tal vez debiera coger el pitillo cuando pasa a mi frente. Aparte, he concluido mi Heineken y el camión está demasiado lejos.

*Yo*

*Solamente observamos el agua, congelada en su dinámica torrencial hacia el abismo. Verdadero puente de mágicas ondulaciones elementales. Fragmentos de antiguos poemas que vuelven a la memoria en el eco idiota de las carnes cerebrales. Mansalva de madreSelva, fermentación de cereales ahumada en irregulares e indirectos circuitos y una única red neuronal para amortizarlas en pensamientos ajustados a las vibraciones acústicas figuradas que son las palabras acuñando pensamiento. He pagado el precio del amor, he pagado el precio de la vida, y a-*

*¿un me resta pagar el de la muerte, cierre de balance total e improtestable. Tal vez esté intentando contrariar la inapelable lógica de Borges, del Borges poeta, arriesgando la más gárrula posibilidad de epítafio, no sobre frío mármol ya, sino sobre orgánico sedazo de papel o virtuales texturas cibernéticas, desafiando a medias convencido al todopoder del olvido. Tiro vertical impotente ante tanta gravedad tradicional, anquilosado de bagajes incitos en la propia mochila antecesiva generando contrapeso para las próximas generaciones, despejando así probables originalidades supervinientes y sujetándolas de manera proporcional a la cantidad de asados escupidos. Gladiador verbal de escasa monta, susceptible de macanazos y mandobles provinientes de los más escuálidos confrontantes, víctima lisa y llana de los contendores medianamente afiatados, detritus pestilente en los aceros de los justificadamente ilustres, asumo el carácter de presumido aspirante a la rueda de clasificación de la olímpica justa de la palabra, debatiéndome en figuras marciales torpes y desgarradas, condenadas de antemano a morder un polvo que no obstante será escupido en cerámicas lucubraciones tan inoficiosas como inefables en su mecánica catártica. Desarticular el centro del lenguaje, desestructurar el de la escritura, ya no constituyen método. El cerebro siempre hallará el modo de referir toda impresión a su oquedad orgánica. Acaso jamás advertiremos que el recuerdo y la memoria, que el sujeto y los objetos, o son transitivos o no son. O somos transmisores o nos constituimos en*

*tumbas de las virtudes trascendentes. La conciencia puede morir definitivamente. La energía puede desaparecer. El principio de conservación de la energía no es más que una ecuación válida para el modo sintáctico imperante. Con los elementos de juicio, lo mejor que podemos hacer es jugar y, si es posible, hacerlo con la carga emotiva de una ruleta rusa y coreografías de ahorcado, entonando de tal modo con la temerariedad que supone asomarse al mundo de la crítica mental absoluta y su epifenómeno de proyección lingüística. El canto de un ave que desconozco lleva su mensaje instintivo a fundirse en el ocaso, independientemente de cualesquier otra función conectiva intentada con el sistema nervioso de algún eventual miembro de su especie.*

### *El Luichi*

*¡Extraordinario! Crepuscular arrebol en la Laguna de Monte, cansino de sustancias pero no por ello menos alerta, jejejejejejeje, falto de reflejos pero no por ello menos dinámico, estupefacto pero no embozado, relajado mas no abandonado, sensibilizado aunque no tiernizado, etcétera. Estoy en la zona. Fustigo en mí toda inquietud teórica en la contemplación pura del viejo Urano abocado a los juguetes previos de su regular y cósmica empernada a Gaya, estética en términos cromáticos y apacible y gradual como el coito entre viejos conocidos. Nada escapa a la agudeza del avezado perceptor, despojado estratégicamente de interpretaciones conceptuales*

*narcicistas. Nada empece a la óptica trascendental de quien observa, pletórico de gratitudes, la ardiente teofanía rosicler del poniente. Toda representación artística a escala humana comporta una oligofrénica y banal pretensión; la que tal vez podría resultar ingenua, si no fuese porque exorbita parámetros, aún generosos, de pelotudez mental. Es en momentos como éste que acuerdo con el gordito Maharaji, cuando dice que cada bocanada de aire es un regalo único y maravilloso. Día y noche, inspiración y expiración, sístole y diástole, flujo y reflujo, drama binario en el pandemonium que acecha agazapado en la grieta entre el cosmos y el caos. Y ningún Marduk a la vista para desembrozar la trama. Dejaré a las partículas de sentido que me permitan integrar el marco natural en movimiento browniano, con ayuda de la laguna, espejo condensador de lujurias sensibles, dominador espiritual del contexto geodésico que va fundiendo a negro.*

*Fennano*

*Qué raro que Gabriel haya salido de su encierro para venir en este viaje... es la primera vez en mucho tiempo que interrumpe su reclusión autoimpuesta. Yo siempre le digo que tiene que salir, que si está todo el tiempo junto a su nueva mujer van a terminar cansándose uno del otro. Todos necesitamos salir, estar con amigos, distraernos un poco. Pero el loco dice que se distrae escribiendo, que no necesita nada más que tranquilidad y una computadora, y por*

*supuesto, unos cuantos traguitos en cuya preparación su chica ha devenido en experta. Espero que sea para bien, qué sé yo, pero me parece un poco paranoico, no luce muy normal que digamos el hecho de focalizarse tanto en una sola cuestión. Creo que se le está complicando el sentido de la realidad; primero, que no habla de otra cosa, y segundo, y lo peor, que un par de veces me di cuenta que traía a colación situaciones y eventos de sus fabulaciones, convencido que en verdad habían tenido lugar en la realidad.*

*Piero*

*Me está pintando un hambrecito... ahora los voy a llevar a los pazguatos éstos a morfar asado a la parrilla de Las Flores, ahí van a ver lo que es hincarle el diente a un costillar bueno y a precio de ganga. Eso sí, espero que se comporten como la gente, porque los paisa de ahí no andan con muchas vueltas, y menos si se trata de porteños, como nos llaman también a nosotros.*

*Gabriel*

*Repartidor de sueños y recuerdos, transcriptor y poderdante de experiencias intra y extramentales de difusa configuración, a un palmo de la nada y extraordinariamente reacio a densidades planetarias, tan tiránicas en su torrente vivencial cuanto sagaces en elusiones a las críticas de orden primario que bas-*

*tarian y sobrarían para devolverlas a su condición espectral. Dispensador de trazos en el maremágnum condenado de antemano a una agnosis insuperable, pneuma difuminándose en un viento macrocósmico entre radiaciones provenientes de lo inefable, burbujas de frágil estiércol dotadas de conciencia, elaborando axiologías infundadas e infundables a falta del basamento apodíctico que, más allá de cualquier sofisma, prevalecerá trascendiendo los más arrojados albuces de la escala humana.*

*Desazón de sintaxis de lo real más o menos laxa según el contexto sociocultural dado, aprehensión sintonizable a través del uso de psicofármacos y asistencia discursiva complementaria, renovación de la idea del yo y el mundo, operatividad mínima, vital y móvil y sujetos en conflicto dentro de conflictos dentro de conflictos y así sucesivamente.*

Hay una huella evolutiva en la literatura, *me dice el Luichi*, no podés escribir y escribir y escribir sin detenerte a LEER. Sos tan boludo que presentás como vanguardia cosas que ya están agotadas hace rato, solo que vos no te enteraste. Y así, aparte de ingenuo, demostrarás ser casi un iletrado, si vamos a tener en cuenta tus pretensiones.

*Y yo sólo quiero flotar como un Buddha en una copa de champaña helada.*

## Quince

Llegamos a Las Flores. Entramos al pueblo a reaprovisionar la heladera y después volvimos para el lado de la ruta. Piero se detiene en una parrilla muy precaria, un mostrador cuadrangular de chapa con apenas un alero igualmente metálico cubriéndonos del rocío. Más allá unos asadores con el espectáculo dorado-rojizo-oscuro de los costillares, plantados cual estandartes de criolla gastronomía.

-Che, yo no tengo un mango –aclara el Luichi.

-¡Qué novedad! –señala Gabriel. –Decinos algo que no sepamos, después.

-Bueno, boludo, qué querés que haga. Soy docente, yo.

-Y antes, desocupado. Cambio de rol social pero no de liquidez.

-Igual, Cebrián, acá es barato –informa Pierín.

-Qué, ¿tengo que pagar yo?

-Ah no, pescado, qué querés, que pague yo...

-Yo tengo treinta pesos –dice Fennano.

-Yo tengo guita –digo a mi vez.

-No voy a permitir –dice Gabriel- que estas indecentes cuestiones mercantilistas inficionen la atmósfera mental de tan selecto y sibarítico grupúsculo de filósofos y artistas. Yo me hago cargo. Y con ello también me reservo los créditos como autor, director y productor de lo que sea que pueda salir de esto.

-Claro, y yo que pongo el mionca, el gas oil, etcétera...

-Vos salís como transportista. Y conste que el rótulo corre por tu parte.

-Sí, Cebrián, vos seguí, ya en los cuentos me hiciste quedar como mujeriego, drogadicto, violento, brujo...

-No he faltado ningún momento a la verdad, entonces.

-La otra vez leyó uno de los cuentos mi vieja y le tuve que dar todo tipo de explicaciones. Claro que le dije que eran todos delirios tuyos.

-Viste qué feo que es.

-¿Qué feo que es qué?

-Andar excusándose en base a la *in dubito pro reo* tras la cual se parapetan casi todos los escritores.

-Pero yo no soy escritor. Aparte no sé qué carajo dijiste.

-Lo tuyo es peor aún, andar ocultándote tras la fachada ficcional atribuyéndosela a alguien más.

Nos sentamos. El lugar debía ser barato, sí. Casi no había posibilidad de elección. Asado de tira (muy bueno), chorizos y morcillas. Y para beber, vino suelto (horrible).

-Voy a buscarme una cerveza al camión –anuncié, ante la desazón absoluta que el brebaje ése, seguramente atiborrado de alcohol metílico, me producía.

-Ni lo pienses –Me detuvo Piero. –Acá hay que respetar los códigos. No se puede traer bebida de afuera, si te gusta lo tomás y si no aguantás hasta que nos vayamos.

-Okay, okay.

Y allí recabamos el dato empírico de que la realidad nunca es perfecta, que de acuerdo a cierta economía trascendental, todo lo magnífico y placentero tiene su contraparte nefasta: un perfecto y crocante asado al asador, regado con una de las más abyectas simulaciones de la sangre de nuestro señor.

Estamos abocados a la deglución de tejidos orgánicos de novillo y cerdo o lo que fuera con que los *embutidos* hayan sido *ídem*, cuando se detiene otro camión y bajan tres sujetos. Se ubican enfrentados a nosotros, que ocupamos un lado y fracción del mostrador cuadrangular. Uno de ellos mira a Piero y dice:

-Oh oh oh oh oh, miren quién está acá... el gringo del arito.

-Qué hacés, Malacara –le responde, con aire de fastidio. Cierto es que la cara no lo favorece mucho, al aludido.

-Qué hacés, gringo, ¿siempre puto?

-¿Por qué no vas y le preguntás a tu vieja?

-No le des bola –le dice Gabriel.

-Ah, el otro con arito es tu novio, claro. Se pone celoso si hablás conmigo.

-Loco, sabés que me tenés podrido –anuncia Piero, mientras levanta su voluminosa humanidad del taburete y da la vuelta para enfrentar al Malacara, quien, por su parte y visiblemente alarmado (se nota que no midió bien los umbrales de tolerancia del “gringo”), se incorpora, tramontina de cocina en mano. -¿Querés que te lo meta en el orto, el cuchillo ése?

-Paren, loco, déjense de joder –intenta apaciguar los ánimos Gabriel, haciendo ininteligible una locución por el estilo que el parrillero simultáneamente profiere.

Pero la determinación de Pierín ya ha cruzado el límite del cual no se retorna. Se planta frente al Malacara, que interpone entre ambos el dentado filo, asustado y tan poco predispuesto a usarlo que el grandote, con un rápido movimiento, toma la mano y la estruja hasta que el cuchillo cae a tierra. Malacara contrae su poco agraciada fisonomía en un gesto que denota dolor y pánico a la vez. Las espirales de violencia pueden evolucionar lenta o explosivamente. Ésta parece corresponder al segundo supuesto. Piero, con su adversario ya desarmado, parece seguir poniendo fichas a la estrategia del aprete, dado que suelta la mano y lo abraza, garra izquierda ceñida sobre muñeca derecha, en constrictor crescendo.

-Pará. Pierín, ya fue –intenta nuevamente Gabriel.

-Ya está, gringo, dejalo –se unen en lo que ya suena a ruego los amigos del constreñido, poco proclives por lo visto a emprender vías de hecho en la defensa de su compañero.

Entonces Pierín, luego de evitar echándose hacia atrás un cabezazo del comprimido guasón, se extrema en el esfuerzo, cosa que se nota en el tembleque producto del *full power*.

-¿Se están poniendo de novios? –Pregunta el Luichi, y yo suelto una serie de carcajadas algo fuera de contexto. Qué quieren, me causó. El Malacara entonces agrega a su poco armonioso rostro un tinte a-

zul, preocupante por ser resultado de la cianosis. Tal vez tenga algún que otro hueso roto, pero lo alarmante es el proceso de asfixia que al parecer, está a punto de consumarse totalmente. Gabriel y los otros dos compañeros de la víctima forcejean con Piero para que afloje antes que sea demasiado tarde. En un segundo, un brillo de lucidez parece reflejarse en sus ojos furibundos, por lo que suelta la presa, la que cae entre convulsiones y boqueando como un pez fuera del agua.

-Vamos, vamos, pelotudo, mirá lo que hacés -le dice Gabriel, mientras lo lleva a empujones hacia el camión. Los otros tres los seguimos.

-Yo le voy a enseñar, al hijo de puta ése...

-Quedate tranqui -asegura Fennano-, el pobre imbécil, si sobrevive, va a ver un tipo con aro y va a salir disparando.

Ya a bordo del camión, nos causa gracia ver que el Luichi tuvo la precaución de munirse de un buen par de costillas y les hinca el diente. Mientras extraigo y reparto latas, esta vez de Quilmes, Fennano advierte que no llegamos a comer mucho que digamos, a lo que Gabriel le responde que de todos modos no hubo pérdida, por cuanto en el tumulto -el que no obstante fue más emocional que físico-, nos habíamos ido sin pagar la cuenta.

### Dieciséis

-¿Cómo se llama esa técnica? -Le pregunta Fennano a Piero, entre carcajdas. El apretujón le había causado gracia.

-Apachurramiento. Si no me hacen reaccionar ustedes, lo dejo como un molusco, hijo de puta. ¡Y me sacó el cuchillito, encima!

-Está bien que no era un facón criollo, pero no debe ser nada lindo que te guarden el tramontina en la panza.

-¡Qué vá' guardá, viste el sorete que tenía! Si ese feo me madruga, me hago coger por el rey de Roma...

El Luichi, en tanto, arroja las costillas peladas a diente por la ventanilla.

Justas son justas. Justas de palabras o de golpes, de conceptos o de confrontación física, de supremacía intelectual o marcial, de preeminencia cultural o bélica. La cinta asfáltica corre debajo nuestro, la luz de los faros propios y ajenos desgarran la oscuridad de la noche. Gabriel se esfuerza por proponer temas de discusión que justifiquen el diálogo entre quienes se supone podríamos llegar a elaborar cierta argamasa potable de manipulaciones de orden literario; mas resulta en vano, dado que una cierta lobreguez se ha cernido sobre nuestro ánimo con posterioridad a la secuencia violenta. Le recuerda al Luichi sus poemas de adolescencia, reparando especialmente en u-

na suerte de caligramas manuscritos con pésima caligrafía y quizá peor ortografía, lo que provoca por parte de éste una acre justificación, de sesgo más inclinado al desparpajo conciente y voluntario que a otra cosa, tal su estilo es.

Durante un rato todo es sonido de motor. Ni siquiera el estéreo. Bebo mi cerveza mientras recuerdo mis no tan lejanos como ahora aparecen a mi memoria los días pasados allá en el sur. En primer lugar, esta Quilmes que ahora estoy bebiendo es una porquería comparada con la cerveza artesanal del Bolsón, por ejemplo, y entiendo que esa graduación de elementos relacionales con el entorno que llaman “calidad de vida” tal vez exista. Quizá la blancura de la nieve ayude sobremanera al blanco de la mente, tal vez la meditación trascendental encuentre mayor proyección en el prisma caleidoscópico producido por los níveos fractales, no sé. También dicen que el blanco reiterado de los paisajes gélidos provoca una suerte de locura, tan es así que algunos chamanes (P.ej. los buralo-altaicos, creo), adquieren tales virtudes hierofánticas luego de padecer dicha insanía mental producto del aislamiento en tierras cubiertas por nevadas. La clase de locura que, por el contrario, produce la permanencia del sujeto en el desierto de mientes que es la ciudad, es desde luego más patética en términos anímicos y muchísimo menos pintoresca. Dos situaciones ilustrativas de tal oposición:

- a) Mañana de cielo azul frío, taza de chocolate caliente y salida hacia el embalse munido de caña y señuelos. Camino entre coníferas con depósi-

to de cristales blancos en sus ramas, tornasoles gélidos cintilando en la pálida luz matinal. El saludo al viejo arroyo, que a su vez prodiga el sensual murmullo del agua cristalina fluyente sobre las piedras, los salmones allí, deteniéndose en la corriente o trasladándose con espasmódicos coletazos y movimientos de aletas. Allí mismo, esperando a ser engatuzados por las artesanías sintéticas que lucen cual presas. Luego, el anzuelo que se clava, el conato de lucha a tirrones por ambas partes que casi siempre se resuelve en el copo que sujeta por fin al pez a su condición de pescado; la vuelta a la cabaña y el gratificante aroma de la fresca carne arrebatada a la mágica corriente acuática, mientras se asa expuesta al elemento contrario, en la estufa de leña.

- b) La sierra sinfin del carniza, 8 am., comenzando a lonchar tejidos musculares y óseos para las madrugadoras amas de casa que aprovechan a munirse del churrasco diario para preparar las viandas familiares antes de que por la TV comiencen a emitir los programas de chismes de la farándula a los que son tan afectas, uf. Cratilo (o sea, yo) que se levanta y, mientras pone la pava al fuego y comienza a batirse un café instantáneo, enciende a su vez dicho aparato y sintoniza el canal de noticias. La verdad que mientras consume la referida infusión, con más el consabido e ineludible cigarrillo rubio suave, la profusión de ignominias sociopolíticas que constitu-

yen la espina neural del informativo corta el aliento. La gente pide seguridad, y tal concepto adquiere a ojos vista, en este país, cada vez más el carácter de una entelequia. El Ministro de Seguridad provincial asevera, con tono pretensamente irrefutable, que lo peor que nos puede pasar es “acostumbrarnos” a la inseguridad, cosa que sería muy propia para tener en cuenta si la progresión fuera inversa, ya que, como viene la mano, tal recomendación anímica es, *prima facie*, discutible. Si las cosas siguen como vienen, a más de los gravámenes propios de la situación caótica en estos términos, deberemos agregar la incomodidad inherente a esas incapacidades de adaptación tan livianamente sugeridas. La arenga moral pública corre por distintos andariveles que el instinto de conservación. Pero estábamos en la descripción confrontativa de los entornos, así que en lugar de la comunión natural que se desprende de la procuración de sustento suscitadamente referida en el punto a), debemos oponer ahora su contraparte citadina, prosaica y espuria. Golpes a la puerta, la tana de abajo que me pregunta:

-¿Te piace la nispola?

-¿Nispola? No sé qué es eso.

-Nispola, la nispola, ¿te piace?

-La verdad, señora, no sé qué es eso, la nispola que usted dice.

Me hace señas que espere, se va y al cabo de unos cuantos segundos, vuelve con unos peque-

ños frutos en la mano. Se hace para mí la luz y caigo en la cuenta de la cosa vehiculizada semióticamente por la palabra “nispola”

-Ah, son nísperos.

-Ecco, nispola.

-Sí, me gustan –miento, lo que redundo en que apenas unos minutos más tarde soy el feliz poseedor de una bolsa de *nispola* que voy a tener que arrojar en la otra cuadra, para que la vieja no se dé cuenta.

Luego, bajo trece escalones hasta la carnicería que produce los sonidos escatológicos de osamentas aserradas. Ingreso y saludo al gordo que tal vez se llama Ángel, y si así es, se trata de un ángel muy afiatado en el trato con los cadáveres, tal vez converse con el espíritu de las reses mientras manufactura y vende los envases.

-Hola, Cratilo, ¿cómo va eso? –Apenas un par de días y ya sabe cómo me llamo. Un viejo al que apodan “zurdo” se pasa el día al costado del mostrador, chusmeando a diestra y siniestra. Sé que a poco voy a ser el raro que vive solo y deja feliz al botellero cada vez que pasa por nuestra calle. Me importa un cuerno.

-Dame dos bifes angostos cortados medio “anchitos” –Digo, por fin, en expresión casi paradójica de mis preferencias en este asunto de churrasquear, y acuñando una suerte de slogan que en dos o tres incursiones más podré obviar. Oigo el macabro glissando nuevamente, ésta vez operando al servicio de mi nutrición, pago, subo

los trece escalones, abro la ventana por el humo, salo los fragmentos de costilla y los arrojo a la plancha.

### **Diecisiete**

- Estamos llegando a Azul –anuncia Pierín.
- Podríamos completar la cena interrumpida –propone Fennano, que lo peor que puede pasarle es quedar insatisfecho.
- Tal cual.
- Pero vamos a algún boliche en el que haya minas recién bañaditas y perfumadas, y no esos sujetos desadagradables que generan discordia –dice el Luichi.
- ¡Pero mirá qué mosquito más fino!
- Bueno, la opción que sugiere no resiste muchos análisis, cualquiera en su sano juicio optaría por ella –observa Gabriel. La cosa es que rato después hallamos sitio en las mesas exteriores de una pizzería céntrica. Pedimos dos botellas de cerveza de litro que son liquidadas de sobrepique, o botepronto, como suelen decir en centroamérica. Antes que lleguen la fugazza y la especial ya hemos liquidado cuatro. La gente azulina –me refiero al gentilicio, no a la cromática-, nos mira con cierto azoramiento, la banda del extraño camión psicodélico. Hay que reconocer que la pinta en general, no ayuda mucho en función de un prudente desapercibimiento.
- Che, qué buena está esta pizza –observa Fennano.

-Y qué buenas están las mujeres –reitera el Luichi, a su vez, al parecer víctima de intensas pulsiones libidinales.

-Bueno, los apetitos son muy parecidos, entre uno y otro –asegura Piero.

-¿A ver? –Pregunta Gabriel, mostrándose muy interesado en que amplíe la tesis implícita en el comentario. –¿Cómo es eso?

-Claro, Cebrián, la comida es como el sexo: puede ser exquisita o apestosa. Pero no se puede estar sin comer.

-Oh. Parece ser una analogía muy difícil de contrariar.

-Y eso es porque es así –asevera Fennano con amplio consentimiento, en tanto el Luichi mueve la cabeza en gesto afirmativo mientras extrae un carozo de aceituna de su boca.

-Cratilo y yo no estamos muy seguros de eso.

-Hablá por vos –le digo, en tono airado.

-Sí, éste Cebrián siempre pone sus cosas en boca de otro –lo acusa Piero.

-Suená soez, eso que acabás de decir.

-¿Suez? ¿Qué es, suez?

-Nada, dejá. Ya fue. Y ya que Cratilo no quiere que hable por él, me gustaría conocer su opinión al respecto –dice, sin referirse directamente a mí, con tono impersonal, como profundizando la distancia que acabo de imponerle en una maniobra que pareció afectarle de modo directo, aunque mi único interés es el de evitar la manipulación psicológica a cuyo ejercicio parece tener inclinación natural.

- ¿Respecto del hambre y la libido?
- Respecto de la presunta analogía entrambos, señalada recién por el transportista sabio.
- No te hagás el irónico conmigo que te sopapeo.
- Pará con la violencia. Ya te apretaste a un feo; vigílá, que conmigo es otro precio.
- Bueno –comienzo a exponer, más que nada para parar la bronca, -básicamente puede observarse que se trata de dos comandos instintivos.
- Empezaste delineando categorías, como corresponde al buen expositor –marca el Luichi, haciéndome caer en la cuenta que mi exordio sonó a eso, a exordio, qué feo.
- Establecer graduaciones de necesidad en campos distintos pero interdependientes puede llegar a ser engorroso, toda vez que en el caso se trata de un sistema con un alto grado de entropía.
- Cuando hablen en castellano, avisen -dice Piero, y Fennano acuerda y cambia de tema abruptamente, remitiéndose a Piero y sentando tácitamente algo así como *ustedes sigan delirando, nosotros hablamos de cosas que existen, como por ejemplo los Red Hot Chili Peppers*.
- Lo que quiero decir –prosigo, con la exclusión de atenciones señalada precedentemente, -es que acá la clave parece que por una cuestión que puede ser incluso de orden astrológico, cada persona por puro temperamento puede sentir inclinación hacia unos u otros apetitos (aunque generalmente el desmesurado para con unos suele serlo para con los otros, eso sí).

Y ambos modos tienen un enemigo común: la templanza.

-Al final todo se resuelve clásicamente, ¿viste, Cratilo? Jejejejejeé.

-La templanza cuesta menos cuando lo que uno desea resulta imposible de alcanzar –sugiere insidiosamente Gabriel, que con tal actitud vuelve a investir ante mí el carácter de fulano.

-No se puede vivir mucho tiempo sin alimentos, juicio bastante difícil de controvertir para un ser orgánico o su equivalente enclave perceptual<sup>2</sup> (...perdón, ¿puedo hacer una nota al pie? Bueno, eso.) Decía que no se puede vivir mucho tiempo sin alimentos, entonces viene la formulación ahora petulante del aporte sintético respecto de la libido, que tan socarronamente fue manifestado por el camarada transportista, ¿puede vivirse mucho tiempo sin proyección libidinal<sup>3</sup>?

-Estás todo disgregado, pero se te entiende –Me dice Gabriel.

-Y eso que no fumás porro, jejejejejeé.

-...ése que toca es Steve “Vei” –dice Fennano, casi a los gritos, hablando, por supuesto, con Piero.

-Steve “Vai” –lo corrige Gabriel.

---

<sup>2</sup> Este último, incrustado de modo tan patente como el propio concepto de *dasein* en nuestras occidentales interpretaciones acerca del fenómeno llamado “realidad”.

<sup>3</sup> No sé si está oficializada por la Irreal academia española; en todo caso, tened a bien excusar el potencial neologismo, chei.

-Bueno, sí, qué sé yo, él me entiende –dice Fennano como convidándolo al propio tiempo a que atienda su juego.

-No, yo sí, sé, por eso te digo. Se pronuncia Vai.

-Los apellidos no siguen reglas fonéticas.

-Bueno, seguí hablando inglés carlossaulista. *God blís iu, míster president.*

-Andá a cagar.

-Después el que estoy disperso soy yo –me quejo, sintiendo que tal vez estoy haciendo el papel del pavo, o mejor dicho, del loro hablador.

-Dale, seguí.

-Bueno, no tanto seguí, eh. Podés seguir vos, si querés.

-¿De qué estábamos hablando?

-Ah, bueno...

-Que dice éste si podés estar mucho tiempo sin colocarla –dice Piero, que parece haber tenido puesta una oreja en cada lado y, la verdad, me sorprende la grosería sutil, el paradójico glamour que el contexto ha permitido; esta originalísima concreción mundana asendada al corazón del idealismo y sus románticos chamuyos. Reímos durante un buen rato.

-El idioma es una herramienta extraña. Cuanto más basta y elemental, más efectiva.

-Claro, papá, de eso se trata.

-Bueno, yo pienso que se puede vivir sin sexo –dice Gabriel. -Pero qué sé yo, de todos modos parece antinatural.

-Lo de vivir sin sexo... ¿incluye la masturbación? -Pregunta el Luichi, y simultáneamente Gabriel dice

*¡Por supuesto! Y yo ¡No, para nada!*, así que aún no parece estar muy centrado que digamos el eje de la discusión.

-Mirá, anoche mismo veía en el noticiero que en una marcha de orgullo lésbico-gay, en Buenos Aires, pintaron la Catedral con leyendas tales como “curas violadores” y esas cosas –digo, como para mantener mínimamente el foco.

-Sí, ¿y?

-Nada, eso, qué loco que los exuberantes y orgullosos muchachos y muchachas hicieron expresa su idea de que muchas de las perversiones de los curas bien pueden provenir de su condena a la abstinencia.

-Es un voto, que hacen, no una condena –intenta aclarar Gabriel.

-Vos, interpretalo como quieras. Una vez en un pueblo en el que fui a vivir por un tiempo...

-Ya lo contaste y ya lo publicamos. Un cura sodomizó un pendejo y otro cura lo mató.

-Eso. Bueno, ya está. Ya lo dijiste. Lo que quería decir es que otra peculiaridad propia de cada forma de apetito, se manifiesta en que un hambriento puede transgredir, según procese su acuciante necesidad, ejecutando o bien un hurto famélico, o bien un homicidio. En cambio, por las urgencias venéreas, y según sus códigos imperativos, o se masturba o sodomiza, viola y también, asiduamente, asesina.

-El problema –señala el Luichi, -es que todos esos flagelos a los que te referís tienen lugar por las condiciones morales y sociales en las cuales nos tenemos que desenvolver.

-O sea, empecemos por el principio. Primero, morfá, porque si no tenés de morfar, de coger ni hablar. (Adivinen a cuál de los grandotes corresponde la resolución simplificada del tema en análisis).

### Dieciocho

*Partido de Tres Arroyos*

*Gabriel*

#### **IMPORTANTE EDITORIAL**

Desea establecer contacto con escritores de poesía,  
narrativa y ensayo.

Solicitar entrevista al Te. xxxxxx

O por casilla de correo a xxxxxxxx

xxxxxxx - Capital Federal

*Camino por el microcentro porteño esperando que se haga la hora de la entrevista, pactada un par de días atrás por teléfono. Las cervezas bebidas durante el camino me dan ganas de orinar, así que ingreso a un bar, pido otra y mientras la sirven voy al baño. Salgo, bebo, pago y observo que ya es hora de establecer contacto con la Importante Editorial, en mi carácter de narrador y poeta. Tal vez alguna vez ensaye ensayos, o tal vez alguno de los fragmentos de alguna de mis narraciones pueda enmarcarse en*

*dicho formato. Toco el portero eléctrico en un edificio importante.*

*-¿Quién es?*

*-Soy Cebrián, tengo cita a las cinco.*

*Suena una chicharra, empujo la puerta e ingreso. Atravieso un lujoso pero no por ello menos deprimente vestíbulo, subo a un ascensor del cual puede decirse lo mismo y desciendo en el piso correspondiente. Allí hay más timbres, cámaras de seguridad, etc. ¿Es Fort Knox? ¿O acaso la regional de la C.I.A.? No, es una pujante editorial de ésas que dicen que no tienen dinero para promover nuevos talentos y que encima de aprovecharse de la tesonera quemadura de pestañas y neuronas ajenas, pide dinero a cambio al pobre artista famélico de finanzas y de reconocimiento público. Por fin consigo sortear todas las puertas y exámenes de rigor, y una joven rubia de aspecto nórdico y nombre de personaje de cartoon me invita a pasar con toda gentileza. Su prolija vestimenta, su cuidado maquillaje, su delicado perfume, la asepsia y pulcritud del ambiente y del mobiliario, suntuoso por otra parte, evidencian por contraste en mi subjetividad mi desaliño endémico, mi transpiración, mi aliento ríspido de alcoholes y tabaco, mi ajado sobre de papel madera con CDs de mis obras y fotocopias de las elogiosas críticas que supe conseguir, mas algunos otros datos curriculares complementarios.*

*-Su nombre era...*

*-Cebrián, Gabriel Cebrián.*

*-Ah, sí. Adelante, pase.*

*Tomamos asiento en un lujoso escritorio. Todo alrededor son prolijas estanterías de fina madera en las que se apilan los numerosísimos títulos publicados por la pujante editorial. En una oficina más interna oigo la conversación de dos hombres, y sospecho que al menos uno de ellos es quien corta el bacalao en esta factoría. Por un momento supongo que la joven rubia de aspecto nórdico y nombre de personaje de cartoon es simplemente una secretaria, que la entrevista será con los fulanos o al menos con uno de ellos. Pero no.*

*-Usted viene por el aviso que salió en el diario, ¿no es así?*

*-Sí, y antes que nada, le comento que vine desde La Plata, y lo hice porque cuando le pregunté si detrás del contacto que propiciaban, se hallaba el viejo truco de pasar presupuestos que quedarían insoslayablemente a cargo del autor, usted me dijo que no sabía, que debía hablarlo acá.*

*-No, pero usted no habló conmigo. Debe haber hablado con la empleada de secretaría que ahora no está.*

*-Hubiera jurado que era usted.*

*-Pues no. Y ella no está capacitada para hablar de ese tema.*

*-¿Le parece muy difícil instruirla en el sentido que sea capaz de decir “mire, señor fulano, si no lo conoce nadie, usted deberá hacerse cargo de los costos de impresión y difusión”? Digo, no, así usted se ahorra la molestia de hablar conmigo y yo me a-*

*horraaba venir hasta acá y los gastos de movilidad ociosa.*

*-Espere, espere...*

*-Aunque tal vez debería ser más explícito el aviso, o tal vez menos equívoco, aclarando que el deseo de tomar contacto se refiere más a la cuenta corriente del autor y no tanto al autor en sí.*

*-Oiga, no es así, no se apresure. Déjeme explicarle cómo trabajamos acá, ¿quiere?*

*-Adelante.*

*-Ante todo, ¿tiene alguna experiencia en el trato con editoriales?*

*-Casi ninguna, por suerte. He editado por cuenta propia y muy esforzadamente mi material. Durante dos años mi casa fue un taller de impresión y confección de libros. Llegamos a editar y comercializar más de dos mil ejemplares, entre narrativa y poesía.*

*-Eso es muy interesante.*

*-Era. Con el crack financiero de fines del 2001 y el posterior incremento brutal en los insumos importados, nos fue imposible mantener la producción.*

*-Qué lástima. ¿No hay ninguna posibilidad de reflotarla? Es muy interesante una empresa así.*

*-No, imposible. Menos con las mesas de oferta, en las cuales usted puede munirse de cualquier clásico a partir de dos pesos, o aún menos. Usted sabe, mientras la referida debacle económica profundizaba sus efectos, las editoriales incluso llegaron a quitar el magro crédito que otorgaban a las librerías, lo que las obligó a instalarse básicamente en la compraventa de usados.*

*-Según veo, no tiene una buena opinión acerca de los editores.*

*-Puede ser, pero le aseguro que en todo caso, no es mi culpa.*

*-Bueno, yo lo único que puedo hacer es referirle el modo en que trabajamos acá, y espero que entienda el verdadero espíritu que alienta a nuestra empresa, que no es tan inescrupulosa como parece que usted lo ve. Le preguntaba si tenía experiencia en el trato con editores, porque en ese caso sabría que hay tres clases de editoriales.*

*-Ah, ¿sí?*

*-Sí. Básicamente, claro.*

*-Ahá.*

*-Están los “imprenteros”, que bajo una falsa arrogancia se denominan a sí mismos editores, y editan cualquier cosa con tal de hacer su negocio con el dinero de los autores o de las personas o fundaciones que le prodigan mecenazgo.*

*-¿Y ésas constituyen el noventicuáto por ciento?*

*-Qué ocurrente. Luego, están las temáticas. Esas tienen temas específicos, y un público cautivo por las necesidades inherentes a las especificidades, como por ejemplo, libros de derecho, de medicina...*

*-Está bien, comprendo.*

*-Y luego la tercera clase de editoriales, en la cual nos incluimos. Si va a decir que hubiera jurado que nos incluíamos en la primera, no lo haga...*

*-Aguda previsión.*

*-No lo haga porque paso a explicarle la diferencia. Nosotros leemos concienzudamente cualquier mate-*

*rial que pretenda nuestro sello, y nos reservamos el derecho de edición, así el autor o quien lo represente ofrezca cualquier suma de dinero por ello. Por ejemplo, el otro día vino el grupo de arte “El Plauto”, ¿lo conoce?*

*-No, no lo conozco.*

*-Y nos dejó una obra y ofreció tres mil dólares para su edición, al contado. La leímos, y encontramos que en uno de los capítulos se hacía alusión a la heterodoxa preferencia sexual de un conocidísimo periodista televisivo, gordo él. Vos<sup>4</sup> te imaginás, no solamente no estamos de acuerdo con chismes de baja estofa, sino que no tenemos ningún interés en las eventuales vicisitudes judiciales que la publicación de algo como eso podría conllevar.*

*-Sí, creo que entiendo.*

*-Bueno, entonces te explico cómo laburamos nosotros: si el autor que propone un texto no es conocido para nada, debe hacerse cargo de la totalidad de los costos de edición, y nosotros nos ocupamos de la distribución y la difusión.*

*-Riesgo empresario, cero, entonces.*

*-No, no es así, los dos ítems a nuestro cargo no son gratis, salen dinero.*

*-¡Qué temeridad!*

*-Bueno, ironías aparte, continúo. Si el autor es más o menos conocido, se acuerda un porcentaje de inversión y de ganancias acorde con su grado de popularidad.*

---

<sup>4</sup> Pasó al tuteo sin decir agua va.

*-Ahá. ¿Y cómo se determina ese grado?*

*-Vamos a tres o cuatro librerías céntricas de por acá, y le preguntamos a los libreros si lo conocen. Si uno lo conoce, bueno, si lo conocen dos, mejor, y así.*

*-Bueno, pero en mi caso deberían preguntar en las librerías de La Plata. Acá no me conoce nadie, eso es precisamente lo que estoy intentando, que me conozcan acá.*

*-No, eventualmente, nos interesa el grado de popularidad acá en Capital, en primera instancia. Pero claro, si viene Stephen King...*

*-¿STEPHEN KING PUBLICA ACÁ?*

*-No, digo que si viene un autor de su talla, lógicamente, no solamente nos haríamos cargo de los gastos de edición sino que pactaríamos previamente un contrato con él.*

*-Ha hecho muy bien en traer a colación a Stephen King como ejemplo.*

*-¿Por qué?*

*-Porque tengo entendido que el mencionado autor ha decidido publicar sus obras en internet, para no tener que volver a tratar con editores.*

*-Ah, sí, claro, -dice sonriente, denotando que no solamente desconoce el dato que acabo de darle y que por otra parte le será útil a la hora de tratar de embaucar a otro contactado fraudulentamente como yo, aggiornando el ejemplo, sino también su franca antipatía, la que conseguí equilibrar con la mía propia a partir de la actitud que asumí de entrada.*

*-Bueno, ha sido muy clara. No soy Stephen King ni tengo guita para bancar edición alguna, así que hagamos una cosa: yo le dejo los CDs con mi obra; ustedes, si quieren los leen, o si quieren se lo dan a alguien más. Especialmente a librereros, así algún día por ahí tengo suerte y salgo conocido en una encuesta.*

*-¿No los tenés impresos?*

*-No, le dije que no pude imprimir más. Un CD sale cincuenta centavos de dólar. Es lo único que puedo hacer, por ahora.*

*-El problema es que la gente que lee para nosotros, es gente mayor, y no se lleva muy bien con las computadoras, sabés.*

*-Entonces es un problema doble. No se llevan muy bien con las computadoras y seguramente, creo, sin caer en prejuicio, que seguramente tampoco se llevarán muy bien con mis técnicas narrativas, entonces.*

*-Eso no sabría decírselo*

*-Bueno, no le robo más tiempo. Aquí están mis CDs, y una especie de carpeta de antecedentes. Envíenme un mail aunque sea para saludarme en Año Nuevo.*

*Volví a recorrer las puertas y las cámaras de pasillo sintiéndome una especie de Maxwell Smart saliendo del cuartel general de C.O.N.T.R.O.L.. La joven rubia de aspecto nórdico y nombre de personaje de cartoon me había dado su tarjeta personal, toda florida y paqueta, que acreditaba su membresía en la pujante empresa al servicio de la cultura (sospecho*

*que con inexpresadas esperanzas de que yo algún día gane la lotería, o algo por el estilo). Le faltó dar voz a la referida máxima del editor honesto, esa que reza “ni mercenarios ni mecenas”. ¡Inoficiosa caracterización por vía negativa! Para mercenarios, les faltan cojones, y para mecenas, sensibilidad y talento.*

## **Diecinueve**

*Claromecó*

*Yo*

*La ética individual que propone Michel Foucault, ¿no es una especie de relativización a la persona del imperativo categórico Kantiano? ¿No comporta una especie de laxismo respecto de códigos morales prusianos, arcaicos y arquetípicos, los cuales a pesar de su desuetud por anacronismo, han acuñado sin embargo el molde formal en el que sigue manifestándose la interpretación axiológica de nuestra cultura, determinando de modo estructural una línea aparentemente superadora, mas de suyo sujeta a esquemas preestablecidos y tan condicionantes como que definen, nada más y nada menos, que la sintaxis a la luz de la cual se analiza el fenómeno? En este sentido parece ser necesaria una epojé, mas la experiencia indica que una maniobra de tabulación semejante no es acompasable a los ritmos propios de la evolución cultural en contextos relativamente es-*

*tables, y menos aún en el marco de un acondicionamiento cósmico de amplio espectro como el que nos coerce.*

*El planteo ético que aparece como necesario en la actualidad responde a ese quid. De lo contrario, lo que aparece como vanguardia superadora no es más que el reacomodamiento de elementos en un mismo sistema, cuando es preciso, a ojos vista, ensayar uno nuevo. Ahora bien, los inconvenientes de orden fáctico ya referidos y que hacen a la cristalización de patrones formales de elaboración intelectual, como hemos visto, conspiran contra la posibilidad de proceder drásticamente a este respecto. Es por ello que, bajo la lupa de una hermenéutica muy amplia y teleológicamente intencionada, tal vez no sería descabellado considerar seriamente las profecías que desde tiempos remotos, sujetan el fin del presente estadio cultural a un cataclismo de orden cósmico como único medio de ablución genérica. Lo que vale para el individuo, parece ser igualmente válido para la especie: así como un fumador empedernido solo abandona el vicio ante los inequívocos indicios de una muerte inminente, el organismo occidental únicamente replanteará en forma radical sus parámetros frente a la posibilidad cierta de su desaparición total y completa, que aparece motivada en gran medida por sus propias taras históricas.*

*Gabriel*

*Acabo de leer un cuento de Jack London y, sinceramente, tardé unos cuantos minutos para dilucidar si ya lo había leído o se trataba de otro casi idéntico. Al respecto, y en cierta forma para recobrar algo de autoestima frente a las acusaciones de que suelo repetir mis escuetas temáticas en distintas obras, me permito sinoptizar una especie de contenidos y resoluciones en la obra del mencionado autor:*

- I. El personaje central es víctima del frío y muere.*
- II. El personaje central es víctima del frío y se salva.*
- III. El personaje central es víctima del hambre y muere.*
- IV. El personaje central es víctima del hambre y se salva*
- V. El personaje central es víctima del frío y del hambre y muere.*
- VI. El personaje central es víctima del frío y del hambre y se salva.*
- VII. El personaje central mata al perro, se calienta con sus tripas y luego se lo come.*
- VIII. El personaje central muere de frío y es comido por su perro.*
- IX. Luego de padecer juntos las inclemencias del tiempo y la hambruna, son rescatados.*
- X. Mueren los dos, a resultas del frío y el hambre, tan sinérgicos, ellos.*

*Dicen que mal de muchos es consuelo de tontos, y bien podría invertirse el orden de los conjuntos y*

*proclamar que mal de tontos, es consuelo de muchos. Aunque no sé si tal juicio me favorece o no, y menos aún si es moralmente reprochable.*

*El Luichi*

*Tengo que preparar un seminario y una charla sobre Platón para la semana que viene. Me tengo que acordar de preguntarle a Gabriel si tiene una buena traducción de El Banquete, mas si le pregunto ahora se va a largar una de esas inferencias lineales -propias de los poco informados- acerca de la homosexualidad de Sócrates, que queda en cierta forma expresada en dicho diálogo, y no quiero ni imaginar el cúmulo de comentarios oligofrénicos y chabacanos que puede desatarse a partir de eso, con estos disparates contertulios.*

*Se acordó de mis caligramas, y bien que hizo, porque en realidad estaban fantásticos, aún a pesar de esos pruritos ortográficos que trajo a colación. En esa época leíamos a Apollinaire, a mí me gustaba más la poesía, él prefería los cuentos. Intentaba cuentos por el estilo, pero obtenía resultados casi nulos y totalmente frustrantes; nada que ver con mis espaciales buceos poéticos, saturados de graciosas intuiciones metafísicas bellamente dispuestas en el espacio bidimensional del papel, conjugando significados y formas en una abroquelada plástica conceptual.*

*Eso sucedió mientras pretendía escribir como fulano, o como mengano. Pero de repente algunas vici-*

*situdes de su vida lo arrojaron a la soledad. La soledad y el trabajo son el báculo del verdadero hombre de letras, dijo Honorio Bustos Domecq, o tal vez fue Borges, o Bioy Casares, o ambos, en esa divertida y enigmática transposición que lleva al autor o autores a crear no solo personajes sino los propios autores intermedios. Pero me estoy delirando, pensaba que esa etapa de soledad y ostracismo que vivió en la casa de calle 35, primero lo puso en contacto con él mismo y luego eso halló forma narrativa, que más que irse desarrollando, explotó. Recuerdo que un día me mostró su primer cuento digamos... potable. Estaba exaltado, parecía que hubiese hallado finalmente la piedra filosofal. A partir de allí, cataratas de cuentos, de novelas, algún producto extraño entre estas dos formas y con más addendas poéticas, todo ello con las obvias irregularidades cualitativas propias del caudal verborrágico en el que eran prácticamente expelidas. Lo que espero es que un día se pare un momento y se dé tiempo para leer lo que ya escribió, al menos para tener su propia referencia. Pero encuentro muy difícil que algo así suceda; por lo pronto, mucho antes de cerrar una historia ya está pensando en la próxima. Siempre fue igual, siempre vivió en el futuro, o sea, en algo que no existe. Ya en la cuestión literaria, ya en cualquier otra que fuere, el chabón se me aparece como el burro que persigue la zanahoria, siempre un brazo por delante de su morro.*

*Pierín*

*Si supiera este Cebrián el asunto que me lleva a Bahía Blanca... más que contento se pondría. Pero no sé si será muy prudente que se entere de todos los pormenores, porque el muy hijo de puta seguro que va y lo escribe y después se entera todo el mundo. Bueno, todo el mundo, no; pero los conocidos de él, seguro, que son en un alto porcentaje conocidos míos también. Vamos a ver cómo lo manejo.*

*Fennano*

*La pizza no me cayó del todo bien. Desde la noche que estuvimos con Gabriel y Mariano en el Bar de diagonal 74 y 18, tomando Campari a mansalva, que no me termino de componer. ¡Qué animales! Ayer mismo estuve en el bar, y el loco de la barra me dijo “Che, si me prometen que todos los jueves van a tomar lo mismo, cambio el turno para verlos, nada más.” “¿Tomamos mucho, te parece?” “¿Mucho? Mirá, acá Campari no pide nadie, viste. Primero, se tomaron la botella de acá, así que traje la de la barra de atrás. Se tomaron la de la barra de atrás, así que fui a traer la de la barra de arriba. ¡Se tomaron ésa también! ¡No tenía más! Por eso les invité la botella de champaña! ¡Para que no se les ocurra pedir más!” Y bueno, fue por esa botella de champaña, o sea, por la mezcla, que me di vuelta. Gabriel se ríe, dice que después de casi un litro y medio de Campari (porque Mariano tomó fernet), le eché las culpas a la champaña, pero fue así. En serio.*

## Veinte

### *Monte Hermoso*

-Estamos llegando a Monte Hermoso –anuncia Piero, entre chupada y chupada al mate. –Esa luz que se ve ahí es la del famoso faro.

-Ni tanto. ¿Alguno de ustedes ha oído del famoso faro? –Pregunta Gabriel.

-Bueno, es un faro impresionante, famoso o no. Podríamos darnos una vuelta, por ahí.

-Nunca estuve en un faro de noche.

-A esta hora no nos van a dejar entrar, igual.

-La cosa es entrar sin autorización, entonces.

-¿Sos loco? Hay una especie de minibase naval, ahí.

-Cierto, déjense de joder con cosas raras –argumento yo, que a medida que nos aproximamos a Bahía Blanca siento más aprensión respecto de las instituciones armadas del Estado.

-Eh, Cratilo –me dice el Luichi, que de verdura y alcohol ya está en esa posición anímica en la que el delirio más riesgoso sugiere fantásticos deleites, -vamos a subir a ese faro, dejate de joder.

-Suban, si quieren.

-Dale, dale, subamos –dice Fennano.

-No sé, por ahí terminamos todos en cana –sugiere Gabriel.

-Y bueno –continúa el Luichi, llevando agua para su molino, -tené en cuenta que con cana o sin cana, por ahí sacás material para un cuento. Es un buen punto

de partida, ¿o no? Has escrito partiendo de cada bolidéz...

-Puede ser, pero me parece demasiado riesgoso. Más si hay cana cerca.

Los frenos de aire comprimido anuncian que Piero detiene su máquina.

-Bueno, hagamos una cosa. Nos acercamos por la playa, oteamos bien para ver para qué da, y en todo caso, nos mandamos.

Caminamos por la nocturna ribera, la luna creciente casi llena nos baña con su luz narcopuntillista, con el rielado gaseoso y leve de su destello. El Luichi, como difícilmente puede permanecer callado, recita *El cuervo*, y Gabriel lo recomienda diciéndole que no meta ideología. Entonces el Luichi vocifera, declama y actúa el drama poético, rematándolo en carcajadas que van mermando hacia los clásicos Jejejejes. Tanta bulla conspira contra nuestra subrepticia consigna, pero el Luichi es así.

Vamos llegando a la torre luminosa y observamos la pequeña edificación que al parecer sirve de administración y seguridad del faro. Todo es quietud y soledad, tal vez no haya nadie por allí, cosa por demás probable teniendo en cuenta la idiosincrasia argentina. Seguramente algún fulano encendió la lámpara y se fue a su casa a ver el partido del sábado. Saltamos una tranquera, ahora sí, con prudente sigilo, y nos llegamos hasta una puerta de metal. Solo un grueso pasador con candado nos separa del objetivo. El obstáculo es inmediatamente salvado por un palanqueo

formidable que ejecuta Piero con un suncho traído al efecto. Luego del ¡Clack! respectivo a dicha ruptura, permanecemos unos momentos conteniendo la respiración, aguzando al máximo los oídos para registrar cualquier eventual movimiento provocado por cualquier eventual guardián alertado a partir del ruido del candado al saltar. Pero no, nada. Procedemos a abrir la puerta, que suelta un quejido metálico con resonancias macabras que muy bien se incardina en la atmósfera de suspenso propia de la situación. Ingresamos entonces a un ambiente oscuro. Gabriel enciende su criquet y pregunta si hay más. En total hay tres, así que recomienda ir encendiéndolos por turnos de unos cuantos segundos. Ante nosotros, una escalera de caracol, acerca de la cual Pierín informa que tiene algo así como 360 escalones. ¡Nada menos! En ocasiones como ésta uno es capaz de recordar cada uno de los millones de cigarrillos que ha fumado en su perra vida.

Iniciamos una ascensión interminable, agravada en su extrema longitud por la torpeza propia de la escasa cuando no nula iluminación. A instancias mías a veces, de Gabriel otras, y de Fennano otras, nos detenemos unos segundos cada tanto para recuperar el aliento. Finalmente llegamos a otra puerta, ésta sin traba alguna. Contenemos el aliento otra vez al abrirla, pero la lógica indica que un candado colocado del lado exterior no favorece la presencia de alguien aquí dentro, a no ser que consienta en permanecer encerrado. Finalmente ingresamos a la sala en la cual el reflector es centro neurálgico de emanaciones lu-

mínicas informativas y circulares. Allí ya no hacen falta los encendedores. La altura, el panorama y el destello cercano inmerso en la gran oscuridad circundante me sumerge en un vértigo que supongo es compartido por los demás, y agravado aún por la ascensión espiralada previa.

-¿Valía la pena correr el riesgo o no? –Pregunta Pierín.

-Después que termine te cuento –responde Gabriel.

-Esto es alucinante –dice el Luichi, bien abiertos los ojos y embelesado por el espectáculo. Las imágenes visuales del interior de la cabina -o como carajo sea que ese ambiente se llame-, cobran una intensidad cíclica: día y noche figurados, con una velocidad de rotación ardua y desestabilizante en términos de equilibrio psicosomático, propensa a generar nauseativos mareos. Miro hacia el mar, buscando puntos fijos que anclen el carrusel perceptual.

*Gabriel*

*Imposible dejar de lado influencias clásicas en cualquier metáfora que tenga que ver con la luz que guía a los intrépidos que se aventuran a la oscuridad de las oscuridades, desafiando a los elementos suspendidos en la línea de flotación entre la negrura abismal y las tinieblas cenitales. El iluminismo ha sido tributario histórico de la razón, cuando no de esa forma de razón subsidiaria y exenta de crítica por gracia divina que es la fe. Tal vez no sería ocioso plantear una suerte de neoiluminismo, sometiendo la*

*idea arquetípica de las iluminancias a fundamentos, orígenes y fuentes más totalizadoras de la experiencia humana, en una adecuación más que necesaria en términos epistemológicos, y ejerciendo no obstante la pertinente mantención de características románticas tradicionales.*

*Así el escritor, enhiesto en bravía postura sobre el risco liminar entre la segura tierra del sentido común y el albur de lo profundo, envía semánticas portables solamente para los temerarios navegantes, los que de un momento a otro podrían encallar y hundirse a causa del elemento que sustenta a los no iniciados y condenados por su temple pusilánime a pedestres experiencias. ¿Qué saben ellos del bamboleo de los sentidos aletargados en el arrullo de las olas del propósito? ¿Qué saben ellos de atravesar las a veces insuperables borrascas del concepto, y atracar luego, plenos de intelección emocional y masiva? Pueden vestirse de sedas, de estrellas, de planetas o elementos, que nada serán si no llegan a huir de las palabras de la mano de ellas, si no ejecutan la ronda iluminaria circular desplegando sus rayos de trascendental epifanía cósmica. Contraveneno de su misma cepa aletargada por narcóticas presunciones, revulsivos caníbales cuya sombra es la que absorbe toda pleitesía sin un orden mayor que el galante claqué de su servil reptación.*

*El Luichi*

*Antes la única luz asequible provenía del fuego. La prometeica traición a lo alto resultó ser finalmente un flaco favor, a tenor de las armas de destrucción masiva diseñadas posteriormente en base a la sofisticación de la energía incita en el elemento de la discordia. Tal vez en el Olimpo sabían del derrotero que iba a seguir tal infidencia y por ello trataron de evitarla. Prometeo y Einstein parecen compartir un mismo karma, que es el de no haber previsto las calamidades que puede ocasionar el otorgar poder a quienes no están en condiciones de manejarlo. Marte, el fuego y la guerra, astrológicamente predispuestos a conflagrar, arrojando los detritus espirituales hacia los azufrosos afluentes del Río Éstige. Energía combustible para ayudar a los hombres a sortear la peligrosidad de su elemento contrario, fuego que se enciende según medida y se apaga según medida, para preservar a los hombres de su inmersión en las ilimitadas mareas, símbolo de la no forma, del caos en el cual debe sumergirse todo aspirante a bautismales acendramientos. Estas cholas parvularias quieren literatura, jejejeje. Por el campeonato mundial presocrático, en la categoría elemento primordial junior, a doce rounds se enfrentan: en el rincón azul, con una capacidad de ochenta y cinco metros cúbicos, de Miletoooo: ¡El gran Thaaales!*

En el rincón rojo, su adversario y aspirante a la corona, con una presión de quinientas libras, de Éeeeeefeso, ¡Heraaaaáclito, el Oscuro! Es árbitro de la pelea, el señor Hippias, de Elis, bueno pa'lo que guste man-

dar; y son jurados los señores Tomás de Aquino, Nietzsche y Timothy O'Leary. *Jejejeje*.

-Loco –dice de pronto Piero, -¿me parece a mí o a la luna le está pasando algo raro?

-¡Mirá! ¡Cierto que hoy hay eclipse! –Anuncia Fennano.

-¿Eclipse? –Pregunto, desinformado como de costumbre.

-Sí, eclipse. Miráaaaaa...

-Qué loco –comenta Gabriel, -venir a ver el eclipse desde un faro, ¿no, Cratilo?

-Sí, no deja de ser original.

-Muy original. Todo esto tiene que ver con la luz, ¿no? El faro, el eclipse...

-Sí, ¿y? –Pregunta Fennano.

-Nada, que éste –dice por mí- viene de un tenaz entrenamiento en percepciones auditivas, y estuvo durante unos años siendo instruido acerca del probable detrimento que opera en la posibilidad de intelección cósmica a partir de la supremacía de lo visual en el ser humano. Ahora, de pronto, toda esta parafernalia lumínica, esta superferolítica profusión de estímulos visuales, parece haber sido dispuesta quién sabe por quién o cómo para emparejar, a partir de su contrapuesto extremo pendular, el desestabilizado aparato perceptual de nuestro joven amigo.

-Suena muy rebuscado, Cebrián –observa el Luichi, mientras despunta un nuevo porro que seguramente tenderá a agudizar y hacer más gozosas las impresiones ya de por sí intensamente placenteras.

-¿Vas a fumar acá? –Le pregunta Gabriel.

-Sí, qué hay. Si nos agarran acá, habiendo violado la puerta y todo eso, vamos en cana igual, así que, infracción más, infracción menos...

-Tiene razón el mosquito –acuerda Piero, mirando de reojo y colocándose en posición expectante.

Los astros, en sus elipses, continúan su colosal espectáculo de sombras chinescas, tal vez escueto en términos de plástica pero extravagantes en su magnitud. El fin del eclipse marca el fin de nuestra aventura en el faro. Mientras bajamos con dificultad, nuevamente a la magra luz de los encendedores, Gabriel choca con Piero y dice *Ay, boludo, ¿qué llevás, ahí?* Y éste le responde *Una caja de herramientas. Estaba allá arriba. No la iba a dejar, ¿no?*

Continuamos el descenso en silencio. Y yo que me quejaba por los trece escalones...

## Veintiuno

Llegamos por fin a Bahía Blanca. El resquemor que me produce esta ciudad me lleva a una disquisición acerca de si su carácter es sobreviviente al avatar que sufrí años atrás o, en su defecto, es la atmósfera de mierda represiva que impregna ya de por sí la ciudad la que lo causa. Es probable que debido a análisis como éste el fulano Gabriel alguna vez sea declarado persona no grata en estos pagos, pero ése

ya es problema de él. Dejamos el camión en una calle semicéntrica y luego caminamos unas cuantas cuadras por el centro, por la O'Higgins. Paramos en un bar, elegido por Pierín, que es quien mejor conoce la ciudad. Cuando llega el mozo, Gabriel pide tres cervezas de litro y una botella de whisky escocés.

-¿A quién le robaste, Cebrián? -Le pregunta Piero.

-Voy todos los días a una mierda de trabajo. Muy malo sería si de vez en cuando no puedo darme el gusto de invitar un trago a los amigos. Aparte, es inversión.

-Sí, eso es cierto. La mejor manera de invertir la guita es ésta, dándole el gusto al cuerpo.

-No me vas a venir ahora con eso de que *qué te llevás, después*, y todo ese verso materialista.

Pierín lo observa unos instantes y como que no lo registra. Luego cambia de tema, o quizá agarre una línea de producción, o sea:

-Bueno, si se bancan dormir en los asientos, en el mionca podemos dormir tres. Los otros dos, deberán ir a un hotel.

-Bueno -dice Gabriel, -Cratilo y yo vamos al hotel. Si ustedes quieren, van al camión. Si no...

-¿Si no qué? -Inquiere Fennano.

-Si no se joden y se van a un banco de la Plaza San Martín.

-Ah, qué gauchito...

-Hay que optimizar los recursos. Todo no se puede.

-Che, Cratilo -me dice Luiggi, -tené cuidado, me parece que el kía éste te quiere empernar.

-No te conocía esas mañas -le dice Piero a Gabriel.

-Si se van a poner en pelotudos... si dispongo así, es porque tengo razones y un propósito, que nada tiene que ver con esas chabacanerías que se les ocurre a sus podridas mentes.

-Ah, ¿sí? –Dice, -Yo también tengo mis razones para haber venido hasta acá, y ya se sorprenderán al ver cuáles son -y se incorpora justo cuando el mozo trae el pedido, dando un golpe a la bandeja y provocando la estrepitosa caída de una de las botellas de cerveza. Todos los grandotes son torpes, y ésto es, a mi criterio, un juicio analítico. Luego de tan sacrílego despilfarro, va hasta la barra y pide el teléfono. Al cabo de un breve diálogo, regresa.

-Ya está –informa, haciéndose el enigmático.

-¿Ya está qué? –Le pregunta Gabriel.

-Ya está, ya viene para acá un amigo mío que tiene una cierta información.

-¿Una cierta información acerca de qué?

-Esperá, esperá, ya vas a ver.

-Bueno, espero que sea una fija para las carreras –dice Fennano.

-O tal vez un manuscrito perdido de Macedonio Fernández –dice Gabriel.

-O la palabra final respecto de la existencia real o no de los Universales –digo por decir, y ya que cada uno proyecta el deseo acuñado por su tara personal más evidente.

-O adónde se juntan las chicas estudiantes de Humanidades que seguramente estarán deseosas de tomar clases con un profe canchero y dispuesto como yo.

-¿Por qué no se dejan de hablar pelotudeces? Es un amigo mío, es un tipo muy preparado. Que tiene información muy interesante, sobre temas de interés público. Sobre todo interesantes para vos, Cebrián, que andás siempre a la pesca de giladas para deformar como escritura. Pero bueno, en todo caso, no se hagan los boludos, eh.

-Está bien, está bien –respondemos casi a coro, palabra más, palabra menos.

-¿Y de qué se supone que habla, este muchacho?

-Tené paciencia. Ya viene para acá.

Bebemos durante un rato en silencio. La cerveza, catalizada por el whisky, nos lleva a recurrentes viajes al baño, así que el sistema de interlocución de cinco terminales ingresa en segmentos aleatorios, fortuitos según el ritmo de la ingesta y el proceso de la vejiga propios de cada uno. Cuando vuelvo de uno de mis cíclicos desagotes, hallo que los grandotes están hablando otra vez de bandas de rock, en este caso de *Collective Soul*. Mientras lleno mi chopp, comento que el tema *Shine* me encanta, y Fennano explota en un canto del estribillo por demás estentóreo, o sea, como habla siempre pero más aún: *oh oh oh.... heaven let your light shine down*, y después gesticula el riff del guitarrista, a la voz de *¡Chara rara rara rara rara rara rán!* *¡Chara rara rara rara rara rara rán!*, mientras sacude la cabeza, y luego repite *oh oh oh.... heaven let your light shine down*. No sé si lo canta bien, pasa que el tema es tan bueno que el mero recuerdo, aún a pesar de la oprobiosa reproducción, me emociona estéticamente. De todos modos,

de la interpretación no digo nada porque he observado que es muy quisquilloso para con las eventuales críticas, por más *ánimus jocandi* que pudieren comportar. Y aparte, es grandote.

-Collective soul, qué idea más sugestiva –comenta Gabriel.

-Escabrosa en posibilidades, ¿no? –observo.

-Tenés el gen. Cazaste el palo al toque.

-Alma colectiva, quiere decir –asevera Pierín, en un alarde de capacidad traductiva<sup>5</sup>.

-Eso mismo.

-La idea es parecida a la del Gran Vehículo, de los hindúes, ¿no? –insinúa el Luichi. Me parece una visión metafórica no proclive a un análisis grupal sentado en coherentes basamentos, por lo que sugiero:

-Primero tendríamos que acotar a un significado común para todos la palabra “alma”, ¿no creen?

-Sigamos las reglas del buen expositor, de las cuales Cratilo es respetador celoso –ironiza el Luichi, medio fastidioso por mi invocación de pautas más concretas, prurito tanto más justificado cuanto difuso es el concepto a someter a juicio. Hago, pues, caso omiso y trato de entrar mínimamente en un análisis propedéutico:

-Las acepciones primitivas de los vocablos más o menos equivalentes a lo que hoy llamamos alma, en su inmensa mayoría, designaban a un hálito, esto es, una especie de aliento, el que incluso a veces aparecía con características ígneas. Me cuesta un poco ha-

---

<sup>5</sup> Ídem nota 3, pág. 123.

blar de estos temas con el profesor Luichi acá presente, pero el sabrá disculpar mis dislates.

-Disculpo, disculpo, jejejejejeje.

-Ya los atomistas se refirieron al alma considerándola conformada por átomos tan minúsculos y móviles como los que conforman la materia que constituye el fuego. Después viene todo el platonismo, en el que, a través de las etapas del pensamiento del propio Platón -que ha este respecto dijo y se desdijo, ¿no?-, se sincretizan varias ideas previas y contemporáneas, venidas de Escitia, del Asia Menor, o de chamanismos varios, etcétera, que lo llevaron a un mix entre las doctrinas primitivas y otras más clásicas que hablan de sombras dolientes como las que se figuraba Homero, o de origen divino, o del cuerpo como tumba del alma, el que deberá purificarse para liberarla, o variantes sofisticadas del doble primitivo. Acá llega la primer trapisonda ética: el alma que se recuesta en lo sensible, naufraga en lo sensible; en cambio, el alma inclinada a lo inteligible se purifica. Afinada en las lucubraciones plotinianas, que va más allá aún en este sentido y en la insinuación clara de las orientales influencias que bien señaló hace un momento el Luichi: cuando el alma se vincula a lo sensible, se fragmenta; en cambio, cuando se orienta a lo inteligible, se unifica.

-Éste Cratilo es un fenómeno —comenta Piero. —No entiendo un carajo de lo que dice, pero suena bárbaro.

-¿Te animás a hacer un racconto histórico para después sacar conclusiones? -Me pregunta el Luichi.

-Es lo que intentaba.

-Sé lo más suscinto que puedas –me indica Gabriel, que seguramente está preocupado por el ritmo de la presunta historia en la que afirma habernos involucrado.

-Más vale –le respondo medio airado, –para otra cosa no me da. Entonces... lo que ya se insinuaba en Platón y el Neoplatonismo, se expresa claramente en Aristóteles, y tal vez una disquisición de éste último exprese el quid de la cuestión que nos llevó a estas consideraciones, ya que, con variantes a veces interesantes, a veces bizantinas, la tradición posterior no ha hecho más que refritar la breve reseña que hicimos.

-¿Hicimos quiénes? –Me pregunta Gabriel, guiñándome un ojo, y el Luichi lo llama al orden invocando la abstención de comentarios fuera de contexto, a los que –agrega-, su amigo suele ser tan afecto, en aras de una mejor aprehensión de mi discurso. Retomo entonces:

-Decía que Aristóteles distinguió el alma como principio general de todo ser “animado”, y el alma como principio individual inherente a cada hombre.

-Sería algo así como “collective soul” y “personal soul”-arriesga Fennano.

-Algo así, ¿no?

-¡Oh oh oh.... heaven let your light shine down! -¡Oh oh oh.... heaven let your light shine down! ¡Chara rara rara rara rara rán! ¡Chara rara rara rara rara rara rán!

## Veintidós

-Cratilo, Cratilo Cratilo Cratilo, je je je je jé, convengamos que dejaste afuera gran parte de la tradición.

-Convengamos que casi toda.

-Sí, los santos filósofos, Descartes, Malebranche, Leibniz, etcétera, etcétera, etcétera; pero no importa, como bien dijiste, tal vez sean circunloquios centripetos...

-¿LO QUÉ? –Interrumpe Piero, provocando gran hilaridad, reforzada por su expresión de atontado estupor.

-Que dijo Cratilo, con buena razón desde mi punto de vista, que la discusión posterior consistió solamente en intentos de sistematizar aquellas primeras intuiciones, las que más allá de su rústica formulación parecieron agotar el campo ontológico en un fenómeno que quizá siquiera tenga sustrato óntico alguno.

-¡Ah, bueno! –Exclama Piero, más desconcertado aún con el intento de explicación, y añade: -Loco, cómo la complican... ¿saben, en serio, de qué están hablando, o se hacen los difíciles?

-Che, más respeto –le requiere Gabriel, -después exígis pleitesía para el coso ése que invitaste. Dejá hablar.

-El mosquito es un amigo. Dale, seguí nomás.

-Me perdí... bueno, la cosa es que mientras la cuestión iba adquiriendo ese tinte abarrocado que la necesidad de precisar lo esencialmente impreciso trajo

como fatal consecuencia, la cuestión del alma fue vinculándose en mayor o menor medida con otros conceptos, tales como psique, conciencia, espíritu; y la mayor identificación con uno u otro de éstos determinó con bastante nitidez la adscripción a las distintas vertientes ideológicas. Pero el tema apareció cuando empezamos a hablar de *Collective Soul*, y esto lo digo sin ánimo de que Fennano se ponga a tocar el riff de nuevo, ¿verdad? Okay, entonces sería bueno abordar el capítulo que la tradición filosófica ha dado en llamar “el alma del mundo”, tomando en consideración al universo como un organismo. La vieja búsqueda de la unidad. Por eso hablaba antes de influencias brahmánicas.

-Claro, claro.

-De la mayor o menor identificación de este alma con el mundo fenoménico, y sobre todo con el llamado *primer principio*, depende el grado de propensión al panteísmo, según creo.

-Bueno, a la final –pregunta Pierín, ya fulo de ininteligibilidad, -qué carajo es, el alma?

-A ciencia cierta, nadie lo sabe.

-Entonces dejémonos de hablar boludeces.

*(Breve discusión por chat con uno de los personajes, en este caso Fennano, al comando de su propia psique:)*

*(Fennano) Mis bisnietos van a decir: ¡mirá lo bruto que era el abuelo!*

*(Gabriel) No, van a decir: "el abuelo era un rockero". Aunque como dijo Groucho: "¿Qué ha hecho la posteridad por mí?"*

*(Fennano) Eso es verdad*

*(Fennano) No en cuanto a él*

*(Fennano) Sino en cuanto a ti*

*(Gabriel) -¡Oh oh oh.... heaven let your light shine down! -¡Oh oh oh.... heaven let your light shine down! ¡Chara rara rara rara rara rara rán! ¡Chara rara rara rara rara rara rán!*

*(Gabriel) ¡Ése sos vos!*

*(Gabriel) Jajajajajajajaja*

*(Fennano) Jaajajajaja*

*(Fennano) Hijo de puta!!!!*

*(Fennano) Parezco Bart Simpson*

*(Gabriel) Sííííí*

*(Gabriel) Pero vos, hacés esas cosas...*

*(Fennano) Por lo menos aclará que ese comentario lo cursé luego de dos botellas de Campari.*

*(Fennano) O medio kilo de marihuana*

*(Gabriel) Epa*

*(Gabriel) Todo un tema*

*(Gabriel) Está escrito, lo del karma verde*

*(Fennano) ¿Qué cosas hago yo?*

*(Gabriel) No mucho*

*(Gabriel) Sos casi un extra*

*(Fennano) Está bien*

*(Fennano) Yo quería ser la estrella principal*

*(Fennano) Sólo me dió para un extra*

*(Gabriel) Naaaaaaa*

*(Fennano) Soretón*

*(Fennano) Recibirás lo mismo*  
*(Gabriel) Seguí que te estoy copiando*  
*(Fennano) ?*  
*(Gabriel) jajajajajaja*  
*(Fennano) Sonría, lo estamos filmando*  
...  
*(Gabriel) Ahora no te inhibas*  
*(Gabriel) ¿Ves? No es culpa mía*  
*(Fennano) ?*  
*(Fennano) Estaba cenando*  
*(Fennano) Estúpido*

Las cervezas, el whisky, el trajín del viaje, todo ello y seguramente algún factor más, hacen que entremos en una languidez somnolienta y que el diálogo recaiga en asuntos menos exigentes a nivel intelectual. Piero habla de su banda, en la que es baterista, y le explica a Fennano que hacen “rock sinfónico”, pava-da de rótulo que me gustaría ver si es apofántico o puede reducirse a una mera expresión de deseo, cosa de lo más común cuando alguien se refiere a sus propios méritos o realizaciones en el campo del arte. El Luichi cuenta historias de viaje, como por ejemplo en Salvador, Bahía, cuando unos niños tomaron su dinero a cambio de *maconha*, lo llevaron hasta la puerta de una casa en el Pelourinho y le dijeron que esperara un momento allí; mas luego de unos quince o veinte minutos, ante la evidencia de haber sido timado, se aventuró a abrir la puerta y la misma daba... ¡a un terreno baldío! Todavía estamos riendo de la anécdota cuando se dirige hasta la mesa un indivi-

duo con aires de misterio, cabello largo negro y barba candado, muy en la onda Charles Manson. Luce una especie de camisola colorinche media hippie que no se condice mucho que digamos con su adusta expresión, y tal vez menos con la intensidad alocada de su mirada. Piero lo saluda con cierta reverencia, le ofrece una silla y luego efectúa las presentaciones de rigor:

-Éste es Cebrián, mi amigo el escritor; éste es Fenano, éste el mosquito, y Cratilo. Muchachos, éste es el amigo que les quería presentar, el señor Doble Hélice.

-¿El señor *Doble Hélice*? Pregunta el Luichi.

-Bueno -responde el sujeto cuyo nombre remite a estructuras genéticas, -*Mosquito* no parece ser un nombre muy formal que digamos, tampoco.

-Me llamo Luis.

-Bueno, yo me llamo Doble y me apellido Hélice.

-Okey, master, entonces celebro la amplitud de criterio del registro civil en el que lo anotaron.

-¿Sos gracioso?

-No, señor de nomenclatura cromosómica y helicoidal. Yo solamente trato de no aburrirme. Y dígame, usted, ¿es camorrista?

-Bueno, bueno -interviene Pierín, a resultas de la espontánea y evidente antipatía manifestada entrambos. -Vamos a tener una charla en paz, ¿quieren? Doble, estoy seguro de que, por razones profesionales, a mi amigo Cebrián le encantará enterarse de esa historia tan interesante que me contaste la otra vez.

-¿Es usted científico? –Le pregunta entonces a Gabriel.

-No, ni mucho menos.

-Te dije que es escritor –recuerda Piero.

-Ah, es cierto. ¿Y sobre qué escribe?

-Acá es donde caería perfecto el viejo chascarrillo de Dalmiro Sáenz –dice el Luichi, -de que escribe sobre una mesa, pero temo que darle voz comportaría una cierta turbulencia difícil de procesar por ambas hélices.

-Definitivamente, sos gracioso.

-Ya le dije, simplemente procuro no aburrirme.

-Bueno, eso es exactamente lo que hago cuando escribo –afirma Gabriel, con la evidente intención de cortar las rispideces recurrentes, -trato de no aburrirme. Sobre qué, no sabría decirle. Tal vez los muchachos, acá, tengan una perspectiva mejor y más objetiva.

-La mayoría de las cosas que escribe son acerca de mí –Dice Pierín, en tono jactancioso. Gabriel sonríe connivente.

-Hay veces, sobre todo últimamente, que se va al caño con el esoterismo –señala el Luichi. Demasiado esotérico para el vulgo, demasiado exotérico para los intelectuales.

-Claro, totalmente de acuerdo –asiente Fennano. –La otra vez lo hablábamos con un amigo; lo que escribe este tipo es demasiado elevado para el lector común, y demasiado chabacano para el lector culto, lo que le deja un *target* casi insignificante, por cierto.

Me veo compelido a argüir en favor del pobre fulano, tal vez un reflejo de solidaridad por compartir con él una cierta identidad estilística<sup>6</sup> que bien podría describirse del modo que acaban de hacerlo los otros, pero conspiran contra ello al menos dos razones: la primera y principal, que no he leído nada de él, y la segunda... no sé, ya me olvidé. Pero él solo vuelve por sus fueros, no sé si tan felizmente, ya que comienza a contar:

-En ocasión de ser presentado por un autor reconocido a otro autor reconocido, el primero dijo al segundo: *Este muchacho tiene cosas de Borges, de Bukowski...* “A la mierda”, pensé entonces, “esto sí que es conciliar, carajo”. Tal vez con esto esté dándoles la razón, pero diré en mi defensa, con toda honestidad, que los reiterados fracasos en cuanto a repercusión pública me hicieron prestar cada vez menos atención al *target* y, análogamente, cada vez más a mi propia voz interior.

-O sea, que la mediocridad salvó tu alma.

-¡No empecemos con el alma de nuevo, porque les rompo el alma! –Advierte Pierín, con el puño en ristre, mientras su amigo, el misterioso señor Doble Hélice, trasega cerveza con real fruición.

---

<sup>6</sup> Eso, dejando de lado la hipótesis epifenoménica de mi condición existencial, eyectada del plano conciente en ejercicio de legítima defensa.

## Veintitrés

-Tal vez –le sugiero a Gabriel, a tenor de lo que acaba de decir, –el hecho de prestar atención a tu voz interior te lleve finalmente a esa repercusión pública que perseguías. La intención, en estas cosas de la literatura, se nota demasiado, por más velada que aparezca.

-Puede ser, pero en todo caso ya no me interesa. Sería como que me dieran a Sharon Stone después de la andropausia, no sé si me explico. Aparte nunca intenté velar nada, mi impronta fue siempre muy *exposure*.

-Mirá, Cebrián... no sé que coño es esa andronosecuántos que decís, ni qué quiere decir “expóyur”, pero yo no hice venir a mi amigo para que escuche la sarta de delirios de ustedes, sino para que nos cuente la inusual historia de su vida.

-Espero que no sea muy esotérica, en orden a la crítica del Luichi que, dicho sea de paso, no es el único que me la ha formulado.

-Es lo que es –se precipita a aclarar el Doble. -Vos sacarás tus propias conclusiones. De todos modos, no me va ni me viene el hecho de que vayas a escribir sobre ella o no, y menos, habiéndome anoticiado de la magra difusión de tu obra.

-No alcanzo a darme cuenta de cuál es el interés que tiene usted por contarnos su historia.

-¿Yo? Ninguno. Vine a pedido de Pierín, y solamente porque me gusta conversar con él. Me hubiera

gustado decir que sus amigos son los míos también, pero luego de conocerlos, no estoy tan seguro.

-Bueno, la sinceridad ante todo. Está muy bien que nos manifieste su disgusto, el que en cierta forma, nos dignifica –dice Gabriel, en tanto el Luichi suelta uno de sus *jejejejejes* y Piero hace un gesto de fastidio.

El misterioso señor Doble Hélice bebe un buen trago de cerveza y se dispara una medida de whisky a lo cow-boy, en un aparatoso preámbulo de lo que tenía yo la ingente sospecha, iba a ser un fiasco irredimible.

*Gabriel*

*Palabras-cascos en la galopera<sup>7</sup> de la búsqueda del sentido. Rienda suelta verbal en un camino que se deshace al andar, mal que le pese al poeta. Búsquedas y pérdidas de lo hallado casi sincrónicas, en esa suerte de telar que teje tapices en perpetua transmutación, banderas alternativas de agua y fuego jamás tributarias de forma alguna, lo que en un sentido último tal vez las vuelva insustanciales y por ende a media carrera entre lo uno y lo múltiple... cabalgo entonces entre remolinos que se licúan hacia el caos primigenio y lenguas ígneas que se elevan en volutas negruzcas, difuminándose en un azur de mag-*

---

<sup>7</sup> Tal vez hubiese debido ajustarme a los cánones idiomáticos y decir “galopada”, pero el criollismo bien merece la transgresión.

*nitudes desintegrantes; tronar de cascos en el basamento elemental mental, cosquilleos de temblores espasmódicos en semántica musculatura, bríos de irrealidades efímeramente consumadas, áspera tendencia de hípicas arremetidas cuyo único fin se induce por agotados resuellos, expelidos en almizcleños hálitos que se condensan en el verdor de gramaticales<sup>8</sup> clorofilas... pero he decidido apearme, pues, hacer la pata ancha aquí y apechugar el trepidante babel de tropelias idiomáticas que llega tan preterido y difuso como eventual y fantasmático el porvenir es y a su modo adviene.*

*“Basta de carreras de gallina degollada”, me dije, voy a poner la cabeza en esto y sopesar cada unidad significativa antes de consignarla, con contrita perseverancia. Pero mi espoleado temperamento y la panda de sacados que me busqué para desentrañar mis cuitas desenfrenan todo remanso de filosofal quietismo. Parece que estoy condenado a una suerte análoga a la de los guitarristas de classic metal, los que deben forzosamente supeditar sus recursos técnicos y su inspiración a digitaciones ejecutadas a escalofriante velocidad. Aunque paralelismos como éste ya los fatigué dos novelas atrás, en Sucedáneos. ¿Adónde estábamos? Ah, sí, Cratilo observaba:*

El misterioso señor Doble Hélice bebe un buen trago de cerveza y se dispara una medida de whisky a lo

---

<sup>8</sup> Cuya insoslayable diacronía es el motivo de este plañidero manifiesto.

cow-boy, en un aparatoso preámbulo de lo que tenía yo la ingente sospecha, iba a ser un fiasco irredimible.

-Ejem... ante todo, quería ponerlos sobre aviso de una circunstancia... hay una diferencia esencial entre ustedes y yo.

Gabriel y el Luichi se cruzan una mirada harto explícita pero se mantienen callados, dado que la solemnidad del disertante estallaría ante la menor sugerencia de acuerdo. El señor Doble presume nuestra contraria idea previa, y supone que su juicio debe descubrirnos lo que en realidad ya sabemos. El tipo está loco, y probablemente nosotros también, pero parece ser cierto, eso que él dijo, aún cuando dio por descontadas las interpretaciones ajenas. Nuestra pantalla de atención se torna casi perceptible, y está atiborrada de sorna, mas parece que míster duplo está por demás concentrado en sus histriónicas revelaciones de una alteridad personal *medular*, tal vez tanto en sentido figurado como histológico. Un nuevo *ejem...* me clarifica que su función –la del *ejem...*, por supuesto,– es la de poner en orden el discurso, tanteando la vía de traslado de lo que será, seguramente, un craso despropósito. *Here comes the muddle.*

-Para ser sintético, les diré que mi historia guarda una gran similitud con la de *Kaspar Hauser*. La conocen, ¿verdad?

-Es un tipo –explica Piero, que seguramente ha oído la historia a través del Doble pero aprovecha para

hacerse el sabihondo, -que estuvo toda la vida encerrado en un sótano, hasta que el que lo mantenía cautivo y lo cuidaba no apareció más, y él tuvo que enfrentarse por primera vez, solo y casi sin saber hablar, al mundo exterior.

-Sí, yo vi la película de Herzog –dice Fennano.<sup>9</sup>

-Adelante –le indica Gabriel, dando por sentado que tanto el Luichi como yo conocemos la historia.

-Como él, o como el *Chance Gardiner* de Jerzy Koszinsky.

-Oiga, don Hélice –dice el Luichi, -¿por qué no deja la bibliografía para el final?

El señor Doble Hélice le dirige una mirada furibunda, y luego prosigue con su relato autobiográfico:

-He permanecido encerrado durante más de cuarenta años, al cuidado de un ser humano excepcional. Un ser humano brillante, y a la vez preocupado absolutamente por mi formación y mi evolución personal.

-Habla con mucha admiración, y hasta se diría con ostensible gratitud, para con la persona respecto de la cual admite haber sido prisionero, si nos atenemos a sus dichos de que ha permanecido “encerrado” –le comenta Gabriel.

-Uno puede encerrarse por propia voluntad, ¿o no?

-Sí, pues.

-Entonces no se adelante hasta no conocer los pormenores de tal aislamiento. Si hay que marcar un co-

---

<sup>9</sup> Quien suponga que esta intervención obedece a las presiones ejercidas por el personaje siete u ocho páginas atrás, pues bien, tiene razón.

mienzo para esta historia, tal vez tendríamos que remontarnos a la caída del Tercer Reich, pero ésta es historia conocida. Si bien en la historia conocida, ustedes saben, como en toda historia, se inmiscuyen informaciones falsas; algunas accidentalmente, otras sutil y tendenciosamente inducidas. Bueno, pero más allá de eso, lo que por ahí no saben es que siete u ocho submarinos zarparon desde Noruega trayendo a este país, a Paraguay y a Brasil, la crema de la crema de la intelectualidad Nacional Socialista.

-Algo sabía, mas no tenía tantas precisiones –dice Gabriel, quien a la sazón parece haber devenido en el interlocutor principal de *Herr Hélice*.

-La cuestión que así fue.

-O sea –me adelanto- que su mentor, y probablemente por lo que refiere, también su padre, es uno de esos jerarcas nazis.

-¡Cuando no es uno es otro! ¿Quieren dejar de anticiparse? Son demasiado ansiosos, ¿es que consumen coca?

-No sería mala idea –subraya el Luichi.

-Está bien que lo haya llamado mi mentor –continúa-, y tal vez en cierto modo muy laxo pueda también considerarlo como mi padre, pero en realidad, él me creó. Para ser más específico, él me clonó.

-¿Estamos hablando de tipos como Menguele? –Pregunta Gabriel.

-No estamos hablando de tipos como Menguele, estamos hablando precisamente de él, del propio Joseph Menguele.

-Pero decían que Menguele continuó sus experimentos en el Brasil...

-Iba muy seguido por allá. También allí desarrollaba sus proyectos científicos.

-Ésto me supera –anuncia el Luichi. –Gabriel, dejate de joder... no estarás pensando escribir esto, ¿no? Veo repetirse patéticamente todos los clichés de tus relatos anteriores, o sea: una mesa de bar, varios borrachos hablando giladas y un aparecido que viene y tira fruta. Así no vamos a ningún lado...

-Che, Mosquito, más respeto por mi amigo.

-Claro, más respeto por tu amigo el clown. ¿Y él no nos respeta a nosotros? ¿Él acaso no ofende nuestra inteligencia con patrañas indigeribles incluso para un orate? Éste tipo debería contar esa historia en los programas amarillistas de la TV, no a nosotros.

-El que está ofendiendo su inteligencia sos vos, mosquito Luis, acusándome injustamente de mendaz. ¿Qué es lo tan increíble?

-Qué sé yo –dice Fennano. –Yo tengo un amigo que dice que estuvo con Menguele una vez, en Berisso, en una fiesta de la cerveza de la colectividad alemana.

-Bien puede ser cierto, créanme. Aparte, ¿qué interés puedo tener en mentirles?

-¿Y cuál es el interés que tiene en contárnoslo? –Inquiere Gabriel.

-Ves –acota el Luichi, -tratá de evitar estos diálogos recurrentes, te dije.

-Es que se trata de una instancia dialéctica ineludible, en estos casos, qué carajo querés que le haga...

-Si me permiten, les diré cuál es mi motivación, tal lo requerido. Mi motivación es la soledad. Sin padres, hermanos o familia, criado en la dura exigencia operada por un científico genial, extinto desde hace unos años, conocí a Pierín y le tomé verdadero afecto. Fuera del trato ocasional con los proveedores de alimentos y enseres de primera necesidad, gente limitada y sin horizontes mentales o espirituales, la primer persona a la que confié mi secreto fue a él. Y ante su insistencia, accedí a conocer a su amigo Gabriel, y aquí estoy, abriéndome ante un puñado de desconocidos, depositando mi confianza en el entrañable amigo que es Pierín, cuya entereza y hombría de bien es para mi el reaseguro de que esta historia va a permanecer oculta, o al menos, lo hará la identidad de sus participantes.

-O sea que su nombre no es “Doble Hélice”, entonces.

-Es mi verdadero nombre. Claro que tengo un documento de identidad que dice otra cosa, pero eso es parte de la mascarada en la cual me he visto condenado a existir. Tengo muy pocas posibilidades de hacerme llamar por el nombre con el que me acostumbré a asociar mi esencia, y dado que iba a decírselos de todos modos, preferí presentarme directamente con él. Claro está que no voy a decirles el otro, el de los registros oficiales.

-Hacés muy bien, tratándose de éste —dice Piero, señalando a Gabriel con un cabeceo.

-Espero que no sea un clon de Hitler —digo, haciendo causa común con Gabriel, autosindicado gestor de

esta historia que parece ser el marco de mi efímera y eventual existencia, -eso fue parte ya de una novela que dio lugar a una famosa película con Sir Lawrence Oliver.

-Precisamente, sí, “Los niños del Brasil”.

-Al margen de las estupideces propias de la tensión dramática y de la moralina implícita, esa historia tiene gran parte de verdad –dice el Doble. –Es decir, a muy grandes rasgos, es ajustada a lo que verdaderamente ocurrió.

-Bueno -interviene el Luichi,- a más de las recurrencias argumentales, parece que nos la vamos a pasar glosando libros y películas. Disculpame, Gabriel, pero con tantos retazos vas a terminar construyendo un Frankenstein, con los contenidos monstruosos, anacrónicos y faltos de originalidad que se desprenden de tal Byroniana analogía, jejejejejeje.

## **Veinticuatro**

*Gabriel*

*Mea culpa respecto de las rutinas recurrentes señaladas tan ásperamente por el Luichi y que campean a lo largo de la obra de este humilde cuentamusa:*

- I. *El personaje sentado bebiendo con un amigo que intenta disuadirlo de continuar con una tortuosa relación de pareja.*

- II. *El personaje-autor sentado bebiendo con un sacerdote, apóstata a resultas de la lectura de una vieja colección de poemas místicos de factura del primero y de su socio habitual en estos menesteres, el poeta Eduardo Zapiola (h).*
- III. *El autor-personaje sentado bebiendo con su alter ego femenino.*
- IV. *El personaje sentado bebiendo con el autor y anoticiándose por intermedio de éste de elementos atinentes al derrotero de la historia.*
- V. *El personaje sentado bebiendo con el pontífice de una rara secta denominada “Centro de Investigaciones en Fonontología”.*
- VI. *El personaje sentado bebiendo solo, y filosofando.*
- VII. *El autor sentado bebiendo solo y garrapateando prólogos.*
- VIII. *El autor-personaje sentado bebiendo champaña con Madame Blavatsky.*
- IX. *El personaje sentado bebiendo y escribiendo, generando de ese modo personajes de tercer orden.*
- X. *El autor sentado bebiendo con un científico americano que ha descubierto una extraña droga que despierta conocimientos karmáticos totales, la que dicho sea de paso le vendría ahora muy bien para hallar un enclave existencial entre tantos disloques funcionales.*

*Y la lista sigue, mas si continúo con la enumeración de abundosas escenas similares me veré obligado a violentar la pauta decalogal, cuando el extremo ya ha sido debidamente fundado.*

*(P.S.: Intentaré desviar un poco de alcoholes hacia los personajes de Jack London, que buena falta parece que les hace.)*

*El Luichi*

*Está piola eso de pegarse un viajecito, tomarse unos drinks de arriba, y todo eso, pero aparecen tíos como éste y a la mierda con la buena predisposición mental. El tipo está loco, lo único cierto de lo que cuenta es la soledad, que evidentemente lo desespera al punto de hacerle lucubrar semejante historia, no por ordinaria menos desopilante. Yo, también, tengo un carácter podrido; tal vez no debí reaccionar tan airadamente, pero hay que ver, che, los delirios que hay que ir bancando y poniendo cara de pelotudo. Está bien, voy a beber tranquilo y a quedarme callado, o a lo sumo reír un poco. Esto no da para más.*

*Yo*

*Dimes y diretes, clones mentales y desoxirribonucleicos, y el fantasma de Nietzsche sobrevolando y provocando aún argumentos encontrados acerca de su responsabilidad ideológica o no en los abusos del*

*fascismo germano. Enfáticamente los intelectuales continúan un juicio evidentemente menos sumario que el de Nüremberg; y el pobre sifilítico, que ya fue exhibido devastado por la enfermedad, sentado como un muñeco viviente en su propio museo, aún permanece sentado en el banquillo de los acusados, imputado de haber pensado quimeras que luego fueron exacerbadas por una banda de asesinos dementes, los que inevitablemente tiñeron de aberraciones criminales todo discurso pasible de manipulación masiva. Qué quieren que les diga, para mí es como condenar al que fabricó el cuchillo sin saber que su comprador iba a usarlo en un hecho de sangre, pero qué sé yo... puesto en situación, y con todos los flagelos encima, quién sabe para dónde habría disparado el pobre Federico, quien a pesar de todas sus bravuconadas superhumanas, era solo un hombre, no obstante el gesto hiperbóreo y los autoritarios bigotazos.*

*Filosofías sañudas, intemperancias fundadas en tradiciones gnoseometodológicas manipuladas en orden al grado de furor imperante, marea mental que de pronto se absolutiza en la intención dominante, los voluntariosos bueyes de Schopenhauer sujetos al arado en comando del desencajado aforista, y la coa de ambos destripando terrones de clásicos humus griegos y judeocristianos. Al menos desde el tesoro de los Nibelungos hasta el petróleo iraquí es notable esa pasión desmesurada por poderes y subsecuentes riquezas que los hagan ostensibles, la vida y muerte de los simples al servicio de la grotesca iniquidad de*

*los poderosos, acuñando un sistema cultural cuyo flagelo se ha acrecentado incluso hasta estos días, y tal vez con mayor virulencia, de la mano de la evolución tecnológica. Vemos soldados de cerebro pulcramente lavado a través de slogans patrióticos tan falsos como lo es la representación del oro en papel pintado, cuando no chantajeados en base a promesas de pertenencia al opulento imperio que los empuja al exterminio. Soldados que luego, y frente al horror que les fue ocultado hasta el último momento (siendo que el último en estos casos suele ser, literalmente, el último), advierten la manipulación y se deshacen en arrepentimientos y conciencia súbita, cuando no en el fuego del enemigo. Banderas negras de luto y petróleo, banderas blancas estigmatizadas por eritrocitos estupefactos ante su extracción violenta, coches bomba, aviones bomba, humanos bomba, correos carbuncosos, presuntos héroes hiriéndose a sí mismos para salir del aterrador atolladero, mandatarios evaluando de modo tardío las que se “mandaron”, advirtiéndolo que se “mandaron” y que no pueden sacar los pies del plato sin más eritrocitos y tripas eyectados; pero claro, no son los de ellos ni los de los suyos, sino de esa entelequia llamada “pueblo” que no es otra cosa que carne de bomba, sobre todo si la coloratura de su piel sugiere origen étnico tercermundista. En fin, últimas imágenes de una cultura víctima de la entropía incita ya en el origen de sus taras constitutivas. Genealogía del absurdo arborecida en masacres, en ramificación de cánceres transitivos cuyo código de transmi-*

*sión comporta mecanismos catalizadores de imbecilidad, avidez, desasosiego, codicia, inseguridad que se expresa agresivamente y todo el cúmulo de emociones negativas que, a ultranza, redundarán inevitablemente en los mismos males que su necia y cobarde intemperancia trata de sortear. La serpiente que se muerde la cola está lejos de cerrar su círculo de autocomplacencia, ya que difícilmente deje alguna vez de autofagocitarse. Y de demonizar al otro sin advertir la propia basura innata y adquirida. En fin... fuego, agua, o ambos, agentes de la asepsia cósmica, parecen cada vez más cercanos a ejercer su función deterativa, por otra parte tan anunciada a lo largo de la historia. Y toda la inconsecuente parafernalia humana será acotada a la magnitud ínfima de su arrogante ignorancia, tabulando quizá una nueva oportunidad genérica. Y ahora que lo pienso, tal vez tenía razón el pobre loco de Nietzsche, cuando hablaba de la necesidad de precipitar los cambios, coadyuvando a la desaparición de los segmentos débiles del tejido social. El tema es desenmascarar a los poderosos, enfrentarlos a la fragilidad parapetada tras el acero de sus cañones. Los aparentemente débiles no llevan máscaras, pero una fortaleza bien real se esconde en su humildad generosa, templada en la fragua del sacrificio cotidiano.*

*Pierín*

*Tal vez no fue buena idea venir con todos estos vándalos, tal vez lo mejor hubiera sido venir solo con*

*Cebrián, que muchas veces se zafa pero hasta cierto punto. El mosquito éste es un irreverente, es demasiado canchero para el lomito que tiene, seguramente más de una vez lo deben haber cacheteado feo. Está bien, capaz que el tipo éste chamuya, por ahí hasta alucina, pero tiene porte y dignidad, y derecho a decir o contar lo que le venga en gana. ¿Acaso no es eso mismo lo que hace Cebrián, solo que frente a mucha más gente? Y los otros, haciéndose los grandes pensadores y hablando giladas en las que ninguno entiende un comino de lo que dice el otro pero minga que te lo van a reconocer... por lo menos lo que bate el chabón éste lo entendemos todos, y eso solo ya lo hace más divertido; psss.*

-Al final no nos dijo de quién era clon, usted –refiere con real curiosidad Fennano, quien al parecer ha brindado su credibilidad al escueto pero no por ello menos desquiciado reporte.

## **Veinticinco**

-Eso no es lo importante –responde el misterioso señor Doble Hélice. –Y menos interesante aún hallarán tal precisión ni bien les diga que no soy producto de la reproducción asexual de ninguna de las macabras celebridades que suponen. Ni de Hitler, ni de Goebbels, Himmler, Goering, Eichmann, Von Ribbentrop o cualquier otro por el estilo que se les ocurra.

-Ah, ¿no?

-No. Ni tampoco de otro subalterno menos conocido, o directamente anónimo.

-Ya nos dijo de quién no lo es –observa el Luichi, - ahora debería decirnos sin más quién es el ignoto original. Digo, porque si era su intención generar expectativa, está consiguiendo todo lo contrario con esos circunloquios desilusionantes.

-Bueno, viendo que pese a mis esfuerzos no voy a conseguir aplacar sus desbordes de ansiedad, iré al grano aún cuando ése no es mi estilo, y no porque no sea yo una persona práctica, sino porque me consta que determinadas informaciones deben ser transmitidas en forma dosificada, no solamente en procura de una cabal intelección sino como medida precautoria para ambas partes: yo, me prevengo de estar hablando con lenguaraces desavisados capaces de poner en riesgo y aún estropear definitivamente el plan que es objeto de mi creación; y ustedes, de tomar livianamente y hasta despreciar la información más interesante a la que quizás podrán acceder en sus vidas.

-¿Qué le hace pensar eso?

-El privilegio que les estoy otorgando, aún a pesar de su parvularia tendencia a estúpidos ludibrios.

(Fennano y Pierín cruzan sendas y perplejas miradas, ante el inusual léxico del Doble; adivino en su estupor la incertidumbre acerca de si tal forma de expresión puede llegar a ser contagiosa; en cuyo caso Gabriel, el Luichi y yo seremos sindicados indefectiblemente como agentes infecto-contagiosos.)

-Soy la réplica genética de un importante industrial alemán, cuyo nombre no es relevante que conozcan, que recaló aquí en Argentina bastante años antes que la guerra terminara. Fue uno de los principales negociadores con los bancos europeos que intervinieron en todos esos enjuagues que se hicieron con los miles de toneladas de oro de los nazis.

-Esto va tomando color –dice Fennano, visiblemente interesado con el giro de la patraña del presunto clon.

-Sí, color dorado –le responde como fastidiado Gabriel, en lo que tal vez constituya una observación acerca de un probable sesgo codicioso en la personalidad del grandote.

-Ustedes conocen la historia, ¿no? Digo, la historia de bancos suizos, portugueses, etcétera, que hicieron operaciones multimillonarias en barras de oro con el Banco Central, tanto durante la guerra como inmediatamente después de la caída del Tercer Reich a manos de las tropas aliadas... como también de empresas privadas y hasta de particulares, aunque en menor escala.

-Sí, eso ha dado pie a leyendas que aún hoy día agitan los desvelos de los buscadores de tesoros...

-Así es, pero más allá de las fabulaciones, el hecho es que hubo importantes movimientos de capital, asentados en los diversos sistemas contables intervinientes, que hacen imposible otra conjetura que la que acabo de manifestarles. Deben saber ustedes del fabuloso incremento que se observó en la cantidad de barras de oro del Banco Central durante la guerra,

y la vuelta a los niveles históricos luego de ella. Tan ajeno a cánones ortodoxos fueron aquellos movimientos que miles de barras cambiaron de titular sin moverse, o sea: el Banco Central se apropió de barras de oro japonesas –casualmente el aliado asiático del Reich- a cuenta de las que debían haber llegado desde Suiza, o Portugal, no recuerdo bien, en extraña acreditación y fraudulentas operatorias. Por otra parte, es bien sabido que el General Perón no concedió las extradiciones de diversos financistas involucrados en las mismas, requeridas por los Estados Unidos, a cambio de pingües “donaciones” para sus fines políticos...

-Está bien, concedido –dice el Luichi, a la sazón algo cansado de la reseña histórica. –Aún teniendo en cuenta que la excusa oficial para tal acrecentamiento de recursos en nuestras arcas, fue la que fundaba tal evolución en el aprovechamiento de las circunstancias del mercado, alterado en forma harto favorable por el conflicto bélico.

-Resulta tan burdo el argumento que me excusaré de efectuar rebatimiento alguno.

-Está bien, se comprende. Entre la rapaz cultura europea y sus adláteres cipayos vernáculos...

-Por eso.

-Y todo eso, ¿qué tiene que ver con usted? –Le pregunta Fennano.

-Tiene que ver con que tengo en mis manos el pasaporte a varias de esas barras de oro que en algún momento se “extraviaron”.

-Ahora sí que no le creo nada –asevera el Luichi, con expresión de haberle hallado finalmente la pata a la sota. –Si ello fuera así, como usted dice, no vendría aquí y lo contaría a un grupo de desconocidos, porque sí y nada más.

-Estimado joven mosquito, volvés a apresurarte y a prejuizar. ¿Por qué suponés que estoy haciendo ésto “porque sí y nada más”?

-Díganos entonces por qué lo hace.

-¡Es que no me dan tiempo! En parte ya lo hice, cuando les manifesté que la única persona de confianza que he conocido desde que quedé solo, es el amigo aquí presente. Y ahora les agregó que se trata de una empresa que no puedo encarar por las mías, sin ayuda, y ello por varios factores. El primero radica en mi escasa experiencia social y el desconocimiento casi absoluto de los códigos de la calle.

-Por eso no se haga problema, acá lo tenemos a Cratilo, baqueano si los hay en esas lides callejeras –insinúa Gabriel con cierta sorna. Aprovecho esto para desmitificar algunos extremos falsos para la apreciación del pobre loco, quien comienza a caerme simpático, en orden a la certeza que confiere a su alucinatoria situación:

-Mire, don Hélice, yo realmente acabo de conocer a Piero, y también, si no me equivoco, el Luichi. Así que en todo caso lo invito a reflexionar acerca de si debe o no continuar dándonos ese tipo de información, a sabiendas que no somos personas respecto de las cuales él podría dar fe.

-Pese a no pertenecer prácticamente a su género, en virtud de lo experimental de mi origen, tengo mucha confianza en él; o sea, no en todas las personas, claro está, mas me parece que, a pesar de las características desagradables puestas de manifiesto por alguno de ustedes, estoy seguro que son gente íntegra y proba.

-Sería bueno –sugiero - acordar previamente los significados de tales calificativos, ya que no me siento básicamente identificado con ninguno de ambos.

-Oh, ya saben de lo que estoy hablando.

-Es que a Cratilo le gusta pisar sobre seguro, cuando se trata de asuntos coloquiales –aclara con irónica sonrisa el Luichi, y añade: –Tal vez sea karmático, tal vez su alma haya encarnado oportunamente en alguno de los arquitectos que diseñaron la Torre de Babel.

-Nos estamos dispersando –advierte Fennano.

-Bueno, intentaré redondear. Cuando quien debería caracterizar como mi causa eficiente desapareció, repentinamente, al principio no supe que hacer. Tomé abrupta y cruel conciencia del grado de dependencia casi total que tenía para con él. Hasta pensé en poner fin a una existencia que incluso llegué a considerar errónea en un grado esencial. Mas me sobrepuse, y comencé a revolver todos los papeles y documentación existentes en la casa con la única y desesperada intención de hallar elementos útiles para una supervivencia mínimamente digna.

-Creo que, salvando las diferencias ontogénicas, varios de nosotros hemos pasado alguna vez por algo similar –aduce Gabriel.

-La cuestión es que primero hallé referencias a una cuenta bancaria de la que era yo co-titular, y recordé haber registrado alguna vez mi firma a tales fines, obviamente con el nombre y apellidos del documento de identidad apócrifo; dicha cuenta, si bien no era extraordinaria, me aseguraba manutención por un buen tiempo. Tal vez el viejo Joseph haya previsto su salida de escena, o un eventual contratiempo con Interpol, o con los grupos como los de Simón Wiesenthal, vaya uno a saber, el hecho es que no me dejó librado a la buena de Dios, aunque no sea yo tal vez una de sus criaturas.

-Pero también halló elementos que arrojaban luz acerca del oro de los nazis –insiste Fennano, quien parece haber sucumbido a la ilusión de participar en una especie de aventura de tipo *gold rush*.

-Así es. Pero déjenme tomarme mi tiempo para contarles, ¿quieren?

-Eso, viejo –nos conmina Piero, -primero se hacen los cocoritos, los graciosos, los indiferentes, y resulta que después se atropellan para seguir escuchando. ¡Qué manga de pendejos!

## Veintiséis

*Extra bonus misceláneo en un nivel subjetivo.*

*El tipo se explaya en una suerte de autobiografía no autorizada que muestra a las claras una tendencia esquizoide, tal vez motivada por un superyó tan alerta como fraudulento, que intenta contener un ello intransigente que lo obliga, si no ya a controlarlo, al menos a justificarlo mediante argucias<sup>10</sup>. He vivido esto, he leído esto, he escrito esto, y eso es todo, una huella gramatical que delinea el potrero mental en el que se desarrolla el drama literario personal. En esta especie de desarrollo estocástico de relación de historias -tal el estilo es del personaje que asume el conductivo y necesario rol de narrador-, cada punto es una encrucijada, plena de disyuntivas vertiginosas cuanto instantáneas en su decisión resolutive, ello producto de los datos de una personalidad ansiosa y compulsiva como es la del susodicho y autoconvocado transmisor responsable (si es que puede aplicársele en algún modo el último de estos calificativos).*

*Verbi gratia, el tipo viene armando una historia con átomos que caen quién sabe desde donde e intentando demiúrgicas componendas analogables quizá a la física de los atomistas griegos, equiparando densidades y abroquelando elementos primero estructu-*

---

<sup>10</sup> Desde luego que debe otorgarse a esta estructura freudiana una interpretación metafórica antes que ninguna otra, especialmente las de orden epistemológico, dada su histórica índole tan diletante a ese respecto.

*rales y más luego en contingente degradé, cuando una conversación ocasional en un bar desmorona por completo el armazón tentativo y proyectivo; así, quedan solamente unas cuantas ruinas enmarcadas por un invierno nuclear, y la masa crítica reabre la escalofriante retahíla de disyunciones para el iconográfico arquitecto alelado de efímeras eternidades... ante la única certeza que es la incertidumbre, más allá, mucho más allá de socráticas o cartesianas obviedades, tentativos pseudópodos mentales intentan desbrozar lo ya visto, el déja vu lanzado al espacio desde un microcósmico big bang intimista paradójicamente por venir y a la vez preexistente, gambeteando las asechanzas de pensadores y astrofísicos, de psicólogos, filósofos y hombres de fe; de padres, tutores, maestros y patrones; el infierno periclitando, y tan solo una vocación de neófito oponiendo su escueto bagaje de mal aprendidas supercherías. Espantajo de lesa mansedumbre y asaz descomedimiento, paradigmático escultor de monstruosidades plantadas para ahuyentar eventuales pusilanimidades evaluadoras provenientes de los que duermen el sueño de una engañosa certitud, en la friolera del dar por sentado, de los prejuicios inducidos por esas intuiciones apriorísticas incubadas al calor de auto-complacientes ideologías burguesas. Aquí están, en ristra, las razones de una sinrazón que abreva en ignotos caudales, autosuficiente en su magrez preñada de inconmesurables derroteros, aluvión tarado por secuencias que van engarzándose inconcientes de toda función teleológica, coto de caza del desenfre-*

*nado lenguaraz que teje artilugios simbólicos en el telar del verbo, y presenta aún ante sí mismo tapices fotosensibles que se velan no bien el resplandor de la conciencia se aplica a desentrañar toda posible virtud encriptada, sin tomarse el tiempo de averiguar previamente si en efecto, las hay.*

- ✓ *¿Es válido, en un sentido canónico más o menos laxo, analizar estructuralmente la propia historia desde adentro?*
- ✓ *En caso afirmativo, ¿comporta ello un dato de recursiva estilística o, por el contrario, demuestra la total carencia de tales virtudes?*
- ✓ *¿En qué porcentaje el argumento puede ponerse en función de la estructura sin alterar la esencia del reporte narrativo propiamente dicho?*
- ✓ *¿Se debe lavar la ropa sucia “adentro”, o es más ético sacar los trapitos al sol? O tal vez esta disquisición, en función de optimizar los resultados, ¿tendría que evaluar previa e individualmente el grado de ofensa moral pertinente a las distintas prendas, sopesando especialmente en cada caso su particular nivel de agresión a la pudibundez?*
- ✓ *¿Es el concepto de “narrativa estocástica” -tan presuntuosamente acuñado por el autor, sea éste quien sea-, adecuado para describir una técnica fantasma, dado que ésta ha sido preexistente en su operatividad, negando de este modo su condición estratégica, y máxime cuando al parecer responde meramente a la falta de ella?*

- ✓ *El hecho de explicitar el conjunto de prejuicios y vicios coadyuvantes al derrotero de una fabulación de por sí inconsistente, ¿conseguirá de algún modo atemperar la virulencia del critiquizador anatema? O por el contrario, el hecho de habernos adelantado a lo que constituye su métier, ¿exacerbará sus ya de por sí ultrasensibles pruritos de competencia?*
- ✓ *¿Será el momento, aquí y ahora, en el apartado séptimo de este segmento, de reconocer la bastarda analogía formal que el presente guarda con los concienzudos análisis prologales que el gran Macedonio<sup>11</sup> virtió en su novela-museo, en una clara demostración de cómo a veces las influencias generan monstruosidades claramente indignas de toda invocación a sus fuentes?*
- ✓ *Qué queréis... debo seguir decalogando (referencia harto explícita, incluso plagaria, de la situación expuesta en el acápite anterior).*
- ✓ *¿Es lícito y ético pintar la propia aldea con elementos prestados? ¿Acaso la mano que pinta vale lo mismo que la que apronta caballetes, bastidores, pinceles y paletas de colores?*
- ✓ *Esta última consideración galicista, ¿aporta o no un cierto ecumenismo, balsámico respecto de la problemática planteada?*

---

<sup>11</sup> Obviamente, Fernández, y no Alejandro, por más discípulo de Aristóteles que haya sido.

## Veintisiete

-Cuando estuve seguro –prosiguió finalmente el misterioso señor Doble Hélice- que el viejo Joe ya no iba a regresar...

-¿Joe? –Pregunta sorprendido Pierín.

-Sí, Joseph. Joseph Menguele –le aclara Gabriel.

-Sí. Cuando estuve seguro que ya no iba a regresar, decidí violentar un cofre con combinación, oculto en un sótano con puerta trampa disimulada, y ahí hallé, entre otras cosas, un sobre lacrado con mi nombre escrito en él. Lo abrí con real ansiedad, solamente para aumentar mi incertidumbre, dado que en la hoja de papel que había en su interior estaba escrita una especie de charada, de acertijo, que aún al día de hoy no he logrado descifrar. Sospecho que debe ser muy importante; digo, ¿no? Tanto por la manera de resguardarlo como por el grado de dificultad que le impuso a su discernimiento cabal, al dejarlo expresado en tal forma.

-Y, sí, no debe ser ninguna boludez; más, tratándose de un tipo tan grosso –acota Fennano.

-¿Y qué decía el papel? –Inquiere Gabriel.

-“*El tiempo alemán subyace debajo de las pantomimas criollas. Recuerda, querido Doble: el tiempo es oro, y en tus manos tienes la clave. Ve con tus manos al origen de los tiempos y serán tuyos.*”

Un silencio reflexivo se produce una vez pronunciado el críptico mensaje. Gabriel pide al cabo que sea

repetido, ante las escépticas gesticulaciones del Luichi y la máxima atención de Piero y Fennano.

-¿A qué cuernos se habrá referido con eso de “pantomimas criollas”? –Pregunto, sospechando que allí está el quid.

-Es una buena pregunta –me concede el tal Doble, aparentemente acorde con la función capital de tal extremo. –Pero lamentablemente es tan difusa y general que, pese a que me he roto la crisma pensando en qué puede ser, jamás tuve una certeza digna de ser investigada a fondo. Por eso también los necesito, ya que me ha dicho Piero que son personas inteligentes y preparadas, capaces de desentrañar lo que quiera que mi mentor haya querido decirme. Al menos vos, según lo que me ha comentado –dice a Gabriel.

-Bueno, no me tires la presión de ese modo. Tanto el Luichi como Cratilo son mucho más sagaces que yo.

-Bueno, si te vas a enganchar en dislates como éste, no hace falta ser muy sagaz para superarte –observa el Luichi, lejos de abandonar su postura escéptica y denigrativa.

-No te hagás problema, mosquito –aduce Pierín, ya visiblemente molesto por la actitud de éste. –Cuando agarremos el paquete, vos te vas a quedar mirando. Ni se te ocurra que te vayamos a invitar una cerveza.

-Está bien, son los riesgos de mantener una cierta y digna cuota de incredulidad, sobre todo ante semejantes presunciones. Llegado el caso, sabré reconocer lo que haya que reconocer y hacerme cargo de

toda eventual pérdida. Claro que no considero que una cosa así vaya a ocurrir, de todos modos.

-Bueno, al margen de la inclinación de cada uno a creer o no mi historia, sentí que debía contárselas, que debía hacer transitiva mi confianza en Pierín a quienes vinieran con él. Ahora debo irme. Estaremos en contacto, y sobre todo, no duden en avisarme en caso de sospechar alguna interpretación del mensaje que les he transmitido. A cualquier hora. Pierín sabe adónde encontrarme.

-Antes de irse, don Hélice –lo retiene Gabriel, mientras saca de andá a saber dónde una birome y toma un papel del servilletero, –¿no me repetiría la frase?

-Ésa actitud me gusta. Anotá: *“El tiempo alemán subyace debajo de las pantomimas criollas. Recuerda, querido Doble: el tiempo es oro, y en tus manos tienes la clave. Ve con tus manos al origen de los tiempos y serán tuyos.”*

El misterioso señor Doble Hélice confiere a la referencia de su acertijo una impronta declamatoria, dramática, mientras se incorpora para retirarse. Una vez que lo hace, se generan circuitos de diálogo irregulares; ora ríspidos, como por ejemplo la increpación de Piero al Luichi por su desmesurada suficiencia, ora deslumbrados, como los intercambiados entre Feniano y Gabriel, entusiasmado el primero por áuricas quimeras tanto como el segundo por grandes implicancias de albuces fantásticos a garrapatear. Yo en tanto aprovecho para terminarme el whisky, única sustancia dorada pasible de mis desvelos. Y la cerve-

za, que no le va muy en zaga que digamos. Sí, ¿qué hay?

La cosa es que rato después nos despedimos del trío compuesto por dos pesos completos y un minimosca (quienes pernoctarían en el camión), y nos dirigimos al Hotel Llao Llao. No me complace mayormente volver a quedar a solas con el fulano Gabriel, y ello no resulta nada raro porque, a más de sus disloques de personalidad parece que a él tampoco lo complace mucho la idea de quedarse a solas consigo mismo. Eso, al menos, es lo que parece, como ya dije. No todo lo que parece *es*, ni todo lo que es *parece*. Aunque de acuerdo a mi experiencia vital, lo que parece parece tener mayor entidad que lo que es, voto a una inversión parmenideana. Solo existiría entonces lo aparente, y el ser sería entonces un trascendental, tal vez uno de los más importantes, pero idea al fin, con la etereidad suficiente como para descartar todo tipo de consistencia existencial. Aunque ahora que lo pienso, tal presunción reforzaría la tesis del origen intramental que este sujeto trata de endilgarme, así que permaneceré callado, mejor. Incluso ante mí mismo.

-La vida no es tan mala con un vaso de whisky en la mano, ¿no Cratilo? –Me pregunta Gabriel, una vez sentados en el bar del hotel y luego de rentar una habitación. Él parece estar bastante ebrio, yo seguramente lo estoy, pero en esta borrasca alcohólica apenas si puedo dar fe de mí. Ni bien empiece a vomitar

tar, lo dejo adonde está y me voy a dormir sin más trámite. Detesto ese dejo pringoso que deja en el ánimo el recuerdo de confesiones incontinentes, que sobreviene una vez que la mona ha sido dormida.

Sí, la vida no es tan mala, después de todo –consiente consigo mismo, ante mi silencio tanto oral como gestual. Y prosigue: -Decime, Cratilo, ¿cuál es la función de la literatura? O mejor dicho, ¿tiene una función o funciones la literatura? En ese caso, ¿cuáles serían?

-¿A mí me preguntás?

-¿Y a quién querés que le pregunte?

-No sé, qué sé yo, preguntale al Luichi, que es profesor...

-El Luichi es un renegado. Seguro que sale con cualquier cosa. Su especialidad es embarrar la cancha y argumentar sandeces solo para demostrar algún punto flaco en la personalidad ajena. Ojo, no digo que esté mal, lo que sí afirmo es que no puede tenersele en cuenta en breves como éste, a no ser que por casualidad se dé un tema de su interés y dominio, en cuyo caso, al margen de la información que tenga para aportar, llega un momento en que le tenés que pegar para que se calle.

-Sí, creo que concuerdo con ese análisis. Bueno, pero se supone que acá el literato sos vos, así que en todo caso te escucho.

-Probablemente sea el chapucero amanuense de ustedes los personajes, nada más que eso. Nada más, ni nada menos, a veces. Pero bueno, ya que ponés las cosas de ese modo, voy a contarte algo. El otro día

fui a una librería, medio desesperado porque me había quedado sin nada para leer. Empecé por la sección de usados, y nada. No es que no hubiera buenos títulos, la cosa es que quería leer algo... ¡uáááááá! ¿Me entendés? Y eso, en un sentido subjetivo, o sea: para mí lo fundamental es divertirme, lo que no significa que forzosamente deba recaer en liviandades, ¿no?

-Tal cual. A mí me pasa lo mismo.

-Bueno, mi querido Cratilo, acá tenemos la función primaria y primordial de la literatura. *Divertir*. Y si digo primaria y primordial, lo hago basándome en la propia genealogía de la disciplina. Todos nosotros, vos, yo, Cervantes, Rilke, el tipo o los tipos que escribieron la Epopeya de Gilgamesh, Saramago... solamente por nombrar algunos, somos tributarios del primer humanoide que contó, a la luz de una fogata nocturna, el modo en que cobró la pieza que al propio tiempo se estaba asando allí mismo. Por supuesto que todo se fue sofisticando, pero la esencia es la misma.

-Si estuviese aquí el Luichi, te diría que el whisky te lleva a presumir en base a obviedades...

-Pero no está; y sí, con toda seguridad diría algo así, y con toda seguridad tendría razón. Mas la línea de análisis nos lleva directamente a considerar la inclusión de factores tales como esas facultades descriptivas o instructivas de cuya ausencia se jactaba el joven Rimbaud. Y la función social, cultural, política, etcétera, etcétera.

-*Bullshit*.

- Eso, *Bullshit*. Listo. Terminado el tema.
- Gracias a dios.

### Veintiocho

- Parece que no hallamos puntos en común, en esta suerte de diálogo enantiomorfo –me dice, mientras exhala el humo de su cigarrillo y sorbe un poco de whisky.
- No tengo muchas ganas de hablar.
- Si hablamos de filosofía... ¿tampoco?
- Menos.
- ¿Querés irte a dormir?
- Tal vez no sería mala idea.
- Justo cuando clausuraste mi disertación acerca de la función literaria con tan escatológico anglicismo, estaba yo por proponerte que realices una especie de análisis fenomenológico en procura de echar luz sobre el asunto.
- ¿Análisis fenomenológico?
- Sí, pues. Te iba a recitar un poema, con la intención de colocarte frente al objeto mismo en cuestión, y te iba a requerir precisiones.
- Oh, no, gracias. No por el poema, digo; si querés, recitalo. Lo que no me pidas son precisiones. Menos a esta hora y con semejante nivel etílico.
- No, de esa manera no vendría al caso. Entonces hagamos una cosa, mientras bebemos un par de copas más. Intentemos un *mix* entre tus inclinaciones per-

sonales y las mías propias, abordando prácticamente un género que, según yo lo veo, las conjuga acabadamente.

-¿Conjuga acabadamente qué cosa?

-Como te dije, nuestras inclinaciones personales. La mía por la literatura, la tuya por la filosofía.

-No, pero yo no tengo ya inclinación alguna por la filosofía.

-Eso no se pierde, mi querido Cratilo. Lo que viene con uno, a lo sumo puede aletargarse, pero seguro que continúa allí.

-En cualquier caso, preferiría que permanezca en estado de letargo.

-Nada de eso. Ésas son meras excusas que no cuentan, conmigo. El género del que te hablaba, y dicho sea de paso, al que te desafío en una payada sobre la cual contrapuntear nociones filosófico-literarias, es la aforística.

-¿Cómo?

-Claro, escribamos algunos aforismos y cotejémoslos. Esperá que le pido una lapicera y algunas servilletas al viejo pelotudo aquél.

Sin darme tiempo a cabrestear, se incorpora y va a por lo que dijo. El muy turro parece conocerme bastante, por lo visto. Si hay algo que me puede, realmente, son esta clases de justas. ¡Vivan los payadores pampeanos y sus primos hermanos, los cantores repentistas de Bahía! (De todos los Santos, por supuesto, y no de esta Blanca tirando a verde oliva). Bueno, aquí vuelve.

-Tomá –me dice, extendiéndome birome y papeles en tanto se queda con otros para sí. –Dale, empece-mos.

*Cratilo:*

*“Fuera del sujeto, la nada puede llegar a enarbolar los barroquismos estructurales más estrambóticos. Ellos ya vienen hacia ti sin resuello; no corras, pues, en su pos.”*

*Gabriel:*

*“Recién en estos tiempos están cobrando su máximo sentido las advertencias formuladas por Artaud respecto de nuestro apego a las formalidades del pensamiento establecido. Existe una inmensidad a deco-dificar, más allá de tales lógicas perogrullescas.”*

*Cratilo:*

*“La fe es ingenua, la inteligencia, arrogante; la voluntad, autoritaria; la razón, compulsiva y limitada; ¿no sería hora de aggiornar las categorías axiológicas? Al alelamiento místico oponerle una espiritualidad activa; al presuntuoso nous, cerriles agudezas; a la despótica obstinación, síntesis revolucionarias constantes; al concienzudo juicio, chamánicos desbordes experienciales.”*

*Gabriel:*

*“Si existe una virtud imposible de impostar, ésa es la creatividad. Mas en lastimosa contrapartida, si e-*

*xiste una potestad inasequible para la masa es la de advertir tales imposturas.”*

*Cratilo:*

*“La diferencia entre la necrofilia y la relación de pareja es meramente temporal: el objeto del deseo de la primera, sencillamente, se pudre más rápidamente que el de la segunda.”*

*Gabriel:*

*“Hemos llegado a un punto de hipertrofia cultural en el que finalmente conseguimos subvertir el adagio clásico; hoy día no hay nada en los sentidos que no haya pasado antes por el intelecto.”*

*Cratilo:*

*“El sentido de la evolución reposa en el factor conciencia. La sofisticación funcional más que a estímulos respondientes a necesidades externas, obedece a una concientización gradual de las circunstancias y la posterior adaptación a través del procesamiento de informaciones, codificadas en clave genética. El género humano, a partir de sus morbosas obcecaciones de neto corte dualista-cartesiano –hegemónicas al punto de soslayar cualquier atisbo de realidad-, y al espíritu de muerte que se expresa en el hiperdesarrollo tecnológico en desmedro del psicofísico, pone en crisis toda la tensión evolutiva precedente, lo que nos lleva a encontrar plausible el mecanismo natural del cataclismo, que aparece co-*

*mo operativo cuando la vía natural se ve obstruída por disfunciones como la señalada.”*

*Gabriel:*

*“Elaborar una metafísica a partir de principios causales de corte aristotélico-tomista comporta una tan artera como evidente falacia de composición, seguramente la más atrevida. Toda una parafernalia de vacuidades sustentada por un presunto sentido común se ha encargado de desacreditar sistemáticamente el digno reconocimiento que a través de los siglos han hecho acerca del ámbito de competencia de la razón humana primero los sofistas, y luego toda la tradición escéptica. Tipos como Hume deberían haber abochornado a todos aquellos que tan presuntuosa como fraudulentamente afirman la necesidad indubitable de que exista una realidad última e incausada. Todo agnosticismo, a más de un cabal reconocimiento de los límites genéricos, supone una alta consideración por la sanidad intelectual y espiritual del otro.”*

*Cratilo:*

*“Si dios es impersonal o suprapersonal, da lo mismo en cuanto a su incidencia en humanos ajetreos. La idea de un dios personal, descabellada desde cualquier punto de vista mínimamente objetivo, denota una tara antropocentrista tan operativa que aún a pesar de haber sido puesta en evidencia hace largo tiempo, aún hoy continúa embarrando la cancha en la que se dirime la disputa escatológica.”*

Gabriel:

*“El verdadero hombre de conocimiento se llama a silencio por necesidad, a sabiendas de que todo intento de traducir a palabras humanas -inficionadas de diabólica multiplicidad interpretativa-, la univocidad propia del verbo trascendental, es como pretender atrapar al viento con una red.”*

Cratilo:

*“Desconfiad de cualquier razonamiento silogístico. Toda proposición naufragará, más temprano o más tarde, en los insoslayables arrecifes de sintaxis cada vez más abstractas, y ello en proporción a su grado de absolutidad.”*

Gabriel:

*“Todo juicio, luego de una sesuda y profunda deconstrucción, queda reducido a un abigarrado conjunto de partículas semióticas inestables y plurívocas. El discurso se hunde en una suerte de marea poética, casi intraducible para la mente vigilante, la que incapaz de ajustarse a un proceso análogo (debido al temor de perder sus resguardos), ensaya rótulos ultraístas para regresarlo así al redil de sus paradigmáticas estructuraciones.”*

Cratilo:

*“Si como decía Yoko Ono, la mujer es el negro del mundo, el hombre entonces debe ser la bestia de carga asignada al susodicho y segregado moreno.”*

*Gabriel:*

*“Es posible extraer innumerables pensamientos concienzudos de una majadería, pero de una idea acabada solo pueden glosarse gilipolleces.”*

*Cratilo:*

*“La supresión de dios a través de una evolución del género humano planteada por Nietzsche tal vez pueda tener algún fundamento; claro que en términos evolutivos muy diferentes a los imaginados por el voluntarioso teutón, cuyo nivel de trascendencia pareció haberse visto agotado en la bravata.”*

*Gabriel:*

*“El lenguaje sirvió en un principio para acrecentar niveles de conciencia; una vez superados estos umbrales de crecimiento iniciales, se constituyó en jaula y se cuidó muy bien de arrojar la llave fuera.”*

*Cratilo:*

*“La poesía únicamente tiene validez cuando aparece luego de una importante vuelta filosófica. Caso contrario, solamente se trata de burdas exteriorizaciones de nimiedades neciamente idealizadas.”*

*Gabriel:*

*“Se discute acerca de si existe vida después de la muerte, en una muy errónea determinación de prioridades. El planteo adecuado a la situación sería intentar discernir si, en efecto, existe vida antes.”*

*Cratilo:*

*“Si como se dice, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de su creador, la mujer quedaría automáticamente excluida del género. Tal presunción antropocentrista priva a la todopoderosa divinidad de todo encanto femenino, el que está dado fundamentalmente por esa deliciosa diferencia.”*

*Gabriel:*

*“La ventaja de hablar sin fundamento radica en el ahorro de la energía invertida en dar sustento a lo que, a ultranza, jamás podría tenerlo.”*

## **Veintinueve**

*(Relación -despersonalizada en favor de la sincronización-, de los hechos y circunstancias que están teniendo lugar mientras Cratilo y Gabriel beben y afinan sus plumas.)*

Fennano intenta conciliar el sueño apoltronado en el asiento del conductor; contra tal pretensión conspiran la incomodidad y los ronquidos de Piero y del Luichi, mas tiene a favor la gran cantidad de alcohol ingerida durante gran parte del día y de la noche. De pronto, unos golpes en el vidrio de la ventanilla lo sobresaltan, y su alarma crece al percatarse que es un uniformado quien llama.

-Loco, despiértense que pintó la yuta.

-¿Qué pasa? –Dice Piero, mientras se incorpora en el camastro de detrás de las butacas. El Luichi continúa durmiendo. Los golpes se hacen más insistentes y se escuchan ya los gritos perentorios que les ordenan apearse del camión.

-Luichi, pelotudo, si tenés algo descartá, que está la yuta –le dice Piero, sacudiéndolo. Pero ya no hay tiempo. El oficial a cargo, secundado por dos esbirros de menor rango, ya está apuntando con su 9mm a la ventanilla, cosa que reduce de modo ostensible el margen de tiempo para organizar mínimamente las cosas en el sentido de atemperar los contratiempos sobrevinientes a partir de la eventual requisa. Fennano abre la puerta y son conminados –entre los clásicos epítetos propios de esta gente- a bajar con las manos en alto. Así lo hacen, y son colocados en posición de cacheo, las palmas apoyadas sobre la caja del vehículo. Una vez efectuada tal medida, les son requeridas las documentaciones, personales y del camión. Tanto las tres personas como la máquina demuestran así su legitimidad existencial, pero eso no parece conformar a los uniformados, toda vez que el que lleva la voz cantante ordena a uno de los otros que revise el interior de la cabina. Pierín intenta oponerse con un argumento que quizá sea valedero en el primer mundo, pero acá, y sobre todo en Bahía Blanca...:

-No pueden revisar así porque sí. Necesitan una orden judicial. Conozco mis derechos...

Por toda respuesta, el oficial le asesta una sonora bofetada y le indica guardar silencio, ello con toda una

ristra de calificativos denigrantes, ¿no? Los ojos del grandote refulgen de ira en la oscuridad. Fennano entonces se anima a preguntarle, muy respetuosamente, cuál es el motivo de tal intervención, a lo que le responde:

-Mirá, pendejo, no tengo por qué darte ninguna explicación, viste. Pero para que se vayan preocupando, les digo que hay un tipo internado en terapia intensiva en Las Flores, víctima de una brutal agresión de un matón que responde a las características de este animal, que luego de casi matarlo emprendió la fuga en un Iveco todo mamarrachado tipo hippie como éste.

-...

-Y no solo eso. Luego nos llegó la noticia de que el faro de Monte Hermoso había sido asaltado, en una maniobra temeraria, teniendo en cuenta que lo único que se llevaron fue una caja de herramientas. Y saben lo que creo, que únicamente una banda de poligriyos como ustedes podrían haber hecho semejante estupidez.

-Jefe, acá adentro hay un olor a marihuana bárbaro – informa el sumbo<sup>12</sup> a cargo de la revisión.

-Mejor, entonces. Agreguemos tenencia y consumo de sustancias ilegales.

-Y, mire, nomás con lo que hay en el cenicero alcanza para probarlo.

-Y acá hay una caja de herramientas.

---

<sup>12</sup> Argentinismo por suboficial.

-No esperaban que viaje sin herramientas, ¿no? –aduce Pierín, mas el argumento pierde de inmediato su ya de por sí nimia eficacia:

-Y acá, hay otra.

-Bueno, cerrá bien y vamos a llevar a los pescados a la Comisaría. ¿Querés Juez? Mañana mismo va a venir a revisar el vehículo. Igual, no te aflijas mucho, grandulón, es amigo mío y del Comisario, ¿no, muchachos? –Los subalternos ríen obsecuentemente, a no ser que haya otro dato que, por el momento, no manejamos.

Ya cómodamente instalados en una celda de 3,50 por 3,50, nuestros amigos examinan mentalmente su situación. Al menos dos de ellos, ya que el Luichi (el que dicho sea de paso, tiene gran ventaja sobre sus compañeros de desgracia, toda vez que ha pasado numerosas veces por circunstancias análogas), como es su costumbre, habla.

-La historia es la ciencia a la que hay que prestar más atención. Es apasionante, loco, desbrozar lo que realmente ocurrió, más allá de las manipulaciones efectuadas según las necesidades políticas. Hay un montón de basura, de operaciones de prensa para la gilada. Fijate por ejemplo la crisis de los misiles soviéticos en Cuba, en ese episodio de la guerra fría de los primeros '60... tanto escándalo, el mundo entero hablando de guerra nuclear y resulta que los misiles que les mandó Nikita Krushev, o Jruschov, como le dicen ahora... ¡eran obsoletos! ¡No funcionaban más andá a saber desde cuándo! Y encima, por otra parte, los misiles americanos que supuestamente iban a ba-

rrer Rusia, estaban apuntando para la mierda, por el Ártico, por ahí...

-Mosquito, si no te callás un poco te aplasto de un manotazo.

-Eh, che, qué mala onda.

-Claro, pelotudo, estamos pegados acá, todo mal, y vos encima chamuyando pelotudeces sin sentido. Amigo de Gabriel, tenías que ser. Para colmo quedamos engrampados con el faso ése que trajiste.

-Bien que te lo fumaste. Aparte, si no se te hubiera ocurrido apachurrar al feo ése en Las Flores, y después afanarte las herramientas, ahora mismo estaríamos fumando un buen faso en el camión, o sea.

-O sea, sí, que el único que está libre de culpa y cargo acá, por lo visto, soy yo –acota Fennano.

-Ah, querés despegar... lindo amigo, resultaste.

-Y, como querer despegar, eso es lo que queremos todos, ¿no es cierto? De todos modos, diga lo que diga, de nada me va a servir. Estoy engrampado igual que ustedes, aún a pesar de mi inocencia.

-Sí, inocencia, sí, jejejejejeje.

-La cosa es ver cómo podemos salir de ésta lo antes posible.

-Mirá, acá la única que juega es la moneda –asegura el Luichi. –Con esta gente, la única manera de zafar sin que nos inicien una causa, es bajando un buen billete.

-Vos, Fennano, ¿cuánto tenés?

-No llego ni a los treinta pesos.

-Y Gabriel, ¿cuánto tendrá?

-No creo que suficiente. Aparte, conociéndolo, cuando se entere que nos chuparon agarra el primer bondi que encuentre y se vuelve a La Plata.

-¿Te parece?

-Seguro.

En eso se hace presente un poli, llave en mano, y en tanto abre la reja indica a Pierín que lo siga, que el “señor Comisario” quiere verlo. Así lo hace, y es conducido hasta una oficina pequeña, con un escritorio y un dibujo del General San Martín presidiendo la escena. En medio de ambos, el Comisario sentado, lo mira de arriba abajo, que en este caso no es decir poco.

-Buenas noches –saluda Piero, intentando ganar algún que otro poroto en base a una actitud respetuosa y, si se quiere, sumisa.

-Ya es de día, estúpido. Sentate que tenemos que hablar.

-Mire, señor, yo...

-¡Callate la boca y oíme, grandote pelotudo! Primero, vas a hablar cuando yo te indique y de lo que yo te indique, ¿estamos?

-...

-¿ESTAMOS?

-¿Ahora sí puedo hablar?

-Ah, estás en vivo... te va a durar poco, sabés. Mirá, ésta es la sala de conferencias. Ahora si preferís pasar directamente a la sala de interrogatorios... tengo un par de encuestadores que son muy buenos a la hora de sonsacar información. ¿Preferís ir para allá?

-No, está bien, prefiero quedarme acá, si no le molesta.  
-En ese caso, empezá a hablar.  
-¿Y de qué quiere que hable?  
-Por ejemplo, decime adónde están los otros dos.  
-¿Qué otros dos?  
-Última oportunidad. O te dejás de hacer el boludo o vas directamente con los encuestadores.  
-Está bien, está bien. Los otros dos se fueron a dormir a la casa de una amiga de ellos, no sabría decirle quién es ni dónde vive. Apenas si los conozco, usted sabe, los levanté en la ruta 3.  
-La verdad, grandulón, me estás cansando...  
-No, pero le juro que es cierto.  
-Claro, por eso se entrevistaron anoche, en el bar de la calle O'Higgins, con un peso pesado de por acá y hablaron durante largo rato, frente a dos perfectos desconocidos.  
-¿Peso pesado? ¿De qué está hablando?  
-¡Sargento!  
-No, espere, espere.  
-¿Sí, señor Comisario? –Se reporta el susodicho suboficial.  
-Está bien, está bien, le voy a contar todo lo que sé – se apresura a ofrecer el reo ante la inminencia de ser sometido a apremios ilegales. El Comisario lo mira con fiereza, y luego indica al sargento que se retire.  
-Los otros dos, como le dije, se fueron a la casa de una amiga. Al menos eso es lo que me dijeron a mí. Es la verdad. Mire, uno se llama Gabriel, y el otro tiene un nombre raro. Cratilo, se llama.

-Ahá.

-Son un par de bichos raros. Son, o mejor dicho, dicen, que son escritores.

-¿Qué vinieron a hacer acá?

-Qué sé yo. No sé, supongo que ver a la mina ésta, que le digo que no sé quién es.

-¿Y vos? ¿Qué viniste a hacer con estos otros dos?

-Vine a cargar cemento.

-No me digas. Esto no avanza mucho que digamos, me parece que voy a llamar de nuevo al sargento, y vos sabés que esta vez no hay tutía.

-¡Pero qué quiere que le diga!

-Primero, bajá el tonito, infeliz. Quiero que me digas qué hacían anoche en el bar de O'Higgins con el Doble.

-Nosotros estábamos tomando unas cervezas y el señor ése apareció. Yo lo había conocido de otro viaje, en un asado de transportistas; nos saludamos y se quedó un rato. Dígame, ¿quién es, ese señor? ¿Por qué dice que es un "peso pesado"?

-Bueno, grandulón, o sos muy pelotudo, o te hacés. Acá las preguntas las hago yo, ¿está claro?

-Está claro. Mire, es un excéntrico. Se pasó el rato hablando incoherencias.

-Empezá a contarme detalladamente esas incoherencias que decís que dijo.

-No sé, una sarta de pavadas. Habló de algo así como el oro de los nazis, y no sé cuánta cosa...

-Eso no es ninguna pavada para mí.

-Bueno, usted porque conocerá; para mí eran puros delirios alcohólicos.

-Dale, grandote pelotudo, no me hagás perder tiempo y desembuchá.

-Dijo que tenía una especie de clave, que aún no había podido descifrar, que lo llevaría a una especie de tesoro nazi, o algo por el estilo.

-¿Y cuál es esa clave?

-No sé.

-Bueno, parece que tendré que apelar a los encuestadores, nomás.

-Oiga, no le servirá de nada apretarme. No podría decirle lo que desconozco. La verdad, y espero que tome esto como una especie de prueba de buena fe, es que nos sugirió que tal vez, a cambio de una recompensa, por supuesto, nosotros podríamos ayudarlo a desentrañar esa clave. Pero no nos la dijo. Quedó en contactarse con nosotros en estos días. Solamente debíamos frecuentar el mismo bar, en donde él establecería contacto. Por supuesto que, al no haberle creído ni media palabra, pensábamos cargar hoy e irnos sin más, tomando el encuentro simplemente como una anécdota, qué quiere que le diga. Y aparte, discúlpeme, pero... ¿por qué no va y lo detiene a él y le pregunta todo lo que le tiene que preguntar?

-Él no está solo. Y yo no tengo por qué darte explicaciones.

El Comisario lo miró largamente, como sopesando el grado de veracidad que pudiera ostentar cuanto acababa de informarle. Luego le dijo en tono de advertencia:

-Más vale que lo que me dijiste sea cierto. Ahora vamos a ver cómo hacemos para dar con esa clave, y si es posible, con el oro. Por la causa no te preocupés, no va a haber ninguna.

-Ah, bueno, gracias.

-No, ma qué gracias. Si las cosas no salen como tienen que salir, son boleta. Los tres. Y los otros dos también, si los llegamos a agarrar. A partir de ahora, son agentes dobles. Qué ironía, ¿no?

### Treinta

-La verdad, no están nada mal –observa Gabriel, luego de echar un vistazo a mis aforismos. Ya está empezando a clarear, y se pueden oír los gorjeos de los pájaros.

-Los tuyos también están bastante interesantes, al menos para mí. Ahora deberíamos ir a dormir un rato, ¿no te parece? Por lo menos para justificar lo que pagaste.

-Sí, tenés razón. Aparte mañana será otro día.

-Ya es mañana, por si no te diste cuenta.

-Ahá. Mientras conciliamos el sueño, creo que deberíamos tratar de pensar qué pudo haber querido decir Menguele con la adivinanza que le dejó al pobre clon.

-¿Vos creés que puede llegar a ser verdad, lo que contó el aparato ése?

-No sé. Como poder ser, puede ser. ¿Vos qué creés?

-Yo no le creo un carajo. Y aparte no estoy seguro de que pueda ser. Me parece un delirio. De todos modos, ¿no me lo refrescás?

-A ver... -dice, mientras rebusca el papel en sus bolsillos- acá está: *“El tiempo alemán subyace debajo de las pantomimas criollas. Recuerda, querido Doble: el tiempo es oro, y en tus manos tienes la clave. Ve con tus manos al origen de los tiempos y serán tuyos.”*

-El tiempo alemán... ¿qué carajo querrá decir eso? ¿Tendrá que ver con la obra de Heidegger, *Ser y tiempo*?

-Eh... no es mala idea, pero qué sé yo. Pero... ¿qué haría un concepto así subyaciendo bajo las “pantomimas criollas”? ¿Puede acaso hacerlo? ¿Qué carajo son las “pantomimas criollas”?

-Son demasiados interrogantes. Por eso es que te digo, para mí es nada más que una fantasía del sujeto ése, que para colmo se escuda detrás de un seudónimo delirante. Pero no te hagás problema, que ahí viene.

-¿Qué...?

El misterioso señor Doble Hélice ingresa raudamente en el hall del hotel. Casi llegando a la conserjería nos ve y viene directamente hacia nosotros, con expresión de alarma.

-¡Vamos! -nos conmina. -¡Tenemos que irnos de aquí inmediatamente!

-Eh, loco, ¿qué pasa? Ya nos estábamos yendo a dormir... .le dice Gabriel.

-Dale, tomate un whisky, tranquilízate un poco y decinos qué es lo que pasa.

-¡No hay tiempo! ¡Pierín y los otros fueron detenidos por la policía, y los andan buscando a ustedes dos, también!

-¿Qué decís?

No obstante la urgencia manifestada, tiene tiempo de servirse un buen tanto y bebérselo de un trago. Luego reitera lo dicho anteriormente.

-¿Y por qué están detenidos?

-¿A qué te referís? ¿A la verdadera razón o a la excusa?

-No me la compliqués, decime por qué los detuvieron, y ya.

-Los detuvieron con cualquier excusa, porque en realidad lo hicieron para sonsacarles información respecto de lo que les conté hace un rato. Ahora vamos, en cualquier momento los hijos de puta esos van a aparecer por acá y se los van a llevar a ustedes también.

-¿A nosotros? ¿A vos no?

-No, a mí me quieren afuera. Saben que aún no he podido conectarme con lo que les dije; solamente me vigilan, a la espera de que dé con lo que haya que dar. Después sí, probablemente me saquen del medio definitivamente. Pero todo esto tenemos que hablarlo por el camino. Hála, vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Ya en la calle, nos indica que subamos a un vetusto Taunus alemán color bordó, cuya pintura esta vieja y

saltada en varias partes. Dejamos atrás la zona céntrica, luego la suburbana. Mientras supongo –y colijo que Gabriel también- que probablemente haya algo de cierto, finalmente, en la extraña historia que nos narrara rato antes, el Doble se fustiga a sí mismo en voz alta por habernos metido en semejante brete. A la vez, jura y perjura que jamás pensó que iban a llegar a tanto. Sabía que gran parte del tiempo estaba siendo vigilado, pero ni sospechó que serían capaces de pasar a semejantes vías de hecho. Ya fuera de la zona urbanizada tomamos por una carretera que no tengo ni idea de cuál es. Unos cuantos kilómetros más adelante nos desviamos por un camino de tierra.

-¿Adónde vamos? –Pregunta Gabriel.

-Vamos a refugiarnos en la estancia del Doctor Inchausti. Era el abogado de mi creador. Recurrí a él ni bien advertí que esta mafia estaba intentando quedarse con el oro, o lo que quiera que fuese. No le hace muy feliz la idea de malquistarse con tipos tan oscuros, pero por un lado su bonhomía, y por el otro, seguramente, la esperanza de recibir eventualmente una cuantiosa recompensa, lo han llevado a ofrecerme su ayuda. No hay nadie allí, y espero que no nos vean llegar, o que nos hayan seguido. En algún momento Inchausti vendrá, quizá, pero ni siquiera nos comunicaremos con él por teléfono, ya que probablemente las líneas estén intervenidas. Creo que como están las cosas, ya no es seguro para mí deambular por las calles. Mucho menos para ustedes.

-¿Qué creés que harán con los muchachos?

-Espero que no los maltraten demasiado. Parece que han decidido patear el tablero. Me están apretando. Seguramente los utilizarán como rehenes.

-¡Pero es la policía! –Exclamo, aún a sabiendas que es un comentario estúpido.

-Claro –me responde, –es la policía. Eso lo hace mucho más difícil para nosotros, ¿no crees?

-¿Pero es que no puede el tal Doctor Inchausti hablar con un Juez y liberarlos?

-Primero, ¿qué te hace pensar que los jueces son mejores que la policía? Probablemente estén entongados, también. Aparte, deben tener motivos para, en todo caso, inculparlos de algún delito. Y si acaso no los tienen, pues los inventan. Y si las cosas se ponen difíciles, no quiero ni pensar en lo que son capaces de hacer.

Llegamos por fin a la estancia. Hay unas cuantas cabezas de ganado por aquí y por allá, y a lo lejos se pueden divisar las formaciones geométricas de distinto verdor que denotan plantaciones. El casco es modesto pero vistoso, muy florido. Detrás de la casa hay un molino con estanque, una troja y un chiquero. Herr Hélice ingresa el Taunus en un galpón para dejarlo fuera de la vista, y entramos. No está tan mal, rústico pero agradable, con elementos tan anacrónicos como un enorme televisor de pantalla plana al lado de una cocina económica, de esas a leña. Me arrojo en un sillón y el sueño, diferido por las emociones, se hace presente en toda su plenitud. Durante breves instantes sopeso las graves circunstancias en

las que ha devenido lo que comenzó como un paseo literario-filosófico, y luego me entrego, sin proponérmelo, a los siempre acogedores brazos de Morpheus.

Tiempo después (no podría precisar cuánto), el sonido del televisor me despierta. Este Gabriel se nota que duerme poco, cosa inobjetable si no fuera porque no deja dormir a los demás.

-En la cocina hay café caliente, si querés. Y en la heladera hay cerveza.

Me sirvo café, vuelvo y le pregunto por el Doble.

-No sé –me responde. –Cuando me desperté no estaba. Capaz que fue a ver al abogado ése, no sé. Por lo pronto, acá no se está tan mal.

-Lástima que los muchachos no pueden decir lo mismo.

-Sí, lástima. Lástima también que las cosas hayan tomado un giro tan prosaico.

-¿Prosaico?

-Claro, veníamos bien, explorando nuestras virtudes filosóficas y esteticistas, componiendo aforismos... hasta casi consigo inducirte a bucear en los océanos de la poesía...

-¡No puedo creer que te preocupes por eso ahora!

-¿Por qué no lo podés creer? ¿Qué tiene de extraño?

¿Acaso no puedo preocuparme por lo que es el leitmotiv de mi existencia, y, transitivamente, de la tuya también?

-No empecés con esas patrañas porque no estoy de humor.

Es obvio que yo por mis motivos, y él por los de él, estamos de pésimo humor, así que voy hasta la heladera, tomo una lata de Heineken y vuelvo al sillón. En el televisor está sintonizado un canal de cable local, en el cual están emitiendo una especie de documental de la ciudad. De más está decir que los últimos avatares han profundizado mi antipatía hacia la urbe sureña, lo único que me falta ahora es ver una especie de panegírico televisivo acerca de ella. Estoy por dar voz a tal desencanto cuando la información audiovisual se refiere al Teatro de la Comedia y, más específicamente, a una especie de museo de la ciudad que se encuentra en los sótanos de dicho edificio.

-Mirá –digo a Gabriel. –Fijate bien en eso.

-¿Qué pasa?

-Pará, callate un segundo.

Aparece un tipo mostrando algunas piezas del museo, en tanto explica que el mismo no atesora ninguna clase específica de objetos, sino que son de cualquier tipo; la única condición de inclusión en su acervo es que sean lo suficientemente antiguos o célebres y que hayan sido hallados o utilizados en la ciudad. Luego la cosa sigue en torno a bares y restaurantes típicos, clubes, etcétera.

-Bueno, ya está, no dicen más nada –digo, atando cabos e intentando que la ficha que se ha inclinado en mi cerebro caiga de una buena vez.

-¿No dicen más nada de qué?

-De ese museo, ¿no entendés? –Le contesto, algo distraído por cuanto mi cabeza bulle tratando de atar cabos. –Dame el papel ése que tiene la clave, por favor.

### Treinta y uno

-“*El tiempo alemán subyace debajo de las pantomimas criollas.*” ¿Ves? La referencia a las pantomimas criollas bien puede ser un símbolo del Teatro de la Comedia, ¿no te parece? Más, para un germano arrogante.

-Sí, suena más potable que el concepto de tiempo para Heidegger. Y más práctico. ¡Bien, Cratilo! ¡Seguí así que le corremos a Conan Doyle!

-Bueno, dejate de pelotudeces y ayudame a razonar. Está claro que si dimos con la pista, el tiempo que subyace lo hace en ese museo, ¿no es así?

-Sí, es así.

-Entonces debemos entrar a ese museo y ver qué hay. Probablemente se trate de un reloj.

-De un reloj alemán, por cierto.

-Seguramente. Pero no sé si alcanzará con entrar y ver. Tal vez debamos ingresar subrepticamente y robar todos los relojes que haya, sobre todo los alemanes.

-Ya veo que terminamos todos en la misma cárcel.

- Y, hay que jugársela. Hay que hacer algo por los demás, ¿o no?
- Supongo que sí. Lo que no me queda claro es cómo un reloj puede dar una pista de dónde los nazis estos dejaron el paquete.
- Eso no lo sabremos hasta verlo. Y eso, siempre que nuestros razonamientos sean ajustados a realidad.
- No dejás de deslumbrarme, con ese sentido de la realidad que no sé de dónde carajo te viene, tan justo a vos.
- No tengo tiempo de colgarme en tus estupideces. En eso ingresa el Doble, con expresión demudada.
- Acabo de reunirme con el Comisario. Lamentablemente no traigo muy buenas noticias que digamos.
- Contá, ¿qué pasó?
- ¿Cómo están los muchachos?
- Por ahora creo que bien. Pero por desgracia los bastardos que los prendieron tienen fichas de sobra para dejarlos a la sombra por un buen tiempo.
- Sí, me imagino.
- Aparte de que les encontraron marihuana, parece ser que hay un tipo comatoso que dicen que Pierín lo atacó.
- ¡El malacara!
- Sí, no sé... por lo visto, hay algo de cierto.
- Ni que lo digas.
- Y aparte, una intrusión y hurto en el faro de Monte Hermoso. Por sus caras puedo advertir que eso también sucedió. ¡Qué manera de complicar las cosas!

- Bueno, en ese sentido, me parece que vos sos el menos indicado para hablar... –insinúa Gabriel, muy atinadamente según mi criterio.
- Está bien, la cosa es que si no les damos algo, primero los procesan, y después, ya teniéndolos en su poder, dicen que tienen varias alternativas para ultimarlos sin mayores consecuencias.
- Ya lo creo: motín, intento de fuga, etcétera. Es propio de nuestro folklore –señala Gabriel.
- Sobre todo acá –agrego, no muy seguro de estar forzando la nota en orden a mis fobias.
- La cosa es que, después de tanto tiempo buscando desentrañar la clave que me dejara el Doctor Menguele, parece que tengo un plazo perentorio para hacerlo y luego, entregarle el botín a esos bastardos, si no quiero que maten a mi amigo y a otros dos inocentes. Como verán, no tenemos alternativa.
- Bueno, dentro de la malaria, nosotros al menos tenemos una buena noticia para darte.
- Ah, ¿sí? Por favor, díganmela, que buena falta me hace.
- Parece que Cratilo se ha aproximado a una interpretación del mensaje de tu viejo.
- ¡Bendito sea Dios!
- No invoques, que según decís, para vos Dios parece ser un científico loco que desentrañó las leyes de la naturaleza despellejando judíos.
- ¡No te permito! ¡Hablás con total desconocimiento de cómo fueron los hechos en realidad! ¡Solamente has oído la campana de los yankis!

-Che –sugiero, –¿por qué no se dejan de bizantinismos y atendemos las cuestiones prioritarias, como por ejemplo evitar que maten a nuestros amigos?

-Pasa que este tipo...

-¡Basta! –Exclamo con un carácter tan conminativo que ambos se quedan como dos pollos mojados, y a continuación expongo mis conjeturas al Doble; él primero abre la boca desmesuradamente, luego ensaya una perpleja sonrisa y, cuando finalizo, me abraza con real emoción, completamente convencido de la eficacia de mis razonamientos. Luego retorna a una instancia emocional más estable y dice:

-Tenemos que elaborar un buen plan para munirnos de ese reloj o de lo que quiera que haya ahí debajo,

-Tenemos que elaborar dos planes –lo corrijo.

-¿Por qué dos?

-No pensarás dejarle todo el paquete a los corruptos éstos, ¿o sí?

-Lo haré si es necesario para salvar a mi amigo y a los otros dos. Incluso al fantoche ése del mosquito, que con tanta suficiencia me descalificó anoche.

-Sos muy humano, vos, para ser un clon, ¿sabés?

-Pará, Cratilo, con la onda lacrimógena, que esto ya parece el guión de una película de Spielberg.

-No va a ser demasiado complicado –afirma el Doble. –En ese edificio no hay vigilancia, solamente queda un sereno por las noches. Yo lo conozco, he hablado unas cuantas veces con él.

-¿Pensás que nos va a dejar entrar y revisar?

-No, eso ni loco. Es muy celoso de su función vigilante. Pero tiene su punto débil, y yo sé cuál es: nunca rehúsa un trago.

-¡Igual que Cratilo!

-¿Y por casa cómo andamos?

-Lo que sospecho es que no va a bastar con una botella de ginebra. El tipo es duro. Vamos a tener que agregarle algún barbitúrico para asegurarnos que no moleste durante la operación.

*Gabriel*

*Briosos tentáculos de monstruo pluricelular se agitan en pos de una presa que, cual escurridizo protozoo, se fragmenta a partir de su núcleo y se multiplica en idénticos y cada vez más pequeños individuos. ¡Tal la quimera del narrador autorreflexivo, que encuentra una y otra vez los mismos fantasmas en diferentes castillos! ¡Toda esa argamasa argumental empeciendo la libre ocurrencia del concepto! La escenografía en primer plano, la presencia física de los actores en segundo y el texto muy detrás, cuando no directamente relegado a la más profunda taciturnidad... las virtudes juglarescas perdiendo su ya mísero terreno frente a la multimedia facción, la rapsódica inspiración naufragando en un océano de efectos digitales. No hay mayor nostalgia que la de lo aún no perdido pero cuya continuidad pende de un hilo.*

*El acotamiento a las formas es quizá una clave de supervivencia, dado que su característica esencial reposa en las tutelares funciones consagradas a la madre Mnemosine. El caos acecha detrás de toda informal fruslería, mal que nos pese a los snobistas recalcitrantes de pacotilla surrealista.*

*Una dinámica aleatoria de elementos de catálisis pugnan por hallar un coto de finalidad unívoca en mi mente, tenga ésta o no basamento material. Inclusive esta misma y paradójica sujeción a parámetros formales comporta, finalmente, solo una excusa más para delirar en limpio y como el dios de la gramática manda.*

Acá estoy, inmerso en una nueva aventura sin haberlo pretendido en modo alguno, al menos concientemente. Estaba dispuesto a reinsertarme en la oprobiosa sociedad platense y elaborar el duelo por la pérdida de mi amada Ivana-Perséfone, arrojada por sí misma a metafísicas resonancias existenciales; sin otra compañía que los viejos amigos borrachines y el propio licor, en una oscura casa cuyo acceso está dado por trece escalones y con la única preocupación que era la de buscar algo que hacer que me permitiera ganar el pan, y el vino; y héte aquí que estoy en un bar de Bahía Blanca, a pocos metros del Teatro de la Comedia, con un orate que dice ser mi creador, esperando el resultado de las acciones de otro orate que dice ser la creación de un tercero... tal vez mi

vieja tenga razón, después de todo; tal vez no sean las circunstancias, sino yo que me las busco.

-¿No está tardando mucho en llamar, el Doble? –Me pregunta Gabriel, mirando el celular que al efecto nos dejó el mencionado para comunicarse una vez noqueado el sereno.

-No sé. Es la primera vez que me pasa, estar esperando que me llame un clon fabricado por Menguele, con un amigo y dos conocidos en cafúa, tomando whisky con un tipo que dice llevar la voz cantante en esta historia... si es así, me da como que la cosa se te fue de las manos, un poquito. ¡Pensar que antes me quejaba de que Abdul me metía en kilombos...! La boludez del faro mirá... saltó en diez minutos. Te imaginás afanar un museo...

-Vos fuiste el de la idea de venir al museo.

-No fue una idea... bah, sí, fue una idea. Por eso, el tipo éste si lo quiere dopar al vigilante y afanar, allá él. Y si lo querés acompañar, allá vos. Yo los espero acá tranquilo tomando un copete.

-Ah, te cagás.

-Quiero tener un mínimo margen de rajar mientras pueda. Es más, creo que me voy a tomar el bondi a La Plata, sin más trámite.

-Aguantá, no seas maricotas.

-Vos por lo menos podés invocar inimputabilidad. No me gusta nada, este asunto. Es pesado. Acá es un asunto de bandas, loco. Esos polis son una, el Doble éste me parece que es Doble malandra, más que hélice. Es un mambo entre ellos, y nosotros venimos de perejiles a ponernos en el medio.

-No te tirés tanto al lunfardo que me queda medio feo.

-¡POR QUÉ NO TE DEJÁS DE JODER, CON E-SAS ESTUPIDECES!

-Ves, ahí va mejor. No te enojés, Cratilito, estaba intentando quitarle un poco de dramatismo a esta secuencia. Tampoco es para tanto porque si te vas a fijar, acá, en La Plata o en cualquier ciudad más o menos grande del país te pueden matar por una campera, o un par de zapatillas. Es nada más que entrar con cuidado, manotear algunas cosas y tomarse el buque.

-Nada más ni nada menos...

### Treinta y dos

¿Hasta dónde sería éticamente reprochable largarme y dejar a todos estos locos allí? Por el Luichi siento bastante afecto, pero hay que tomar en cuenta dos cosas: la primera, es que siempre se las ingenió para zafar; hasta se fumó un par de porros con el suboficial de guardia, una vez<sup>13</sup>. El hijo de puta siempre cae simpático. La presión le devuelve lucidez y capacidad histriónica. La segunda, tiene que ver con un sentido de justicia inconciente que hace las veces

---

<sup>13</sup> Aunque usted no lo crea. El sumbo le requirió un dinero, no mucho, que debía traer antes de una semana si no quería que lo fuera a buscar; luego le dijo *ya que estamos los dos acá de garrrón...*, sacó un petardo y lo convidó.

de báscula en la cual contrapesar lealtades e individualismos: él, en mi situación, ya se habría tomado las de Villadiego. Cuántas veces en la vida me he dicho a mí mismo *loco, qué carajo estás haciendo acá...*

-Loco, ¿le habrá pasado algo? –Me pregunta Gabriel, con genuina preocupación.

-Mayor razón para irnos a la mierda. Encima vos sabés, lo más probable es que la yuta lo esté siguiendo permanentemente, así que en cualquier momento nos acuestan a nosotros también.

-Y, sí, onda que lo esperamos un rato más y ya fue.

-Después me decís a mí, del lunfardo.

-¡Ahí viene!

-¿No era que nos iba a llamar?

-Eso dijo, qué sé yo...

El misterioso señor Doble Hélice ingresa al bar con expresión sigilosa pero el brillo en sus ojos delata un entusiasmo que hace prever el éxito de su gestión, y enaltece, por otra parte, mis emergentes dotes detectivescas. Probablemente ésta sea mi próxima ocupación: *Cratilo Bermúdez, Private Investigator*.

-Déjenme tomar un whisky y nos vamos. Lo necesito.

-¿Qué pasó?

-Todo bien, creo que tengo lo que buscaba.

-Habías quedado en que nos ibas a llamar.

-Bueno, pero la cosa tomó otro rumbo, *in situ*. Ustedes saben, a veces hay que improvisar.

-Bueno, pero... ¿qué pasó?

-Pasó que el tipo era demasiado duro, no caía. Eso sí, se agarró una curda bárbara. Quería que yo también tomara, pero acusé problemas intestinales. Por supuesto que, entusiasmado por la cantidad de licor que tenía para él solo, ni sospechó siquiera por un momento que pudiera yo estar intoxicándolo adrede. La cuestión que le pedí recorrer el museo, y accedió. Bajó las escaleras trastabillando, pensé que caería en cualquier momento, pero no lo hizo. Por el contrario, se le dio por hablar, y entonces yo vi mi oportunidad. Empecé a hablar de los nazis en la Argentina, y vaya que el borrachín tenía cosas para contar. Por ejemplo, ¿ustedes sabían que varios oficiales que venían en el Graf Spee se refugiaron allá en su ciudad, en La Plata, al lado de donde hoy es la Estancia Chica de Gimnasia y Esgrima?

-No.

-Bueno, según me dijo este tipo, así fue. Y no venían con las manos vacías, claro que no. Una vez que pasó la tormenta, fundaron una de las empresas metalúrgicas más importantes del país.

-Andá al grano, Hélice, que nos va a agarrar la gestapo bahiense.

-Está bien. Salgamos que les cuento por el camino.

Caminamos las tres cuadras que nos separaban del viejo Taunus, que había quedado en una calle relativamente oscura y suficientemente lejos del “teatro” de operaciones. Mientras el Doble nos cuenta que, a tenor de la locuacidad de su interlocutor, se atrevió a preguntarle directamente si había conocido a “De-

rek”, que era el nombre tras el cual se había ocultado Menguele, a lo que el sereno respondió afirmativamente, y dijo tener un muy buen recuerdo de él. *Era un gran bebedor de cerveza*, había dicho. Y sin mediar solicitud alguna, lo había llevado a un anaquel en el que se exhibía un reloj de bolsillo antiguo, marca Zenith, que el propio Derek había donado para el museo.

-No tuve la menor duda de que en él estaba guardada la clave que estamos buscando. La cuestión entonces era esperar que el viejo se durmiera, o en su defecto, noquearlo. Por un lado, era conciente de los riesgos que traía aparejado el permanecer allí, y por otro, no quería hacer daño al sujeto que, conciente o inconcientemente, tanta ayuda me había brindado. De todos modos, el tiempo que nos habría insumido buscar aquella pieza entre tantas, con más la muy probable eventualidad de finalmente no hallarla sin el dato preciso que me había dado, me llevaron a tener un poco de paciencia, la que fue coronada con el éxito, dado que una media hora después, roncaba sonoramente. No tuve más que tomar el precioso reloj y salir a reunirme con ustedes.

Ya de nuevo en la estancia del Doctor Inchausti, en medio de un clima que podría calificarse como optimismo distendido, el Doble extrajo de su bolsillo el antiguo reloj de plata, con cadena y tapa. Era realmente una pieza muy fina

-Pensar que por esta pequeña joya de la ingeniería alemana no podré ya volver a la única casa que he habitado desde que nací.

-¿Naciste, o te crearon? –Pregunto, y ambos me fulminan con la mirada. –¿Por qué decís que no podés volver? –Añado la pregunta, como para salir del brete de presión psico-moral.

-Es obvio. Cuando adviertan que falta esta pieza, y el sereno vuelva a sus cabales, inmediatamente sabrán quién es el que se la ha llevado.

-Es cierto, sí.

-Bueno, los acontecimientos se vienen precipitando, así que tratemos de determinar adónde está la pista.

El Doble está sentado a la mesa, y Gabriel y yo lo flanqueamos para ver, seis ojos posados fijamente en el reloj. La tapa delantera tiene grabado un signo, que según parece, por lo que dice el supuesto clon, puede ser la marca de hacienda que alguna vez el viejo Derek Herlertt –que así era el nombre falso y completo de Menguele- había aplicado a su ganado. Presiona el botón de la cuerda, que sirve a la vez para destrabar la tapa delantera, y ésta se abre, dejando ver un bonito cuadrante de porcelana, en el que las tres, las seis, las nueve y las doce están consignadas en números romanos, mientras que el resto son simples semirrectas cortas que sobresalen levemente hacia el centro, desde una angosta circunferencia dividida en sesenta segmentos que señalan cada minuto y/o segundo. El Doble vuelve a accionar la cuerda, esta vez girándola sobre su eje, y el mecanismo echa

a andar, el largo segundero rojo comienza a devorar con su paso rítmico los segundos. El tiempo alemán otra vez transcurre ante nuestros atónitos ojos.

-¡Qué maravilloso artefacto! –señala con admiración Herr Hélice.

-Ya vas a tener tiempo de extasiarte con este objeto. Ahora busquemos la clave.

-Tenés razón –concede, mientras intenta abrir la tapa trasera con la uña del pulgar, ejerciendo presión sobre una pequeña pestaña que sobresale al efecto. Al fin cede con un leve chasquido, y queda a nuestra vista la cubierta del mecanismo, una placa de acero pulido a espejo. Sobre ella, cincelada, podemos observar la leyenda *Grand Prix París 1900*.

-Eso no parece ser una clave.

-Más bien parece la mención de un premio internacional a la calidad del producto.

-Sí, tal cual.

-¿Entonces? Estamos peor que al principio. No tenemos nada y encima estamos complicados en un robo al museo.

-Esperen, esperen –dice el Doble, en tanto saca de su bolsillo una cortaplumas y lo usa para levantar la tapa de acero, operación que consigue ejecutar luego de tres o cuatro esforzados intentos. La tapa salta y deja expuestos los engranajes y otros mecanismos trabajando en la metafórica y convencional mensura de ese extraño concepto que ha sido considerado como una cuarta dimensión; o sea, el tiempo. Pero como decía, la tapa salta, y en su cara interna, para

nuestro beneplácito, podemos ver otra inscripción: “02378504b.”

-02378504b. Parece ser otro código, y la reputa madre que lo parió –dice Gabriel, a punto de entregarse a la desazón.

-Sí, no sé, no entiendo nada –coincide el Doble, tanto en la incertidumbre como en el sentimiento. Al advertir tanto desánimo, digo casi como para mantener la moral de la tropa:

-Parece ser el número de una cuenta. Probablemente, de un banco suizo, vieron cómo son estas cosas...

-¡Síiiiiiii! –Exclama eufórico el Doble. -*Ve con tus manos al origen de los tiempos y serán tuyos.*”

-No entiendo la relación – confiesa Gabriel.

-¿De dónde vienen casi todos los relojes? ¿Quiénes son los fabricantes más expertos y eficaces?

-¡Los suizos! Es una buena metáfora, ésa, del origen de los tiempos. Un poco fina, bien podíamos habernos pasado la vida tratando de desentrañar el mensaje. Es más, si no fuera porque encendí el televisor en ese momento, y porque Cratilo es tan agudo mentalmente, aún estaríamos a fojas cero.

-Sí, cuanta razón tenía mi amigo Pierín cuando supuso que ustedes me podían ayudar.

-Pero ahora que recuperaron alguna presencia de ánimo –observo, -me parece que nos estamos alborotando de antemano, que estamos repartiendo el chanco antes de matarlo. Está bien, puede ser el número de una cuenta en Suiza, pero... ¿en qué banco? ¿Cómo demostrarás que lo que eventualmente haya ahí te ha sido legado?

-Si la clave está en mis manos, probablemente se trate de un acceso a través de las huellas digitales.  
-Sí, es muy probable. Para una maniobra así dicen que le afanaron las manos a Perón. Solamente nos restaría saber cuál es el banco.

### **Treinta y tres**

Me despierto cuando el sol aún está por despuntar. Claro, anoche bebí poco y me acosté relativamente temprano. Entro a la cocina y allí está el Doble, tomando unos mates. No debe haber dormido nada, emocionado como estaba por el acercamiento cabal que parece estamos produciendo al meollo de su herencia.

-Buenos días, Cratilo –saluda mientras me extiende un amargo.

-Buenos días. Parece que madrugamos, hoy.

-Sí, menos Gabriel, que por lo que se oye, sigue roncando.

-Así parece. El loco ése no se toma nada muy en serio.

-¿Lo conocés mucho?

-No, lo conocí hace apenas dos o tres días. Él dice que me conoce de antes, pero eso se enmarca en una serie de delirios que ni vienen al caso. Lo único que puedo decirte es que se maneja como si todo lo que pasa alrededor fuese parte de la trama de alguna historia, de alguna novela.

-Bueno, yo muchas veces he sentido eso, también. Imaginate...

-Claro, yo también. El problema es que en el caso de él, es mucho más agudo y permanente, el cuadro de desfasaje de la realidad.

-Y, es escritor, viste.

-¿Se te ocurrió de alguna pista que nos pueda indicar cuál es el banco?

-No, me rompí la cabeza pero no se me ocurrió ninguna. Lo que sí, cuando se haga una hora prudente, voy a ir al centro a verlo a Inchausti. Capaz que él sabe algo, o tiene alguna idea. Durante muchos años se ocupó de los temas legales de Derek Herlertt, tal vez tenga constancia de alguna operación financiera, o alguna vieja documentación que pueda echar luz a la parte del acertijo que nos ha quedado pendiente.

-Si es un abogado típico, preparate para el sablazo.

-¿A qué te referís?

-Que te la va a cobrar, y cara.

-Bueno, parecen ser varios los que quieren morder.

-Estamos en la Argentina, viste. Pero bueno, yo no me voy a quedar de brazos cruzados, mientras.

-¿Qué pensás hacer?

-Te dije que quedaba una parte pendiente del plan. Voy a ir a hablar con el Comisario.

-Vos estás loco.

-Puede ser, pero prefiero pasar por loco que por boludo. El corrupto hijo de puta ése no se va a quedar con tu guita. Ni con la nuestra, ya que supongo que si el paquete es grande, vas a considerar mis honorarios, al menos.

-¡Más bien! No creas que no reconozco lo que han hecho por mí, sobre todo vos.

-Por eso.

-¿Pero qué vas a ir a hacer?

-Primero que nada, conocer su cara. Después, decirle que estamos bien encaminados y ganar así un poco de tiempo.

-¿Ganar tiempo para qué?

-Para que en todo caso viajes a Suiza, para que no los vayan a masacrar a los muchachos antes de tiempo, para averiguar algunas cosillas que seguramente este pez gordo pueda tener y que puedan ser utilizadas para una contraofensiva.

-Sigo sosteniendo que me parece una locura.

-Probablemente lo sea, no te digo que no, pero... ¿qué es lo peor que me puede pasar? A lo sumo quedo preso con los otros, y entonces ya seríamos cuatro los que dependeríamos de vos, de que no agarres el paquete y te quedes en Europa dándote la buena vida mientras nosotros, en el mejor de los casos, nos pudrimos en la cárcel.

-Jamás haría una cosa así.

-Te creo, por eso voy a hacer lo que voy a hacer. En todo caso, debo ser un imbécil, porque gente mucho más allegada que vos me ha cagado como de arriba de un puente.

-Podés confiar en mí.

-No tengo muchas alternativas. Entre volver a La Plata y conseguir, con mucha suerte, un laburo de mierda, y jugarme este tute...

-¿Te parece que, si es que llegás a salir de la Comisaría, podrás hallar elementos para apretarlo al bastardo ése?

-Vos quedate tranquilo. Estás hablando con *Cratilo Bermúdez, Private investigator*.

Rato después el Taunus se detiene a la vuelta de la seccional de policía. Antes de descender, le digo al Doble:

-Bueno, amigo, deseame suerte. Vamos a tomar los últimos recaudos.

-Pensalo bien, Cratilo, me parece que estás por cometer un error garrafal.

-Creo que el error lo cometí cuando acepté venir en este viaje.

-¿Por qué hablás de últimos recaudos?

-Porque los acontecimientos comienzan a precipitarse, según veo yo las cosas. Llegó el momento de la acción, no podemos darnos el lujo de perder un segundo. No podemos confiar en nadie, te diría que ni siquiera en nosotros mismos.

-Te noto muy desconfiado, hoy.

-Debe ser mi experiencia, viste. Ella me dice lo mismo que solía decirme mi abuela: *piensa mal, y acertarás*. Cuánto más fundamento halla ese refrán en este contexto, ¿no te parece?

-Puede ser, sí, qué sé yo.

-Hablando de eso, necesitaría que me dejes otra vez el celular.

¿Para qué?

-Porque si no te reportás antes de las quince, sabré que algo no anduvo bien y comenzaré a manejarme de otra forma.

-¿Acaso desconfiás de mí?

-De vos, de ese Inchausti a quien no conozco, de Gabriel, de todo el mundo. Incluso de mí. Ya te lo dije.

-¿De vos?

-Tal cual. Sé que en cualquier momento me va a dar la viaraza y me voy a ir a la mierda sin más trámite.

-¿No te estarás poniendo un poco paranoico?

-No creo. Si en estas circunstancias me da paranoia, me suicido.

-Está bien. Tomá el teléfono. Cuidate.

-Vos también. Llamá antes de las quince, eh.

-Espero que no me atienda el Comisario.

Salgo del vehículo, nos intercambiamos saludos de pulgar arriba y lo veo irse. Camino hasta la Comisaría, y cuando voy entrando el milico de guardia de la puerta me mira con azoro. Ingreso y una mujer policía, desde atrás de una especie de mostrador de madera, me pregunta qué necesito.

-Necesito hablar con el Comisario.

-¿El Comisario lo está esperando?

-No, no lo creo.

-¿Y por qué asunto es?

-Es un asunto personal. Solamente puedo hablarlo con él.

-¿De parte de quién, le digo?

-Dígale que vengo de parte del señor Doble Hélice.

-¿Cómo dice?

-Usted dígame eso, estoy seguro que entenderá.

La uniformada va hacia adentro, y al cabo de unos momentos vuelve y me informa que el Comisario va a atenderme en cuanto se desocupe, y me indica tomar asiento, cosa que rehúso, dado que la ansiedad siempre me compele a mantenerme de pie, o caminar de un lado a otro si es posible. No acabo de encender un cigarrillo que suena el teléfono, la poli atiende y luego de un brevísimo diálogo me comunica que puedo pasar. Mientras me indica el camino, observa que al señor Comisario no le gusta que fumen en su despacho, a lo que respondo, para su total sorpresa, que se lo va a tener que aguantar.

-¿Quiere hacerme el favor de apagar ese cigarrillo? – Me increpa el Comisario, ni bien termino de ingresar.

-No, no quiero –respondo temerariamente. Una de las estrategias que me he trazado consiste en no relegar hasta último momento la iniciativa psicológica. Estos bichos están acostumbrados a intimidar, es bueno que alguna vez alguien les patee el tablero. El tipo queda visiblemente descolocado, tal lo previsto. *Cratilo uno, el Comisario cero.*

-Yo que vos, pibe, apreciaría un poco más la vida.

-Y yo que vos, apreciaría más la posibilidad de no quedarte con las manos vacías y esperando la propina como un negro.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> El tuteo responde, evidentemente, a reforzar la táctica previamente señalada.

-Ah, pero... ¿qué tenemos acá? Un chico malo, por lo visto, que la juega de pesado y que antes que diga una boludez más va a estar colgando del orto en un gancho...

-¿Vos te pensás que voy a venir a meterme acá, en la boca del lobo, sin haber tomado los recaudos necesarios? Yo te vengo a recomendar, y de onda, viste, que no les vayas a tocar ni un pelo a los muchachos.

-¿Y por qué? -Dice, haciendo que su desconcierto quede flotando en el ambiente en forma ostensible.

-Porque caso contrario, el Doble y yo te vamos a enviar una tarjeta de navidad desde la Riviera Francesa, lugar en el que vamos a estar gastándonos el dinero que estás intentando rapiñarnos. Ya dimos con la pista, viste, estamos ultimando los detalles. Por supuesto que somos leales, y vamos a pagar lo que corresponda para liberar a nuestros amigos tanto de tu oprobiosa influencia como de los cargos que arteramente estás tratando de formularles. Pero primero que nada, tenemos que ver cuánto hay.

-¿Qué te hace pensar que no voy a encerrarte con los otros? ¿Qué te hace pensar que no vas a ir a parar a la misma zanja?

-Lo que acabo de decirte. Si me pasa algo a mí, olvidate de la guita. Y encima, me indicó el Doble que te diga que, cualquier cosa que nos pase, va a poner todos sus recursos en mandarte al fondo del tacho. Y viste, vos lo sabés mejor que yo: en estos menesteres, el dinero suele inclinar la balanza.

-Mirá. Pendejo arrogante...

-No no no no no no no, mirá vos, viejo corrupto. Tenés dos opciones: o accedés, desde la posición de fuerza que te da el hecho de tener como rehenes a nuestros amigos, a que nos repartamos lo que sea que haya para repartir, o no solamente no ves un peso, sino que encima, se acabó tanto tu carrera como tu libertad. ¿Está claro?

-No te voy a permitir que me hables en ese tono, y mucho menos que me amenaces.

-No estás acostumbrado, ¿no? Bueno, te las vas a tener que aguantar. Aparte, no te estoy amenazando. Estoy intentando negociar en términos coherentes. Parece que la única razón que conocés es la de la fuerza. Por eso nos obligás a manejarnos de esta manera. Aparte te aclaro, el Doble tiene una carpeta con documentación de varios de los chanchullos que has venido haciendo en todos estos años, y le dio una copia a mi otro amigo que ya se volvió a Capital. Vos habrás visto cómo están los medios ahora con la cuestión de la corrupción en la fuerza, no vayas a salir un día de éstos en Telenoche Investiga...

-Esto se está complicando, pibe. Me parece que sos boleta.

-Seguro que se está complicando. Fijate qué jodida viene la mano, que si yo soy boleta, vos también.

-¿Y cómo voy a saber yo que no me están cagando?

-¿Qué clase de pregunta es ésa? Si acá hay un garca, ése sos vos, por si no te diste cuenta, acostumbrado como estás a la impunidad.

-Digo, ¿cómo puedo saber yo cuánta guita hay?

-Mirá, según parece, se trata de una operación financiera. Supongo que habrá modos de acreditarlo. Pero sabés qué, la presión se viene invirtiendo, viste, Así que, de última, tendrás que creer en nuestra palabra.

-Ah, mirá vos...

-¿O acaso este no es un pacto entre caballeros? –Digo, haciendo evidente en el tono mi sarcasmo.

-¿Y cómo estaría seguro yo que, en caso de que sea cierto eso de la carpeta, que únicamente puede contener infundiosas calumnias, no va a ser presentada una vez pagada nuestra parte y liberados los reos? –Pregunta, indicándome que la cosa está funcionando, que ha mordido el anzuelo.

-Ya te dije, tendrás que creer en nuestra palabra. ¿Acaso vos no tenés códigos? Aparte, no nos conveniría hacer algo así. Si lo pensás un poco, te podrás dar cuenta que ésa es una medida desesperada. A ninguno de nosotros le conviene andar haciendo alharaca de poseer parte del oro nazi. Si agitamos las sábanas, se le va a terminar viendo el culo al propio Führer.

### Treinta y cuatro

*Gabriel*

*(Reminiscencias campestres cuya sucinta extensión apunta, más que nada, a establecer una línea de*

*tiempo que el autor desea determinar, temiendo con legítima certitud la falta de futuros biógrafos)*

*¿Adónde se habrán ido todos? ¿Me habré perdido algo importante? Acá estoy solo en esta estancia, caminando por los verdes prados, tomando una cañita de durazno que encontré en la alacena, gozando del aire puro y de rurales percepciones... recuerdos de los '60, cuando vivía en un pequeño pueblo ganadero, se agolpan a caballo de vistas y aromas, entremezclándose... Onganía, Levingston y cía (¿o debería decir C.I.A.?), la Biblioteca Básica Salvat y su abigarrada colección de títulos y autores, Shakespeare, Cortázar y Unamuno fomentando ese ánimo propio de los intelectuales que pretenden entender cuando no lo hacen, debido en mi caso a una incipiente vanidad de párvulo escritor...<sup>15</sup> los parlantes de la breve calle principal pasando día y noche una ranchera que decía "Hay baile en el boliche, rezonga la chancha, los paisanos gritaban "vayan abriendo cancha", y las mujeres, alborotadas, gritan a toda la paisanada"<sup>16</sup>, etc. etc. etc.. Y el hombre en la*

---

<sup>15</sup> Recuerdo que por aquellos días intentaba desarrollar novelas acerca de héroes selváticos de raza blanca, influenciado más profundamente por Roy Rockwood que por el propio Edgar Rice Burroughs.

<sup>16</sup> No estoy seguro que las desprolijidades sintácticas y/o estéticas respondan al original, a la imperfección de mi recuerdo o a la deplorable calidad de audio de aquellas bocinas de madera permanentemente expuestas al clima, pero qué va'cer, es igualmente grotesco, de todos modos.

*luna, y mi primer disco de los Rolling Stones, girando incesantemente en el Winco de dos parlantes, y "Cotton fields", de Credence, que aún hoy me emociona igual que a los ocho o nueve años; y los cinco pesos que me pagaba el puestero del campo por cada "lora" que derribaba con mi rifle de aire comprimido marca "Churrinche" debido al odio que les tenía porque le comían el "máiz"; y el Libro de Oro de Patoruzú, las novelitas de cow-boys, las revistas mexicanas que nos transmitían las hazañas de tipos llamados Roy Rogers, Red Ryder, Hopalong Cassidy y otros más que no me acuerdo... Ya sobre los '70, mi primer revista "Pelo", con un poster de Janis semidesnuda con una leyenda que rezaba "la diosa prostituida", y el enojo y preocupación de mi madre al verlo colgado de mi pared; y después la venida a La Plata, un recital del primer Pescado Rabioso (Spinetta, Black y Bocón) y mi ingreso a las filas del único movimiento al que adherí hasta el día de hoy, a pesar de Lanusse, gracias a Cámpora, a pesar de López Rega y después... después mejor ni hablar, y quizá ésa haya sido la propuesta, silenciar. Fui soldado en Monte Chingolo, luego los ochenta nos encontraron así, bien chingolos, después del oscurantismo, de la hipótesis de conflicto con Chile por el Beagle, de la no tan hipotética gesta de Malvinas, con tilingos pop que se hacían los gatos en el escenario y aquí no ha pasado nada, las viejas consignas cantadas antaño en voz bajísima ahora devenidas en estandarte de niños bien con ínfulas revolucionarias, los intelectuales desarrollando obscenas*

*barrigas luego de perimido el corset ideológico, la caterva política demostrando que en eso de quedarse con la parte del león no le iba muy en zaga que digamos a sus fácticos antecesores, el granero del mundo y el próspero rancho ganadero sumido en espirales de hambruna cada vez más ingente... a pesar de la brevedad y lo arbitrario de la enumeración, espero que tengan paciencia, toda vez que según dicen para muestra basta un botón, y colijo que bien podrá justificar tal muestreo algunas taras tan fácilmente discernibles y denostables liminarmente si no se tiene en cuenta esta experiencia patafísica que supone ser un argentino de cuarenta y pico. Cualquier cosa, y por si no es suficiente, les comento lo que fue ingresar a la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata... ¡en 1976! ¿Saben lo que es ser objeto de “estudios ambientales” a cargo de agentes tan torpes como el propio Inspector Clouseau pero mucho más sanguinarios? Tal vez el contexto en que lo cuento se pueda percibir como algo jocoso, y tal vez, en alguna medida y a pesar de mi mediocre capacidad de formulación, lo sea. Pero en la realidad, amigos míos... hasta deben haber amasijado gente por la audaz tenencia de un libro de Groucho Marx.*

*No puedo dejar de observar que cada comentario, cada análisis (sea él sesudo o de lesa razón), cada diagnóstico, examinación o cotejo que pueda yo hacer con cada segmento de mi discurso, bien puede aplicarse a todo el conjunto de lo que he escrito; son como escamas del mismo pez, especie de pautas res-*

*pondientes a un imperativo categórico blableico, a su vez producto de este miserable terror a un tedio secular aún incipiente. Según Spengler, el miedo impulsa a hablar, y eso tal vez sea mucho más significativo que un millar de palabras perseguidas por su propio afán recalcitrante de julepes.*

*Hablando de julepes, y la puta que lo parió... viene una víbora. Derechito adonde estoy sentado... ¡Me ve de golpe! Se detiene, se enrosca y tira la cabeza para atrás. Tanto mi instinto como mi razón producen adrenalínicos derrames, al indicarme que esa es una inequívoca posición de ataque, absolutamente impropia de cualquier culebra inofensiva. Mis frescos pantalones de hilo parecen ofrecer poca protección respecto de agudos colmillos ofídicos. “¡Mami-ta querida!”, habría dicho Pepitito Marrone (esa clase de clisés pelotudos acuden a la mente en circunstancias de high stress, no vayan a creer). Soy conciente -y no me pregunten por qué, dado que jamás me había visto en circunstancia similar-, que un movimiento brusco podría resultarme fatal, y a la vez que no resultaría saludable quedarme mucho tiempo sentado allí, con aquellos ojos de reptil fijos en mi modesta humanidad; así es que luego de un rápido pero exhaustivo reconocimiento de terreno y situación, me preparo para la maniobra de despegue. Tengo un terrón importante a mano derecha, y esas son buenas noticias (Hemingway se cagaría de risa, ¿no?). Lo tomo tratando de moverme lo más lentamente posible. La muy puta sigue más dura que*

*un yogui. Tiene cabeza en forma de corazón, lo que refuerza la tesis ponzoñosa. Y una mirada que ni les cuento. Recojo un poco la pierna derecha para usarla de pivot, y el reptil que se agita levemente, provocándome algo así como un espasmo cardíaco. A medida que me voy incorporando, ella tiembla cada vez más, la tensión como que crece, pero yo ya tengo ángulo para soltarle el toscazo, justo cuando saltaba, o tal vez lo haya hecho a su causa, tan sincrónico fue. La cuestión es que aparte de neutralizar la acometida, la desparramé el segundo suficiente como para salir disparado hacia la casa, sin volverme atrás ni una sola vez. Entro precipitadamente y me sirvo un nuevo vaso de caña de durazno, el otro quedó allá. Cuánta razón tenía Charly cuando compuso el rap de las hormigas... mi bucólica y diletante aproximación a idílicas virtudes campestres acaba de enrostrarme con mis blandengues remilgos citadinos. Un avatar azaroso da por tierra, estrepitosa y drásticamente, con toda arquitectura poética y toda presunción filosófica. Aunque tal vez si me hubiera quedado en Madariaga...*

### **Treinta y cinco**

Misión cumplida. El taquero compró, hay que reconocer que a regañadientes. Es pasado el mediodía, y me está entrando un poco de hambre. Entro en una pizzería, me siento en un taburete de la barra y pido

una chica de mozzarella y una Heineken de litro. Mientras como, le pregunto al pizzero si conoce al Doctor Inchausti, desde la perspectiva que si tuvo vínculos con Menguele, debe ser un pope en temas de derecho por estos pagos, y sí, el tipo lo conoce. Me indica adónde vive, son unas cuantas cuadras, pero prefiero ir en taxi. Queda enfrente de una plaza. Me bajo en la esquina, camino como al acaso tratando de ver una placa, un estudio jurídico o algo así, o el propio Taunus del Doble, cuando veo que unos treinta metros más adelante ¡el propio comisario...! que se apea de un BMW de la hostia, cierra la portezuela y activa la alarma. Anda como frenético, tanto que por suerte no me ve. Me cruzo inmediatamente hacia la plaza, y lo veo ingresar en una casa importante, casi ostentosa, diría, por supuesto con un par de placas en su frente. Bahía Blanca no es Dinamarca, pero algo también aquí huele muy, pero muy mal. Me siento en una banca, medio parapetado por el grueso tronco de una araucaria, dispuesto a ver qué pasa. Todo hace parecer que hemos sido engatusados, que vaya a saber con qué propósito nos manipularon de esta manera, dado que deben haberse reunido allí los tres para determinar quizá dos líneas de acción: una, cómo conectarse con el botín, y la otra, cómo deshacerse de nosotros. Tiemblo de solo pensar los riesgos que acabo de correr al ir a entrevistarme con el Comisario, cándidamente confiado en el farsante ése que dice ser un clon. Colijo que la cosa debe haber funcionado así: de algún modo, alguien (seguramente debe haber sido algún delin-

cuenta fenecido ya) dejó un acertijo cuya resolución indicaría la localización de un botín, y estos mafiosos dieron con él y no atinaban a resolverlo. Piero debe haber dicho al Doble que tenía un amigo muy sagaz, el fulano Gabriel -que dicho sea de paso no parece serlo tanto, y menos enfrascado como está en sus delirios literarios-, que tal vez sería capaz de descifrarlo. El hecho de que hayamos sido cinco y no dos los que concurríamos a la convocatoria, les dio pie para encerrar a alguno de nosotros con el objeto de presionar a los demás y lograr el máximo esfuerzo en la consigna. Después se librarían de todos, no quiero especular acerca de la manera en que irían a hacer tal cosa. Por supuesto que la historia de Menguele, de la clonación, del oro nazi, eran meros señuelos para un tipo de las características de Gabriel, capaces de seducir rotundamente a su voraz apetencia por historias descabelladas. Pero tal vez esté apresurándome a extraer conclusiones precipitadas, esperaré aquí y veré, aún cuando se está levantando tormenta. (¿En aquél kiosco venderán alguna petaca de licor, o algo por el estilo? ¿Me perderé algo importante, compelido por el vicio? Bueno, necesito un trago, y desde el negocio puedo mantener la vista sobre la casa de Inchausti, así que...)

Ya de regreso a mi banca detrás de la araucaria, bebo no muy entusiasmado una de las dos petacas de licor de café al cognac Tres Plumas que adquirí; una porquería, pero peor es nada. La campana de una iglesia señala las dos, ya queda una hora para que el Doble se reporte, si es que va a hacerlo, si es que le

resulta funcional con respecto al plan que se trae entre manos. Mientras las primeras gotas comienzan a caer y me acurruco en el asiento tratando de que el follaje me guarezca un poco, trato de pensar qué hacer de ahora en adelante. Tres en cafúa, otro haciendo inteligencia sin red, a tientas, descubriendo cada vez cosas más inquietantes, y el quinto jinete delirando sandeces en una quinta a la que no sabría cómo volver ni siquiera para alertarlo, para avisarle que está en el cubil de las hienas.

Ahora la lluvia arrecia, y me encuentro irremediablemente empapado, bebiendo basura, esperando más detalles acerca de cómo un representante de la ley y el orden extrema los recaudos para aniquilarnos... no es precisamente la idea del *week-end* festivo que se suponía iba a ser, por cierto.

De pronto la puerta se abre y se asoma el Comisario, mira hacia todos lados (por lo que me resguardo detrás de la araucaria) como asegurándose que no haya nadie por los alrededores, circunstancia ésta propiciada por el chaparrón, ahora acompañado por refucilos y truenos. Apenas asomo un ojo, el que me informa que va hasta el auto, lo pone en marcha y lo sube de culata al cordón, apuntando hacia una entrada de coches. Un individuo trajeado, que barrunto se trata de Inchausti, observa la maniobra desde la puerta; luego ambos vuelven a entrar en la casa. ¿Qué diablos están haciendo? ¿Acaso...? La puerta del garage se abre, accionada por un dispositivo eléctrico, y alcanzo a ver como con esfuerzo meten en el baúl un bulto envuelto en una manta, del tamaño

de un ser humano. ¡Pobre Señor Doble Hélice! Clon o no, parece que lo pasaron a mejor vida. Tal vez el viejo Yahvé debiera habilitar un paraíso para clones, esos ángeles sin ombligo como algunas naranjas. Por un momento siento una especie de urticaria moral, un leve remordimiento, por haber dudado de su integridad, tan justo ahora que va rumbo a la desintegración. Terminada la maniobra, el Comisario va a subirse al auto, razón por la cual vuelvo a parapetarme por completo. Oigo que cierra la puerta y enciende el motor del BMW. Con el motor en marcha, y supongo que para no mojarse y en cabal ejercicio de la impunidad, el supuesto Inchausti le grita: “Llévalo esta noche para el campo, cuanto más tarde mejor.”

Ojalá hubiera puesto más atención en el camino, hubiera tomado referencias para saber cómo volver a la estancia, adonde está el desavisado Gabriel durmiendo, o elucubrando estupideces... camino ahora al acaso bajo la lluvia, a la sazón algo más tenue, empujándome la segunda petaca de licor de café al cognac Tres Plumas. Perdido en Bahía Blanca. Bajo la lluvia y tomando un licor berreta. Con lo peor de la policía detrás de mi pista. Debe haber cosas peores, lo que sí, me cuesta imaginarlas. Hablando de eso, ante grandes dificultades hay que extremar la imaginación. Intento una movida algo arriesgada. Me llevo a una parada de taxis y hablo con el taxista que está para salir:

-Dígame, ¿usted conoce la estancia del Doctor Inchausti?

-¿Quiere verlo al dotor?

-No. Voy a un lugar por ahí, pero no sé la dirección exacta. Es la única referencia que tengo, por eso le pregunto.

-Sí, sé donde queda.

-Lléveme para ese lado, por favor –le indico, mientras me subo al vehículo pensando que sí, que ese Inchausti es, con toda seguridad, un pez gordo.

Al rato empiezo a reconocer las calles por las que ya pasé un par de veces. Luego, en la ruta, me ubico definitivamente y cuando ya falta poco para llegar al camino de tierra, le indico detenerse, pago y emprendo la caminata. Ya no llueve, pero me embarro todas las zapatillas. Uf... todo empapado, arrastrando plastas de barro adheridas a las suelas, sin embargo soy tan boludo que busco ir por el *fairway*; y es así que buscando las líneas con pastito, como si ello a estas alturas sirviera de algo, *no voy, me patino, me caigo en el barro blando y me levanto todo chocolatoso, de arriba abajo*. Creo que lo escuché a Larralde, una vez, recitar que el hombre que anda en la mala pisa mierda y se “refala”. Llego por fin a la estancia, y de afuera todo parece estar tranquilo, no hay autos ni nada.

-Ya lo decía Aristóteles, hablando de la generación espontánea, ¿no? –dice Gabriel al verme entrar, y añade: -¿*Acaso del barro no salen animales?*

-Dale, boludo, dejate de joder que se pudrió todo. Tenemos que dejar acá todo como si no hubiéramos estado nunca. ¿me entendés?

-Justo vos, lo decís, que acabás de dejar todo el piso a la miseria.

-Bueno, gil qué querés que haga. Ese Inchausti me parece que viene en cualquier momento para acá. Uy, boludo, mirá, se me mojó todo el celular, la reconcha de la lora.

-Loco, vigilá la modalidad de tus expresiones, que después lo lee Chicho<sup>17</sup> y me caga a pedos.

-¡LA QUERÉS TERMINAR! Mirá, si sos tan boludo, si te volviste loco y vas a esperar acá como un pajarito para que te vengan a dar palo, hablando pelotudeces, jodete. Yo me las tomo.

-Viste, yo sabía que me estaba perdiendo algo. ¿Por qué no me despertaste?

-Porque lo menos que necesitaba era un zumbón llamando la atención por todas partes.

-Che, perejil, tampoco te hagás el Dick Tracy, conmigo, eh.

-Eso ya te lo dijo el Luichi a vos, allá en la casa de 35.

-Jejejejejejeje, diría el Luichi.

-Bueno –digo, dispuesto a actuar más que a colgarme en supercherías de baja estofa-, vos arreglá las

---

<sup>17</sup> Referencia al camarada y socio de varias incursiones literarias del autor, el inefable poeta metafísico Eduardo Zapiola.

copas, y eso; yo busco un lampazo y limpio este estropicio.

-Dale, contame, mientras.

-Vos estate atento a que no aparezca nadie.

-¿Aunque sea el Doble?

-Al Doble lo simplificaron.

-¿Qué decís?

-Lo hicieron, pelotudo.

-¿Quién?

-No sé, ése tal Inchausti, o el Comisario, o los dos, qué sé yo.

-¿Y vos cómo sabés?

(Entonces le cuento la historia, que no voy a repetir acá dado ese prurito quizá causado por las reiteradas recomendaciones formales, dentro o fuera de texto y/o contexto.)

### **Treinta y seis**

*Meanwhile, at the Police Station...*

*-Loco, qué garrón, yo mañana tengo que ir a trabajar... -dice Fennano, mirándose las puntas de las zapatillas.*

*-Como viene la mano, olvídalo -le aconseja Piero.*

*-Sí, la puta madre, yo también... loco, ¿no se puede hablar con nadie acá? ¿Por qué no tratás de chamuyar de nuevo con el Comisario, vos?*

*-Porque me parece que lo único que voy a conseguir es un par de gomazos por las costillas, por eso. Aho-*

*ra, si es por hablar, andá y hablá vos, que para eso sos mandado a hacer.*

*-Y, boludo, algo tenemos que hacer. El tarado ése de Gabriel encima no pintó más...*

*-Gabriel se fue a la mierda, boludo. Capaz que trata de mover alguna ficha desde allá, pero no creo.*

*-Por lo menos que le avise a mi vieja... pero andá a saber qué le dice... es más nabo... en vez de calmarla la va a hacer asustar más, todavía. Sí, mejor que no diga nada.*

*-A Cratilo le tengo más fe.*

*-Sí, vos porque lo conocés, lo que es a mí me parece que está igual o peor que el otro, viste las giladas que hablan... pero qué te digo a vos, si sos como ellos. Al que yo le tengo fe, es al Doble.*

*-Claro, porque a ése lo conocés vos. Ése Doble es muy cuerdo, sí, seguro. ¡Una pinturita! Y no habla ninguna gilada, ¡no, señor! Por culpa del loco de mierda ése estamos acá. Y estos botones son tan bobos que se comieron semejante chamuyo... ¡dejate de joder!*

*-Cómo se te pasaron las ganas de contar historias de la historia y de filosofar, eh, mosquito.*

*-Loco, ¿adónde me llevás, encima de noche? Mirá que hoy salí, me tiré contra un árbol a meditar y me atacó una yará, eh.*

*-¿Una yará? Dejate de hablar giladas que no sos el único cagón vos, acá, ¿viste?*

- En serio boludo. Bah, no estoy seguro de que haya sido una yará, pero que me atacó, me atacó.
- Para mí que te corrió una lombriz.
- No, idiota. Era una serpiente venenosa. Te digo que me atacó.
- Y, puede ser. Después que llueve y para, salen todos esos bichos, sapos, víboras...
- Ahora me avisás...
- ¿Y yo qué sabía? Acá el que sabe todo sos vos, no yo; y estoy siendo irónico, por si no te diste cuenta.
- Me tuviste toda la tarde escondido atrás de la troja, ahora, ¿adónde querés que vaya?
- Ya te dije. A algún lugar en el que podamos ver qué hacen estos putos sin que ellos nos vean a nosotros. Mirá, ahí viene un auto. ¡Vení para acá, dale!
- ¿Otra vez atrás de la troja? ¿Para eso me tuviste dando vueltas?
- Vos no entendés nada.

El auto entra en el galpón donde la noche —o la madrugada, bah— anterior habíamos aparcado el Taunus y momentos después sale Inchausti. Si bien no lo puedo ver bien en la penumbra, la silueta responde, y aparte, ¿quién carajo va a ser? Entra en la casa, enciende las luces y por el ruido de vidrios, parece que va a servirse un trago.

- Espero que no note la sacudida que le pegué a la caña de durazno.
- ¿Qué hora es?
- Las once y cuarto.
- El polizone no debe tardar.

-Al final, vos viste un paquete, nada más. Por ahí era otra cosa.

-Puede ser, pero te juego lo que quieras.

-Y bueno, qué va'cer. No somos nada. Ya decía Platón que la filosofía no era más que la meditación sobre la muerte. Y Fernando Savater escribió *Hablemos, pues, de la muerte. En el fondo, nunca hablamos de otra cosa*.

-No sé, todo lo que vos quieras, pero me parece que del principio al fin, y se piense lo que se piense, el fulano Doble éste no vivió ni murió muy estoicamente que digamos. Y dejame de Filosofía, ¿querés? Aparte, estamos agitando. Si este Inchausti oye la cuarta parte de lo que lo hacía Bonomi, estamos fritos.

Al cabo de un rato (y de cuatro o cinco líneas de razonamiento abstrusas e infecundas se miren desde donde se miren), vemos venir al segundo vehículo, seguramente el BMW con el fiambre en el baúl. Pasa la tranquera y se estaciona al lado del galpón, en una zona bien oscura debajo de un ciruelo, circunstancia ésta que viene a reforzar la tesis macabra. Inchausti ya está esperándolo afuera. Ingresan los dos a la casa en silencio, seguramente van a departir adentro. Nos perderemos, entonces, esta parte, jugosísima seguramente, pero velada en orden a las condiciones harto dificultosas para su cognición; y eso que no se trata de causas últimas u otros objetos de consideración metafísica profunda, sino de meras trapisondas contantes y sonantes. El oro es el sacro-

santo y oscuro manantial que exacerba la sed de los codiciosos.

Luego de alrededor de media hora –estimación harto imprecisa, ya que el tiempo es una categoría de lo más susceptible a distorsionarse en orden a subjetivas mensuras, desviándose éstas tanto más de parámetros objetivos cuanto mayor es la agitación anímica del sujeto-, los vemos salir. El Comisario dice algo acerca del *Swiss National Bank*, con una pronunciación risible. Ahora yo digo, ¿Un banco estatal metido en semejantes chanchullos? Bueno, un banco es un banco, al fin y al cabo; y el dinero no tiene bandera, y cuando la tiene, agarrate. La cosa es que van hasta el BMW, abren la portezuela del baúl y sacan el cuerpo envuelto en mantas. Con visible esfuerzo, ya que el Doble, clon o no, estaba muy bien alimentado. Lo depositan en el suelo y lo descubren. Están lo suficientemente cerca como para que, ahora sí, podamos oírlos.

-¿Hay que cortarle las manos, al hijoputa éste? –Pregunta el Comisario.

-Sí. No queda otra.

-Bueno, dale, cortáselas.

-No, mi amigo. Yo ya lo maté. Ahora te toca a vos.

-Eh, pero fue un envenenamiento. Eso es limpio.

-Dejate de joder, si habrás cortado manos en otras épocas... esto también es limpio, ahí tenes el hacha. Lo ponés en ese tocón y de un golpe chau. Apuntá bien, dale en la coyuntura.

-Vos me decís a mí pero bien que la tenés clara, por lo visto.

-Dale, terminemos con esto de una vez.

-Bueno, una cada uno, ¿te va?

-Dale. Vos primero.

Alelados, asistimos a la ejecución de la aberrante mutilación post-mortem. Conmocionado por la impresión, el asco y probablemente algún que otro tabú, siento una repugnancia terrible y me pregunto si verdaderamente comparto con esos animales el mismo género y especie, y me respondo que de algún modo debo hacerlo, ya que si no, hubiese sido capaz en su momento de abandonar este valle de lágrimas junto a Ivana-Perséfone y el ilustre fonontólogo Ángelo Bonomi. Gabriel susurra:

-¡Qué morbo!

-Ni respire, por favor.

Una vez concretada la abyecta operación, el comisario coloca las manos en una bolsa de plástico y recibe la indicación de ir a ponerlas en el freezer. Por un momento trasunta que pese a ser el Comisario “la autoridad”, en esta asociación ilícita dicho ítem corre por cuenta de Inchausti. Fecha la fechoría, sorpresas más desagradables aún nos estaban reservadas.

-¿Se lo vas a tirar a los chanchos?

-¡Claro! Hace como diez días que no morfan. Sabés lo que va a durar...

-¿Y no quedarán los huesos?

-No creo, estos se morfan todo. Y aparte, ¿quién va a venir a revisar entre la bosta? No viene nadie, por a-

cá. El puestero viene recién pasado mañana, y ya le indiqué el trabajo que tiene que hacer y le dije que no le dé de comer a los chanchos porque los tiene que ver el veterinario.

-Si vos lo decís... sí, tenés razón. De todos modos creo que igual nadie va a notar la desaparición del idiota éste.

-Era tan boludo que le hice firmar sin que se diera cuenta la cesión de la casa que era de Menguele. Vale unos cuantos mangos, viste.

-Vos no das puntada sin nudo, Inchausti.

-Por eso laburo con vos, porque nos parecemos.

Ni bien descolgaron en la porqueriza los despojos mortales del pobre señor Doble Hélice, la chanchada entró en una suerte de frenesí alimentario. Créanme si les digo que me provocó náuseas sobre todo oír el ruido de huesos quebrantados. Tenía razón el degenerado ése de Inchausti, ni huesos iban a quedar.

-¡Qué asquito! –Vuelve a susurrar Gabriel.

-Callate, pelotudo, te dije, si no querés reencarnarte en un jamón casero.

### Treinta y siete

*Gabriel:*

- ✓ *¿Es aconsejable intercalar instancias reflexivas en el trámite de la descripción de acciones que comienzan a precipitarse hacia una eventual re-*

*solución concreta y específica de la historia? O por el contrario, ¿dichas disgresiones galantes y/o intelectualizadas propenden a una entropía de los siempre atrapantes niveles de dramatismo?*

- ✓ *¿Desestabilizará la estructura total de la obra el hecho de no recaer en su fase final en cuadros analíticos como el presente? Es más, este brete obligadamente decalógico por el peso de la bien sentada jurisprudencia formal, ¿no obedece más que nada a esa necesidad de equilibrio?*
- ✓ *La ausencia de furores sexuales, de incestuosas componendas, de traumas paralizantes y de escabrosos sinsentidos psicológicos de sesgo post-existencialista, adunadas a una necesidad cuasi adolescente de permitir múltiples licencias tributarias de gozosas liviandades, ¿segregará al presente trabajo de vanguardias de corte europeizante?*
- ✓ *¿Puede tocarse de oído en cada ítem que quiera recortarse analíticamente y no obstante ello generar algo parecido a un movimiento sinfónico?*
- ✓ *Respecto de lo observado en el apartado anterior, ¿el azar juega un papel lícito y atribuible a méritos del autor, o simplemente pone de manifiesto, de modo más palmario aún, su irresponsable e infundada petulancia?*
- ✓ *La consignación de varios puntos flacos formales y de fondo, tomada en consideración desde su evidente intencionalidad, ¿poseerá en alguna*

*medida las virtudes redencionales perseguidas, o darán aún más pasto a las fieras?*

- ✓ *¿Es finalmente toda elaboración teórica en estado puro, síntoma de anticuados vicios burgueses?*<sup>18</sup>
- ✓ *La tácita expresión de sensibilidad social emergente del acápite anterior, ¿constituye una formulación culpógena que se agota en sí misma, o tiende a reforzar los rudimentos de crítica institucional sugeridos a lo largo de la historia?*
- ✓ *Sepan disculpar mi asignatura pendiente: nunca fui a un taller literario, por lo que sospecho que los estoy llevando a atestiguar algo parecido a una práctica masturbatoria de tal suerte.*
- ✓ *A fuerza de buscar contundencia para éste, el último considerando puntualizado del presente avatar narrativo, un tema central, cuya sindicación en una u otra postura determinará la interpretación global del texto: la existencia, ¿es una cosa en sí o un mero concepto? (Parece fácil adscribir a una u otra posibilidad, indistintamente, pero joder que no lo es. Ni siquiera para un tipo tan liviano e infundado como yo.)*

---

<sup>18</sup> Bien sabido es que el pensamiento especulativo cuya matriz acuñó nuestra cultura nació en Jonia, y ello así porque los chabones estaban podridos en guita y no tenían algo más urgente que hacer.

-¡Qué asco, la reconcha de su madre! –Exclama Gabriel, una vez que las luces de ambos autos se alejan por el camino de tierra. –Necesito un trago.

-Yo casi siempre necesito un trago.

-¿Vamos a la casa a tomar licor de durazno?

-Sí. Y vamos a ver si las manos del pobre Doble están todavía en el freezer. Pero ni se te ocurra encender la luz.

-Loco, yo la bolsa ésa no la agarro ni en pedo.

-Ya sé, ya me estoy dando cuenta con los bueyes que aro. Dejá, yo las agarro. Es lo único que puede ayudarnos a sacar de la cafúa a los otros.

-Pero... ¡cerró con llave!

-Claro, pelotudo. No va a dejar abierto.

-Sí, pero el que tenía la llave era el Doble. Ahora, ¿cómo hacemos para entrar sin que se dé cuenta?

-Si mi plan funciona, no importa un carajo que se dé cuenta o no.

-¿Cuál es ese plan?

-Decime, gil, ¿no era que lo sabías todo? No era que en realidad estábamos viviendo una historia tuya?

-No, lo que pasa es que ya te dije...

-Dejate de hinchar las pelotas –le digo, mientras busco algo apropiado para romper un vidrio de la ventana lateral, a través del cual yo, por lo menos, paso. Una vez adentro, nos tomamos la caña del pico y nos quedamos viendo el freezer. Creo que ambos esperamos que el otro tome la iniciativa y vaya a fijarse.

-El Doble, que yo recuerde, tenía un anillo –dice Gabriel. –Un anillo grueso, de sello. Me acuerdo por-

que cuando empezó a hablar de Menguele, me pareció que podría haber sido de él.

-¿Ya se lo querés afanar?

-No, lo que pienso es que tal vez la clave de dónde está el depósito se encuentra grabada en el interior, viste.

-No creo. Si hubiera sido así, se hubieran quedado con el anillo y lo hubieran tirado a los chanchos con manos y todo, ahorrándose toda esa impresión que les dio cortárselas. No viste que se peleaban para ver quién lo hacía... no, lo más probable es que habiliten el acceso a través de las huellas digitales, que si mi magra ciencia no me engaña, y son ciertas las cuestiones que se han dicho, tienen que ser idénticas a las del empresario ése que dicen que fue clonado.

-Claro, tenés razón.

-Bueno, sacate la duda, andá y fijate si tiene el anillo.

-No, yo decía, nada más. Aparte vos ya me tiraste la hipótesis a la mierda.

-Está bien, veo que me voy a tener que hacer cargo de todo.

Abro la puerta del freezer y ahí están, dentro de una bolsa de plástico transparente toda manchada de sangre negruzca.

-¡Qué hijos de puta, las podrían haber puesto en una bolsa opaca! Mmmmmh, qué asco. Dale, boludo, no te quedés ahí mirando, fijate si encontrás una bolsa oscura, o algún papel para envolverlas. No voy a andar por ahí con una bolsa de manos toda sanguinolenta.

- Cualquier cosa decí que venís de la carnicería.
- Dale, no te hagás el vivo, encima que te borrás.
- Acá tenés. Sin luz y todo, mirá lo que te encontré.

Me alcanza una bolsa de tela, del tipo de las que se usaban antaño para hacer los mandados. Casi sin mirar, tomo el macabro objeto. El frío y la dureza me producen atávicas repulsiones, así que lo dejo caer cuanto antes al fondo del saco y ya el peso muerto (caracterización ésta que comporta una contundente literalidad) es más soportable en términos de impresión.

-Bueno, ¿Vamos? –Pregunto, mientras me empino el fondo de la botella de caña de durazno.

-Sí, qué nos vamos a quedar haciendo acá... más que por ahí viene alguien.

-Tenemos un par de leguas de barro, hasta la ruta.

-Sí, y encima no se ve un pomo.

Noche negra. Apenas si las siluetas de algunos árboles y arbustos a la vera del camino nos indican el rumbo. Chapaleando barro, con la ropa hecha un desastre y un par de manos probablemente metahumanas (ello sin entrar en la disquisición de si un clon humano está más allá o más acá en la escala evolutiva, tema éste que supongo, como vienen las cosas, será la comidilla filosófica del siglo XXI por un par largo de centurias). Y encima el fulano Gabriel que no para de hablar...

-Cuando era pendejo leí en un reportaje a Luis Alberto Spinetta que leía a los simbolistas franceses, a

Artaud... y viste, para mí lo que decía el flaco era como palabra santa, y ahí fui, a comprarme libros de los cosos ésos. Por supuesto que no entendí un carajo, encima con las traducciones, viste. Así que agarré y me compré un libro de Eudeba<sup>19</sup> que se llamaba *La literatura simbolista*, no recuerdo ahora el autor. Así que empecé a batallar lo que sindicaban como “los precursores”, y allí me enteré de tipos como Mallarmé, Alfred Jarry y hasta el propio Lautréamont, el yorugua maléfico. Te imaginas, apenas un púber y ya delirando con las grotescas ocurrencias del Padre Ubú, o con las escatológicas malevolencias de Maldoror. Me costó años desprenderme de la pirotecnia antiestructural y de la escritura automática. Muchos años, no vayas a creer. Cuando me salía del molde surrealista, o mejor dicho, cuando intentaba hacerlo, recaía una y otra vez en imposibilidades tales que conseguían frustrarme por completo. “Tenés que encontrar tu propia voz”, me decía a mí mismo una y otra vez, pero parece que a estos respectos era sordomudo. Apenas si lograba refritos oligofrénicos y con resonancias galicistas francamente deplorables. La única persona que me tiró una punta, que igual tardé todo ese tiempo que te decía en encontrar, fue una profesora de literatura del último ciclo de la secundaria. Le hice caso espontáneamente, sentí que tenía razón en lo que me dijo, careciendo por entonces de una capacidad crítica que me permitiera analizar cabalmente su consejo. Mucho después advertí el valor

---

<sup>19</sup> Editorial Universitaria de Buenos Aires,

real de ese consejo, y ya no recordaba su nombre. La cosa fue así: después de evaluar un trabajo de redacción libre, me llamó a la sala de profesores.

-Esto está realmente muy bien –me dijo, mirando la hoja en la que había vertido mis imagerías.

-Bueno, me alegro que le agrade –le respondí.

-¿Pensás dedicarte a escribir?

-La verdad es que no sé si tengo pasta, pero que me gusta, me gusta.

-Bueno, entonces escuchame bien lo que te voy a decir. No se te ocurra estudiar en la Facultad de Letras.

-Bueno, pero eso es precisamente lo que pensaba hacer.

-Yo no te lo aconsejaría, y te lo digo por experiencia – al dar voz a las razones que la asistían en su recomendación su rostro se ensombreció, y quizá haya sido esto lo que me llevó a acatar su sugerencia aún sin haberla comprendido acabadamente. –Si entrás en Letras, probablemente llegues a ser un excelente crítico, pero nunca siquiera un mediocre escritor.

Doy un patinazo y casi me revuelco otra vez en el barro.

-Eh, tené cuidado.

-Qué querés, vengo a ciegas, con las manos recién arrancadas a un muerto en una bolsa y encima vos hablándome toda clase de giladas lacrimógenas... ¿por qué no se lo contás a tu psicólogo y me dejás de hinchar las pelotas?

### **Treinta y ocho**

En otro momento me hubiera puesto a elaborar todo tipo de teorizaciones acerca del destino, de la providencia, de causalidades provenientes de una fuente dotada de inteligibilidad trascendental, su eventual pertinencia, el hipotético grado de su participación a escalas individuales, etcétera, etcétera, etcétera. La cosa es que al llegar a la ruta, luego de higienizarnos en lo posible, entramos en una de esas postas de ómnibus en las cuales aparte del combustible para los vehículos es asequible el combustible para los humanos, esto es, un buen trago, cuando llega un tipo y se pone a hablar con el de la barra.

-Vengo del centro –dice. -Hay un quilombo bárbaro.

-¿Ah, sí? ¿Qué pasa? ¿Piqueteros?

-No, se armó bardo en la Comisaría. ¿Viste la pendeja ésa que mataron la otra vez? Bueno, los familiares no sé qué cabos ataron pero parece que hay personal policial involucrado en ese drama, ¿viste?

-¡Cuándo no!

-Y... están como locos. Estaban gritando, y tirando piedras. A eso de la una cayó el Comisario. Dobló en la esquina y vio el bolonqui. Cuando frenó no hizo tiempo para pegar la vuelta que lo reconocieron... ¿sabés cómo le dejaron el BM? Yo te digo, a mí me daba lástima, viste que a mí me gustan los coches...

-¿En serio?

-Claro. El viejo se bajó y salió casi disparando para adentro, entre empellones y puteadas. Se comió los mocos, no dijo ni mú. Fijate, poné la tele que por ahí pasan algo. Ya habían llegado periodistas, y eso.

-¿Sabés cómo se usa la memoria del coso éste? –Le pregunto a Gabriel, mostrándole el celular.

-Ni idea. Nunca tuve siquiera un inhalámbrico. Igual, el único teléfono que tuve recibía llamadas para Randazzi, nada más.

Empiezo a apretar botones y no consigo nada más que perder la paciencia. Para colmo el boludo éste tiene menos idea que yo.

-Oiga, jefe –le digo al del mostrador, -¿sabe cómo se lee la memoria en este aparato?

-¿Es tuyo y no sabés? ¿O te lo choreaste?

-No, me lo dejó un amigo, pero me explicó cómo llamar, no cómo consultar la memoria.

-Algunos tienen clave.

-No, mirá –tercia el que traía las novedades, por suerte uno de esos comedidos que les gusta mostrar que saben y disfrutan de esa pinche alegría. –Tenés que apretar primero éste... ahí está, y después creo que éste; sí, ahí tenés.

-Ah, gracias. Si no es mucho joder, ¿cómo los paso?

-Seguí apretando éste y van pasando.

-Gracias, flaco.

-No es nada.

-Acá está –pienso en voz alta.

-¿Quién, está? –Pregunta pelotudamente Gabriel con un sentido de *timing* propio de una anciana de ciento cincuenta kilos jugando al ping-pong.

-El lobo. “¿Lobo está”? –Digo automáticamente, en tanto lo miro desde un ángulo levemente contrapicado y como preguntándole *¿vos sos boludo?*, cosa

que finalmente (vaya un mentecato con ínfulas), entiende. –Dale, pagá.

-¿Cómo pagá? ¿Por qué no pagás vos?

-Dale, papá. ¿No decías que acá controlabas todo? Metele, hacé aparecer un par de billetes, –le digo, me incorporo y salgo.

Poco después se me une. Yo estoy tratando de restablecer el modo de llamado, me vuelvo loco, lo apago y lo vuelvo a prender. Al pedo, porque no memoricé el número de Inchausti, que por suerte está en la memoria. Todo de nuevo.

-¿Qué hacés? Dejá de comportarte como si fuera una película, loco. Los kías del boliche se quedaron de la cabeza. Alucinaron cualquiera.

-¿Qué mierda me importa, dejá de interferir, haceme el favor... encima este aparato de porquería...

-¿No te enseñó, el tipo ése?

-¡TE QUERÉS DEJAR DE JODERRRR!

-Pará pará pará pará, no te hagás el guarro, conmigo, boludito, eh. Estamos todos en esto, ¿quién carajo te dijo que sos el jefe, acá? ¿Quién sos? El Mariscal Rommel?

-Eh, qué reaccionás, jetón, dejate de hablar de nazis, acordate que ya tengo las manos de uno, acá. Y bueno, entonces a ver... ¿qué hacemos? ¿Qué hacemos, ahora, eh? Dale, decí.

-¿Qué sé yo, boludo, para colmo se armó bardo en la Comisaría donde están los muchachos, parece.

-Bueno, por eso, si no sabés que hacer, no rompas los huevos, ¿está? Yo sí sé qué hacer. Y no puedo perder ni un segundo.

Consigo establecer comunicación con el número de Inchausti.

-Hola.

-Hola, Inchausti, usted no me conoce. Bah, por ahí oyó de mí. Soy Cratilo.

-Ah, Cratilo, usted es uno de los prófugos, amigo de los malandras esos que están detenidos, ¿no es así?

-Claro. En la Comisaría que la gente está por prender fuego, si es que no la prendió ya. ¿Se había enterado?

-No.

-Bueno, le cuento, entonces. Y le cuento además que están todos los medios de prensa allí –aquí se produce una pausa. Al cabo de unos segundos, aventura una estúpida pregunta.

-¿Y por qué supone que eso debería interesarme? Yo pensé que hablaba para solicitar mis servicios y entregarse con garantías, mire.

-¡Qué estupidez! Lo llamaba porque necesito que me dé el teléfono de la Comisaría.

-¿Y qué? ¿Soy de Telefónica, yo, acaso? ¿Por qué no lo buscó en guía?

-No, pensé que de pasada le podía ir adelantando a usted un par de cosas.

-¿Qué cosas?

-Bueno, que tengo acá a mi vista, claro está que un poquito de impresión me dan, las manos del pobre señor Doble Hélice, que en paz descanse, aunque sea ahí entre los chanchos.

-¿Qué está diciendo?

-Dele, Inchausti, no se haga el pelotudo. Lo que estoy diciendo, ya que tengo que explicarle todo, es que se verían muy feas expuestas a las cámaras de los medios que están registrando el ataque popular a la taquería.

-Usted está loco. Debe haberlo matado usted.

-No, lo vimos con nuestros propios ojos. Y por supuesto, como evidencia, sacamos casi un rollo entero de fotos –miento, y le guiño un ojo a Gabriel, que festeja mostrándome su puño derecho.

-En principio, usted me está diciendo que ingresaron ilegalmente en una propiedad privada.

-Puede ser que a usted le parezca ilegal, no sé, acá el letrado es usted. Pero a mí me da como que me pueden llegar a condecorar, casi, mire lo que le digo, por esa necesaria y noble transgresión. Y si le queda alguna duda, le dejo otra pista, usted que es tan sagaz... no tengo freezer... así que apúrese. Necesito el número de la Comisaría. Necesito a los muchachos afuera ya. Eso, si quieren volver a estrechar la mano del Doble alguna vez. En media hora como mucho.

-Eso puedo arreglárselo ya.

-Bueno, no, déme el número del taquero. Ahá, sí. Ya está –digo, y lo dejo hablando solo antes de olvidarme el número, y le pego un cachetazo a Gabriel para que se calle. Ocupado.

-La puta que lo parió.

-¿Qué pasa?

-Vos buscá un taxi, mientras.

Intento varias veces, el tiempo pasa. Llega Gabriel con el taxi. Me subo, le indico que me lleve lo más

cerca que pueda llegar de la Comisaría y sigo intentando, pero la señal se corta.

-Aguantá, llamás cuando lleguemos.

-El problema es mi memoria, acordate –y le repito un par de veces el número.

-Listo.

El chofer nos deja en la esquina. Se ve gente, un par de fuegos, varias pancartas y un par de móviles de TV. Nos acercamos un poco y caigo en la cuenta que uno de los focos ígneos era lo que hace un rato atrás fue el BMW del Comisario. Antes de inmiscuirnos en la turba, llamo, y esta vez consigo ligar de una.

-¡Hola! –dice, a voz en cuello, el Comisario propiamente, así que Inchausti debe haberme dado el directo, nomás.

-Hola, Comi, soy Cratilo, no sé si te acordás de mí.

-Sí, basura, ya me habló Inchausti de las fantasías ésas que tenés. Vos también debés ser drogadicto. Pero sabés qué pasa, ahora no tengo tiempo de atender tus pelotudeces.

-En serio, qué quilombo, che. Pero más quilombo se te va a armar si les muestro a los periodistas lo que tengo en la bolsa. ¿No decís que te explicó Inchausti? ¿O te creés que haciéndote el gil la vas a zafar? Mirá, vos soltalos a los muchachos y me dejo de joder.

-Si, claro, yo los suelto y ustedes desaparecen.

-Sabés qué pasa... claro, yuta tenías que ser. Sos tan pelotudo que no te das cuenta que lo mejor que podría pasarles es que desapareciéramos. Vos solta-

los, eso es lo primero y excluyente. Pero no te vamos a dejar sin las manos vacías, o con las manos... qué sé yo, con tantas manos me perdí, vos me entendés, igual. Por lo otro, yo después me comunico. Tenés tres minutos para dejar salir a los muchachos o se te pudre todo, ¿me oís?

-Pero yo no puedo dejarlos salir así porque sí. Más con toda esa gente afuera...

-No sé, es cosa tuya. Decí que estaban por averiguación de antecedentes, y como se puso jodida los dejaste ir... o lo que se te ocurra, qué sé yo. La onda es que tenés tres minutos a partir de... ¡ahora! -Y corté.

-¡Qué maestro! -Me adula Gabriel.

-Esperá que todavía no terminó.

### **Treinta y nueve**

No habían pasado los tres minutos cuando oímos unos gritos y veo la melena canosa de Piero sobresalir un poco entre el gentío. Nos acercamos. Fennano hace la V con ambas manos, Piero mira con cara de feliz cumpleaños. El Luichi -qué va a hacer, el Luichi se pone a batir palmas y se prende a la fiesta. Al poco tiempo, incluso se pone a tirar toscazos.

-¡Pero estos son unos pelotudos! ¡Tenían que colar para algún lado, rajarse de ahí, y se quedan pelotudeando!

-Y qué querés...

-Andá, acá a dos cuadras hay una pizzería, para allá, en la esquina; esperanos ahí.

-¿Por qué, me tengo que ir, yo?

-Andá, pelotudo, que si nos ven a todos juntos por ahí nos hacen boleta. Yo le dije al Comisario que vos ya estabas en Buenos Aires, con una carpeta de pruebas en tu poder, y ahora le voy a decir que te mandé también las fotos. Andá y esperanos ahí, te digo. Ya los saqué a los idiotas esos, ¿okay? Haceme caso, que yo mientras los voy a rescatar de sí mismos. ¡Qué manga de boludos!

Me llego hasta donde la gente se agolpa, con mi bolsita de los mandados encima, mirá la que me hacen hacer. Desde el borde les grito:

-¡Luichi! ¡Qué hacés, carajo, dejá de tirar...!

-Dejalo, al pibe, son unos hijos de puta –me dice un morocho con cara de malandra a mi izquierda.

-Ya sé que son unos hijos de puta, pero se trata de otra cosa. ¡Fennano! ¡Fennano y la reconch...! –Por fin me oye, me ve, y les avisa a los otros. Ahí vienen. Puffff.

-¡Qué hacés, Cratilo! –Me saluda, sonriente, Fennano.

-Viste que yo le tenía fe, al pibe –dice el Luichi. –Él nos esperó, el cagón de Gabriel seguro que se tomó el palo.

-Menos mal que se armó este quilombo y nos tuvieron que soltar –apunta Piero.

-No, no los soltaron por eso. Mientras estuvieron encerrados, pasaron un montón de cosas. Vámonos de acá, creo que corremos peligro.

-¿Qué pasa? Dale, largá el rollo.

-Vamos que les cuento por el camino. No hay muy buenas noticias, ¿vos sabés? Sobre todo para vos, Piero. Acá en esta bolsa llevo el salvoconducto más aberrante que se puedan imaginar.

-¿Qué llevás?

-Las manos del pobre señor Doble Hélice.

-¿¡Cómo decís!? –pregunta exclamativa pronunciada por el ingratamente sorprendido Pierín. El Luichi estalla en carcajadas, y aduce:

-Mirá lo que se le fue a ocurrir al chabón éste.

-¿Las querés ver? –Le pregunto, con el tono lo suficientemente grave como para que la sonrisa se le reduzca a un incómodo rictus.

-¿Qué pasó?

Les cuento todo, grosso modo, pero a la vez con precisiones cuya clave consigue articular una armadura conceptualmente sólida, una pieza paradigmática de exposición informativa sumaria. Ya en la esquina de la pizzería, antes de reunimos con Gabriel, empezamos a tirar pautas de acción, era como si quisiéramos resolver sin la presencia de él (intuyo que debido a esa tendencia que tiene de hablar giladas, o hacer chistes en los momentos menos indicados, pero qué sé yo). El diálogo se interrumpe a instancias del llamado que registra el teléfono, cuya señal digital, curiosamente o no tanto, reproduce un fragmento de

la melodía del *Preludio al acto III de Lohengrin*, de Wagner. Tomo la comunicación.

-Están tus amigos afuera. Ya cumplimos nuestra parte. Ahora devolvé lo que me robaste –es Inchausti, que se avivó que nos movíamos por celular y se jugó el tute.

-Epa, epa epa epa. Eso se lo robó primero usted a un amigo nuestro, y conste que sus métodos de sustracción son mucho más cruentos que los nuestros, vio. Lamentablemente, debo decirle que de tanto tratar con delincuentes corruptos y asesinos, se nos ha pegado un poco ese pecado capital tan inficionante que es la codicia.

-¿De qué estás hablando?

-Estoy hablando de que les daremos las manos, pero contra reembolso de cien mil dólares americanos.

-¿Estás loco?

-Puede ser, pero ese es un tema que prefiero dejar entre mi psiquiatra y yo. –Los muchachos se ponen a discutir, a tratar de contener a Piero, al que la idea de vender las manos de su amigo parece revolverle las tripas. Por supuesto que los otros han sido contaminados por la execrable falencia ética que momentos antes refiriera a Inchausti, y votan a favor de la iniciativa extorsiva. Les hago señas para que la corten.

-Ves, están peleándose entre ustedes. Van a terminar mandándose presos solos.

-No se preocupe, jefe. Somos democráticos, por eso.

-En cualquier momento los detienen con esas manos en su poder y no los salva ni la Virgen Desatanudos.

-La Policía tiene otros asuntos muy urgentes que atender, por ahora, vio. Y aparte, usted se está olvidando de las fotos.

-Fotos, ¿qué fotos? No me tomes por estúpido. No había casi luz, allí.

-Me extraña, una persona culta como usted, que no haya oído hablar de las películas de alta sensibilidad, de mil doscientas asa, o más. Claro que... está bien, no todos pueden ser técnicos fotógrafos, como yo. ¿Quiere que le explique el resto del proceso?

-Jejejejejejeje –ríe el Luichi en su particular estilo, y me parece perfecto que el cabrón al otro lado oiga tal manifestación de jocunda sorna justo en el momento en el que tiene que evaluar su siguiente movida.

-No tengo cómo juntar ese dinero.

-Eh, déjese de joder. Si hasta se quedó con la casa de Menguele...

-¿Y para cuándo quieren ese dinero? Es obvio que no puedo juntarlo de un día para el otro.

-¡Para ahora! No crea que somos tan tontos como para no darnos cuenta que están tratando de ganar tiempo para emboscarnos, despojarnos y tal vez matarnos... no, seguro, qué tal vez; cuando ya hay un muerto, los demás vienen casi de regalo, ¿no, Doctor? Pero le recuerdo algo: el rollo de fotos ya va en viaje a Capital para reunirse con el resto del cuerpo probatorio, así que nomás le llegan a pisar la uña encarnada a uno de nosotros, y son boleta.

-Puedo juntar cincuenta, para dentro de dos horas.

-Escuchen, muchachos, tengo una contraoferta. Cincuenta lucas verdes para dentro de dos horas. ¿Les va? –Los locos abren los ojos y hasta parece que Piero abandona un poco su escrupulosidad. –Sí, mire, está bien. Seguro que nos está regateando, y nosotros no somos de su clase, así que considérelo como un gesto de nobleza. En dos horas pasará por su estudio el delivery de material de experimentación genética, y le dejará la ganga.

-Quiero ese rollo de fotos que decís, también.

-Me temo que eso queda como prenda de las otras cincuenta lucas. Es imposible, de todos modos, ya que, como le dije, está en camino y no tenemos forma de comunicarnos con el emisario. Si quiere que después, contra reembolso del remanente, se lo enviemos, lo haremos con todo gusto. Pero no sería una buena inversión, y se lo digo con una honestidad tal que supongo usted no merece, pero qué va... ya podrían haberse hecho copias papel, y, como le dije, un idóneo como yo puede incluso copiar los negativos por contacto. No tiene más remedio que confiar en nosotros y enviarnos alguna atención, de vez en cuando.

-Los espero en dos horas.

-No iremos todos, por supuesto.

-Hagan como quieran.

Entramos en la pizzería y allí está Gabriel, en una mesa del fondo, tomando una cerveza. Sonríe al vernos entrar.

-Qué hacés, cagón, eh, cagón –lo increpa el Luichi con ese tono nasal que confiere a los jejejés y que indica que la pulla no va del todo en serio. –Si no fuera por Cratilo...

-Cratilo es el héroe, yo soy el autor –explica, con esa suerte de obsesión tan cansadora que resultaría ridícula incluso en un libro de Víctor Sueyro.

Viene el mozo y le pedimos dos especiales y más cerveza. Piero y Fennano intercambian gastronómicas celebraciones por la vuelta al consumo de comida decente.

-¿Vos te acordás adónde quedó el camión? –Pregunta Piero.

-Por acá nomás, no caminamos mucho.

-Voy a buscarlo. ¿Para dónde era?

-Me parece que acá a la vuelta, cuadra más, cuadra menos. Vamos que te acompaño –se ofrece Fennano. Mientras están en eso, le damos traslado a Gabriel de las últimas negociaciones.

-Viste, yo sabía que tenía que traerte. Sos despierto y tenés algo trucho; es como que te hubieras criado entre mejicaneadas.

-Los argentinos hace rato que estamos haciendo méritos para pelearle el gentilicio a ese sustantivo.

## **Cuarenta**

Llegaron todos juntos: la cerveza, las pizzas, Piero y Fennano.

- Che, pelotudo, sacá esa bolsa de ahí que se me atraganta la pizza –me indica Pierín.
- Esta bolsa es el pasaporte a cincuenta lucas gringas.
- ¿Ves? Eso lo tenemos que discutir. Yo lo apreciaba, al Doble. No me parece bien que esos hijos de mil putas asesinos se salgan con la suya.
- A nadie le parece bien –argumenta Fennano. –Pero la cagada ya está hecha. Si le podemos sacar un billete, y un billete grosso, como es el caso...
- Tendríamos que mandarlos presos. De una.
- En eso estamos de acuerdo, pero parece que igual se les viene la maroma, por lo menos al Comisario. Aparte si hacemos la movida, vos viste como es este país, sobornan a un par de jueces y terminamos en cana nosotros, por afanar una caja de herramientas, calumnias e injurias, falso testimonio exacerbado por el consumo de estupefacientes, etcétera. etcétera.
- Todos entendemos tus sentimientos, Piero, pero me temo que si votamos perdés cuatro a uno –aventura Gabriel, y nadie lo contradice. Pierín observa cuidadosamente un bocado con morrón y aceituna, y luego lo engulle.
- Está bien –dice al cabo.
- ¿Y la guita? –pregunta Gabriel. ¿Cómo la repartimos?
- Somos cinco, ¿no? –alego. –Diez lucas para cada uno.
- Sí, pero vos hiciste toda la movida.
- No importa. Es un plus, como si hubiéramos acertado la quiniela.

- Por mí está bien –dice, y los demás acuerdan, a partir de lo que se deduce de su embarazado mutismo.  
-Bueno, pero yo se las llevo –condiciona Pierín.  
-Y yo voy con vos –concedo.  
-¿Acaso desconfiás que vaya a dárselas?  
-No. Más que nada desconfío que vayas a pegarle una apretada peor que la del malacara de Las Flores. Mirá, como dijo Gabriel, yo estuve en toda la movida, y quiero estar también en la final. No es mucho pedir, ¿no?  
-Claro, che, si no hubiese sido por el loco éste –dice el Luichi- todavía estaríamos pegados.  
-Está bien. ¿Cuánto falta?  
-Una hora.

*Un profundo dilema ético bulle en la interioridad del voluminoso transportista, cuyos códigos morales parecen ser tan entitativos como el ente de primer orden, o sea, la unión hipostática de una grande alma en un igualmente abultado cuerpo. En él no se observa (no habría cómo hacerlo), esa distinción aristotélica entre ética y dianoética; no procede esa diferenciación tan común en la mayoría de los mortales que supone una axiología práctica -es decir, atinente a las acciones y a su sentido operativo en la realidad-, y otra reservada solamente a la elaboración teórica y al discurso emergente de la misma (tanto quilombo para describir lo que puede resolverse con la sencilla y remanida fórmula de “doble moral”... en fin...).*

Una hora después -que agotamos casi en su totalidad especulando lo que va a hacer cada uno con su parte del botín-, Piero consigue darle marcha al camión, cuyo motor acusa al principio cierto empaque debido a los días de inactividad. Le indico el camino, y a poco nos detenemos sobre la plaza, frente mismo a la casa-estudio de Inchausti. Me pide la bolsa, se la paso y me comenta:

-Esto no me huele muy bien. Pueden habernos preparado una emboscada, viste.

-No creo. Por lo visto tienen en mente un paquete grande, y se tragaron el anzuelo de las fotos, y todo eso.

-Por las dudas, tenemos que estar preparados para salir volando. ¿Viste el trabajo que le dio arrancar, al camión?

-Sí, pero eso es por el tiempo que estuvo parado.

-No, nada que ver, fueron un par de días, nada más. Es por un corto que a veces se me arma en el encendido. Por las dudas le voy a hacer un toque antes de ir a verlo al hijo de puta ése. Vos no te muevas de acá.

Tal lo dicho, bolsa en mano, se apea, y se mete a arreglar el desperfecto, cosa que le lleva poco más de cinco minutos (aunque aquí debería, si ello no comporta otra de esas enojosas recurrencias de neto corte alzheimeriano, insertar<sup>20</sup> un comentario más, respec-

---

<sup>20</sup> ...a más de una nota al pie llamando la atención sobre la curiosa orientación germana de las referencias —en este caso al neuropatólogo Alois Alzheimer...

to de la recurrencia propiamente dicha, que no es otra que el sentido subjetivo del transcurso del tiempo en situaciones de tensión).

Durante esos relativos cinco minutos, miro para todas partes, por las ventanillas, el parabrisas, el retrovisor externo a la cabina; sobre todo miro al estudio de Inchausti, en cuya ventana se percibe luz. Mas no consigo observar movimiento alguno. Piero termina de ajustar los cables o lo que sea que haya hecho y me pregunta:

-¿Sabés manejar el Iveco?

-No tengo la más puta idea. ¿Qué estás pensando?

-No, dejá, no importa. Tiempo para que aprendas no tenemos, ahora.

-No hagas locuras, tío. Dales la bolsa de mierda ésa. Dales las manos, pero no los vayas a estrechar.

-Ganas no me faltan, mirá.

-Ya sé, por eso te lo digo. Agarrá la guita y dejémonos de joder. No te busques más líos.

-Está bien.

Se encamina hacia el estudio, pero a mitad de la calzada se para y empieza a los gritos:

-¡Che, Incháusti, salí que tenemos que hablar!

-¡Estás loco! —Le grito en un tono menor, como para que oiga sólo él. Aunque adivino que quiere llamar la atención, más que nada para cubrirse. Astuto, el grandulón. Encima, mete más presión, porque la puerta se abre casi inmediatamente.

-Si quiere hablar conmigo, venga, pase, no ande haciendo escándalo a estas horas.

-No tengo nada que hablar con vos, asesino. Traé la guita y te doy esto.

-No es así...

-Cuanto más tardés, más barullo.

-Esperá, callate.

Va adentro y en un abrir y cerrar de ojos aparece con un bolsito. Camina hasta Piero, mirando hacia los costados con golpes de vista, que lo hacen ver como una rata asustada.

-Acá está la guita. Dejame ver la bolsa.

-Dejame ver vos la guita, primero.

-Esto tendríamos que hacerlo adentro.

-No me digas lo que tengo que hacer, porque si hago lo que tengo que hacer, te tengo que matar por asesino hijo de mil putas. Acá están las manos, ves, las mismas que cortaste vos y que Cratilo sacó del freezer, ¿las ves bien?

-Está bien, está bien, dámelas y andate,

-Esperá que voy a ver la guita, primero. Ah, y te aclaro que Cratilo también está fotografiando toda esta movida, ¿sabés? No te imaginás lo buen fotógrafo que es. Pero no te preocupes, es para cubrirnos, nada más. Dice, mientras extrae un billete. Lo observa a contraluz del foco de alumbrado público y lo palpa, en una maniobra que trasunta cierta pericia en eso de reconocer falsificaciones. Luego lo cuenta sin sacarlo del bolsito. Se toma su tiempo. Yo en tanto finjo, cuando Inchausti dirige su mirada hacia mí, que tomo fotografías, usando el celular como señuelo.

-Está bien, tomá –le dice. –No queremos oír hablar nunca más de vos ni de ese apestoso Comisario, ¿me

entendés? En todo caso les estamos haciendo un favor.

Inchausti no sabe qué decir, es la imagen de la humillación, pero tiene lo que quería, así que da media vuelta y se encierra en su cubil. Piero viene; tal lo anunciado, el camión arranca al toque y nos volvemos a buscar a los demás.

## Epílogo

-Valió la pena perder un día de trabajo, ¿no les parece? –comenta Gabriel, ya de vuelta por la ruta 3 y tomando un champagne con limón de esos que fabrican ahora.

-Sí, la verdad que sí. Nada que no se pueda solucionar con un certificado médico trucho –acuerda el Luichi.

-Seguí así, mosquito, seguí así que vas a terminar como los corruptos ésos.

-¡Cómo los acostamos! –Dice Gabriel.

-¡Mirá! –Aúlla Fennano, que encima que siempre habla a los gritos, ahora el estupor levanta aún más los decibeles. -¡Cómo los acostamos, dice! ¡Qué caradura! Cómo los acostó Cratilo, querrás decir...

-Bueno, pensé que no solo la guita íbamos a socializar, viste.

-La verdad -digo a Pierín, -pensé que lo ibas a matar, al loco, cuando entregaste eso que bien podría defi-

nirse como una especie de fragmento de rehén ya sin vida.

-No te voy a decir que no lo pensé. Pero después me pareció que retorcerle el cogote iba a ser poco, no iba a tener tiempo de sufrir como dios manda, viste. Así que se me ocurrió otra cosa.

-¿Qué vas a hacer?

-Qué hice, dirás. ¿Viste cuando me dijiste que le había costado arrancar, al camión, porque estuvo un par de días parado?

-Sí...

-Tenías razón. No fui a arreglar un corto.

-¿Qué hiciste, entonces?

-Pasé cada dedo de mi pobre amigo Doble por el ácido de las baterías. Quedaron lisitos como culo de bebé.

-¡No me digas que hiciste eso!

-¡Qué maestro!

-¡Jajajajajajaj!

-Por suerte estos corruptos, cegados por la codicia, son más estúpidos todavía –argumenta Gabriel. – ¿Qué podrían hacer contra dos lumbreras, quizá o-puestas en sus características, como lo son la maliciosa y pícara astucia de Pierín y la juiciosa y entrenada agudeza de Cratilo!

-Te estás zarpando de adjetivos, me parece, por lo menos desde el punto de vista de tu tara –le advierto.

-No, mirá si esta historia no tiene una resolución socrática... esos taimados eran lo peor de lo peor, nunca podrían haber sido sabios, en cambio ustedes, con

su nobleza espiritual, prácticamente jugaron con ellos.

-Sí, ¿y?

Por eso, me refería a cuando Sócrates hablaba de la identidad existente entre virtud y sabiduría...

-Váyanse a la concha de su hermana, vos y Sócrates. -Le recomienda Piero; y con esta resolución tan soez de la cuestión atinente a formular una eventual moraleja, cuya grosería bien podría asimilar la presente a toda una retahíla de obras criollas que concluyen su reporte con oraciones cuasi escatológicas, comienzo a pensar que tal vez ya no vuelva a la oscura casa con trece escalones, donde atronan las disputas familiares en italiano y llaman por teléfono todo el día para hablar con Randazzi.